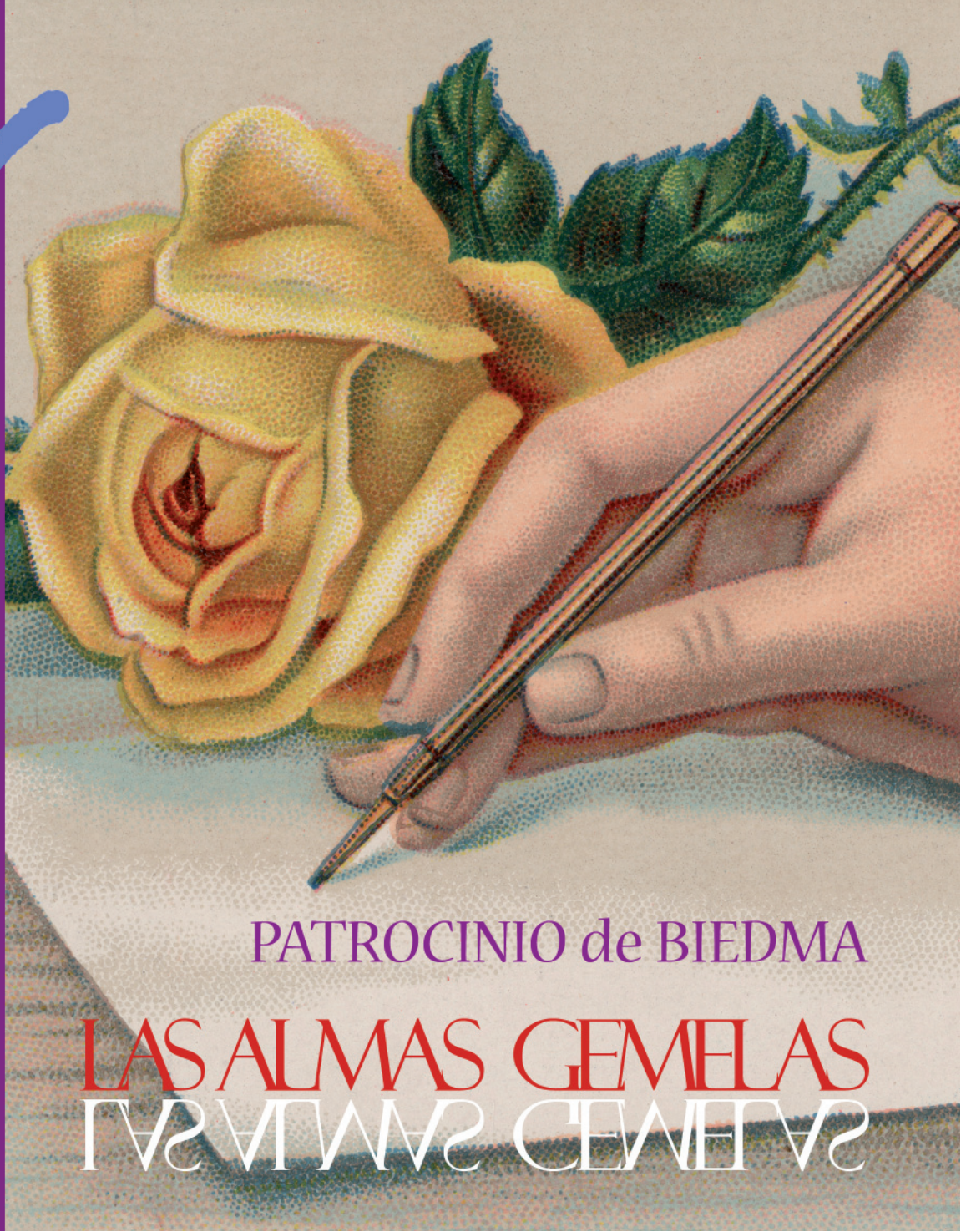




BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA



PATROCINIO de BIEDMA

LAS ALMAS GEMELAS

INVERTIDAS



PATROCINIO de BIEDMA
y LA MONEDA

LAS ALMAS GEMELAS

Edición al cuidado y posfacio de M^a Ángeles Perea Carpio

CONSEJERÍA DE CULTURA

Biblioteca Virtual de Andalucía

Patrocinio de Biedma y La Moneda nació en Begíjar (Jaén) el 13 de marzo de 1845, en el seno de una familia de la aristocracia rural. El relativo aislamiento en que vivió en su infancia y adolescencia estimuló su gusto por la lectura y su formación como autodidacta. En 1861, a los dieciséis años, se casó con José María de Quadros y Arellano, hijo del marqués de San Miguel de la Vega, del que tuvo tres hijos, que murieron siendo niños. Tras quedar viuda en 1873, con veintiocho años, sin hijos, y sin necesidad de atender personalmente el patrimonio que tenía en su tierra natal, la escritora decide instalarse en Cádiz, ciudad a la que se sentía ya muy vinculada por lazos de amistad. En 1877 crea la revista *Cádiz*, publicación que se convirtió en el órgano de una federación literaria andaluza. Comprometida con la infancia, funda un asilo y una escuela para niños huérfanos que llevará su nombre. Fue una gran promotora de la educación de la mujer, tema muy presente en sus escritos y en su vida pública. En 1880 contrae segundas nupcias con quien fuera su editor, José Rodríguez, periodista y director de *La Crónica de Cádiz*, siendo apadrinados por Alfonso XII. Aunque llegara a publicar tres libros de poesía, cultivó especialmente la narrativa, cuya producción se inicia con *Blanca* (1870), a la que seguirán 18 novelas más y 4 relatos cortos. Su última novela, *La Marquesita* (1892), es un homenaje a las gentes de Jaén. Patrocinio de Biedma murió en septiembre de 1927.

[la autora]

[la obra]

Publicada por entregas en 1874 en la revista *La Moda Elegante Ilustrada*, y con hasta cuatro ediciones en libro, *Las almas gemelas* es una novela que atestigua sobradamente el talento narrativo de Patrocinio de Biedma y su capacidad para abordar con solvente interés temáticas del gusto del lectorado femenino de la época, sin renunciar a la calidad literaria. A partir de la historia de dos parejas de la alta sociedad madrileña, la de Luisa y Federico —«las almas gemelas»— y la de Mercedes y Alejandro, un matrimonio que ve peligrar su relación por la conducta inmadura, caprichosa y desleal de ella, la escritora giennense compone una novela romántica de ritmo lento donde la reflexión sobre el comportamiento con respecto al amor y al matrimonio es el eje temático sobre el que gira la obra. Aunque llena de convencionalismos sentimentales, y de intervenciones directas de la autora, que convierten la novela en una especie de tratado moral, Biedma recrea con encanto un mundo real, cotidiano, reconocible en sus lugares, tiempos y circunstancias. Tras asistir a los avatares amorosos de los protagonistas, en los que la mujer se revela como un ser fuerte que «halla siempre un valor que no se explica en las situaciones supremas, y las domina y las vence», el lector tiene la impresión de haber vivido una historia de mujeres en un mundo de hombres.

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© 2010 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© de la edición al cuidado y posfacio: M^ª Ángeles Perea Carpio

Maquetación y diseño: Carmen Piñar

ISBN: 978-84-9959-010-3

D.L. : GR-1151-2010

Ilustración de cubierta: Mano de mujer escribiendo una carta.

Cromolitografía. 1890 ca. © Blue Lantern Studio/Corbis

índice

PROLOGO: UNA CENA	9
CAPÍTULO I: MORENA Y RUBIA	25
CAPÍTULO II: LOS CAPRICHOS	39
CAPÍTULO III: COQUETERIAS	43
CAPÍTULO IV: UN AMOR EXTRAÑO	49
CAPÍTULO V: LOS CELOS	55
CAPÍTULO VI: UN HOGAR SIN LUZ	63
CAPÍTULO VII: LAS ALMAS GEMELAS	71
CAPÍTULO VIII: DOS AMIGOS	79
CAPÍTULO IX: DOLORES DEL ALMA	89
CAPÍTULO X: DOS MUJERES	95
CAPÍTULO XI: LUISA	103
CAPÍTULO XII: EL DESTINO DEL PINTOR	109
CAPÍTULO XIII: UNA PROMESA DE AGUSTO	119
CAPÍTULO XIV: DOS NOBLES CORAZONES	125
CAPÍTULO XV: IMPRUDENCIAS	131
CAPÍTULO XVI: EL HILO DE UNA INTRIGA	135
CAPÍTULO XVII: LOS MODERNOS TENORIOS	139
CAPÍTULO XVIII: UNA MUJER DÉBIL	145
CAPÍTULO XIX: REACCION AL BIEN	149
CAPÍTULO XX: FEDERICO	153
CAPÍTULO XXI: LA CARTA DE LUISA	159
CAPÍTULO XXII: UN MARIDO GENEROSO	167
CAPÍTULO XXIII: INFLUENCIA DEL AMOR	171
CAPÍTULO XXIV: RAFAEL	179
CAPÍTULO XXV: LOS SUEÑOS DE UNA MUJER	183
CAPÍTULO XXVI: QUIEN SIEMBRA VIENTOS...	185
CAPÍTULO XXVII: LA EXPOSICIÓN	195
CAPÍTULO XXVIII: EL TREN EXPRESS	201
CAPÍTULO XXIX: LA CARTA DE FRANCIA	209
CAPÍTULO XXX: LA CITA	217
NOTAS	223

POSFACIO

<i>LAS ALMAS GEMELAS</i> , DE PATROCINIO DE BIEDMA M ^º ÁNGELES PEREA CARPIO	227
---	-----

*A la señora
doña Teodosia M. de Frouwein,
de sangre inglesa, de nacionalidad alemana,
y de corazón española,
como prueba de gratitud a su afecto por España,
y recuerdo de verdadera amistad,*

La Autora



prólogo **P**

UNA CENA

—¡Brindo, señores, por la libertad del corazón!

—¡Bien!

—¡Bravo!

—¡Magnífico!

—Señores —dijo, procurando dominar en aquellas ruidosas aclamaciones una voz sonora aunque algo vaga—, aplaudís una locura. ¡El corazón siempre ha sido libre, sus sensaciones no necesitan ley, sus manifestaciones sí! ¡Brindemos por la libertad del amor!...

—¡Muy bien!

—¡Sublime!

—¡Dejad hablar a Rafael! Que explique sus teorías... —decían otros.

—¡Rafael tiene la palabra!

—¡Que hable Rafael!

—Amigos míos: mis palabras no tienen otra explicación que la que se desprende de ellas —contestó el joven Rafael alargando su copa vacía para que la llenasen, y sonriendo a sus compañeros—; pero si lo queréis, os diré lo que yo entiendo por libertad del amor.

—¡Sí! ¡Sí! —gritaron todos.

—¡No! —gritó uno que hasta entonces había permanecido silencioso, y cuya voz serena y firme contrastaba con la alteración que la voz de los otros jóvenes descubría.

—No; lo inverosímil, lo absurdo, no se explica, y esa libertad del amor que Rafael proclama, no tiene explicación.

—¡Que se discutan ambos puntos!

—¡Que prueben sus palabras!

—Federico —dijo Rafael adelantándose hacia el joven que había hablado—, concretad vuestro pensamiento en un brindis, y después veremos quién tiene la razón.

Federico se inclinó sonriendo, se puso de pie y extendió su mano para tomar una copa llena de espumoso *Champagne*.

—Brindo —dijo con calma, y posando su mirada altiva y firme sobre aquellos aturridos, como pudiera un rey posarla sobre un ejército pendiente de su voz—, brindo por la esclavitud del corazón que hace del amor una cadena de flores.

Una verdadera tempestad de exclamaciones, risas y protestas estalló al oír estas palabras; y en tanto Federico, apurando su copa, había vuelto a sentarse con la calma de un juez que ha pronunciado en definitiva una sentencia.

—Pido que explique esas palabras —decía una voz balbuciente.

—¡Que se retracte de ellas!

—Pido la palabra —gritó Rafael.

—La tiene su señoría —contestó gravemente el joven que presidía la mesa en que cenaban y bebían una docena de alegres amigos, imitando con su voz e importancia en aquel momento a los presidentes de otras mesas a quienes un amigo nuestro, andaluz por más señas, ha llamado *presidentes de campanillas*.

—Caballeros —dijo Rafael adelantando con no muy seguro paso hacía Federico—, ¿estáis dispuesto a sostener esas palabras que acabáis de pronunciar?

—Sí, caballero, las sostengo.

—¿En todos los terrenos?

—¡Absolutamente en todos! Yo sostendré mis ideas en el palenque de la inteligencia, con esas armas que Dios concede a la razón sobre la locura...

—Pues bien, caballero, puesto que defendéis la tiranía contra la libertad, desviándoos así de la gloriosa senda que nuestra época nos marca; puesto que sois un opresor tirano de los derechos del hombre...

Una ruidosa carcajada interrumpió al orador, que se volvió gravemente pidiendo al presidente orden.

—Silencio, señores, —dijo una voz, acompañando estas palabras con el ruido de un cuchillo contra una copa. La calma se restableció.

—Decía que, ya que os oponéis al torrente civilizador que eleva al hombre... ¡no sé a qué!, pero a algo que vale mucho sin duda, cuando todos piden esa

elevación, tendréis que habéros las conmigo, y o probar las ventajas de vuestras utopias o retractaros de ellas.

—Admito el desafío.

Una salva de aplausos fue como la aprobación de este contrato.

Rafael y Federico se hallaban de pie entre todos aquellos jóvenes, que ora se apoyaban en la mesa teniendo entre sus manos la copa vacía, ora se recostaban en las sillas con esa pesada soñolencia que revela una larga y alegre cena.

Las figuras de nuestros dos jóvenes se destacaban visibles y notables, ya por su actitud, ya por los rasgos que las hacían distinguidas.

Federico, alto, esbelto, de mirada firme y altiva, tenía la frente ancha y blanca, la boca desdeñosa, las manos finas y ese *no sé qué* que revela el talento en cada palabra, en cada actitud, en cada detalle.

Sus ojos pardos brillaban con reflejos extraños, era de una dulzura infinita, ya de una bravura suprema.

Un fino y suave bigote se retorció a ambos lados de su boca, y daba una acentuación muy marcada de firmeza a toda su fisonomía.

Federico tendría treinta y cinco años; sobre aquella frente tan despejada y tan noble debían de haberse amontonado ya las nubes de la vida, que, como las de la atmósfera en las más altas cumbres, buscan también las más altas inteligencias.

Diríase que así en lo material como en lo físico la grandeza atrae la tempestad.

La desdeñosa sonrisa que a veces agitaba su boca, parecía una constante protesta contra las locuras que oía.

Rafael era, si se quiere, más bello, pero en él se echaba de menos aquel como reflejo interior que irradiaba una extraña luz en torno de Federico.

Más bajo, su talle era tambiénuelto y gracioso, pequeñas sus manos, y más risueña, más sencilla la mirada.

Su frente tenía ese corte firme y recto que parece marcar una medianía; sus ojos, no grandes, eran vivos y penetrantes; su boca muy movable, tenía una gracia suprema en la sonrisa.

Una fina y oscura barba daba alguna severidad a aquellas facciones suaves, que denotaban una gran inestabilidad e inconstancia en sus afecciones.

Amigos de *sport*, como se dice en la vecina Francia, no les unían ninguno de esos lazos simpáticos que son a veces como sutiles hebras de seda que envuelven la voluntad y el corazón.

Al separarse después de una cena, de un paseo a caballo, o de una partida de tresillo, empeñada en el casino, no volvían a pensar el uno en el otro.

Había más bien entre ellos como una extraña y misteriosa antipatía que no se explicaban, pero que casi presentían pudiera convertirse en odio a la más pequeña rivalidad o contradicción.

Rafael, egoísta y orgulloso, sufría mal aquella superioridad moral que hacia a Federico vencer siempre; aquel ascendiente sobre cuanto le rodeaba; aquella mirada de vencedor que involuntariamente irradiaba de sus ojos.

Federico, de alma infinitamente más elevada, de aspiraciones más grandes, no era capaz de sentir ante ningún hombre un movimiento de envidia; pero jamás hubiera elegido a Rafael para confidente de un secreto, ni para amigo de su confianza.

La frivolidad de su carácter, la ligereza de sus acciones le desagradaban, y más de una vez, al oír a Rafael contar una aventura, contuvo en sus labios la enérgica frase con que iba a reprobar sus palabras.

Pero Federico era, ante todo, hombre de mundo, y una expresión de amable indiferencia sustituía a su involuntario movimiento de ira.

Bueno será que antes de pasar adelante demos algunos detalles a nuestros lectores.

Era una fría y clara noche de febrero en la que tenían lugar en Madrid, los sucesos, que vamos a referir.

Corría el año 187...,¹ y era aquella noche la última de Carnaval.

Varios jóvenes, cuyos nombres eran muy conocidos, ya en las letras, ya en la política, ya en la aristocracia, se habían reunido después de abandonar el baile de la Ópera, para cenar alegremente.

Si nos hemos detenido en hablar de dos de ellos prescindiendo de los otros, es porque éstos han de tomar parte más directamente en los sucesos que vamos a referir.

Por lo demás aquellos jóvenes vestidos de etiqueta, que rodeaban una mesa llena de los restos de una cena espléndida, formaban una brillante reunión alegre y bulliciosa.

Rafael de A..., de quien ya hemos hablado, pertenecía a una ilustre casa, y tenía por ello el absurdo derecho de no ocuparse de nada.

Carlos M... era oficial de uno de los Ministerios, como Augusto B..., que se hallaba a su lado.

En cuanto a Federico Vallés, era un escritor notable y un admirable pintor.

En el momento en que Federico pronunció sus últimas frases, varios jóvenes se pusieron de pie y le rodearon con empeño.

—Veamos, veamos —decían— las bases de ese desafío extraño que Rafael ha provocado.

En aquel momento la puerta del gabinete se abrió y apareció en ella un nuevo personaje.

—¡Bravo, Alejandro! —exclamaron algunos—, ¡eso se llama llegar a tiempo!

—¿De qué se trata, señores? —preguntó el llamado Alejandro dirigiéndoles un cariñoso saludo.

—De una extraña cuestión —dijo Carlos sentándose a ejemplo de los demás—
; Rafael sostiene...

—Te oiré con mucho gusto cuando me des una copa de Jerez, mi querido amigo
—dijo Alejandro interrumpiéndole.

—¡Oh! ¡Tienes sed!

—Figúrate que hace dos horas que estoy andando sin descanso, que busco a una mujer y no la encuentro, y comprenderás que no hay nada más natural.

—¡Cuéntanos tu aventura!

—¿*Quién es ella?*...

Alejandro había tomado la copa que Carlos le alargara, y bebía, poco dispuesto al parecer a contestar a estas preguntas.

—Sepamos ese desafío singular —dijo cuando hubo bebido.

Carlos tomó la palabra.

—Rafael sostiene —dijo— que el amor es libre, y sus manifestaciones también.

—Veamos en qué razones apoya su opinión.

—¡Eh! ¡Rafael! ¡Rafael! ¿En qué piensas? ¿No ves que te hablan?

—¡Ah, sí! ¿Qué queréis?

—¡Cómo! ¿Estás loco? ¿Pues no nos has oído?

—¡Bien, sí, estoy un poco malo!...

—¡Eso es una derrota! ¡Habla!

Rafael, a quien había alterado una visible agitación, pareció serenarse y dijo con calma:

—Amigos míos, yo no pido ni deseo el *amor libre*, sino la libertad del amor.

—¿A qué llamas tú libertad en amar? —preguntó Alejandro.

—Yo tengo, por ejemplo, un ideal formado en mi pensamiento, y si he de amar, necesito encontrar a la mujer que realice en lo posible la idea de mi sueño —dijo Rafael—. Ahora bien; como es muy difícil hallar una mujer viva y real tal como se anhela, yo pido libertad para formar con muchas partes un todo completo, y en ello no hallo nada de nuevo ni extraño, pues generalmente el hombre ha amado muchas veces antes de fijar su destino, y yo sólo pretendo que esos muchos amores, sentidos a un tiempo, realicen esa gloria porque todo corazón delira.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Sin duda estás loco!

—¡Qué moral más amplia!...

—¡Chico, chico, tú eres un internacionalista del corazón!

—Exactamente —contestó Rafael—; y bien ¿qué tiene el caso de extraño? Todos, más o menos, practicáis las mismas máximas, pero sois más hipócritas que yo.

—Poco a poco —dijo Alejandro—; aún no nos has explicado si has puesto en práctica tu liberal teoría.

—Seguramente que no, pero no dejaré de hacerlo.

—Para ilustrarnos —dijo Federico— debías explicar qué clase de mujer deseas.

—¡Oh! no deja de ser difícil...

—Pero ello es preciso; tienes que apoyar con datos tu extraño axioma —dijo riendo Alejandro.

—Pues bien; yo quiero una mujer linda, instruida, discreta, graciosa...

—¡Pardiez! ¡Todo eso puede hallarse reunido en una!

—Aún no he acabado —dijo impaciente Rafael.

—Te escuchamos, pues.

—Su belleza, es decir, la belleza de la mujer que yo amaría, debe ser una belleza extraña... Sueño unos lindísimos ojos negros y unos cabellos de oro; una frente blanca y pura, cortada por dos cejas de ébano: en lo moral quiero malicia y candor, inocencia y maestría; en fin, amigos míos, que necesito hallar en dos mujeres, por lo menos, el tipo que mi fantasía ha formado, porque es imposible que la naturaleza, para complacerme, haya dado esas cualidades a una sola.

—¡Diablo! ¡Rafael, tu deseo no puede ser más extraño! Quieres unir la luz y la sombra...

—Exactamente.

—Pues tengo el sentimiento de augurarte muchas decepciones en ese doble amor que anhelas, porque no hay corazón que pueda pasar a esas transiciones tan violentas sin sufrir.

—¡Es que para mí no hay transición! Esos dos amores formarán un solo amor.

—¡Es muy difícil asimilar lo que por sí es tan extraño!

—Más gloria en conseguirlo.

—Es que yo dudo que pueda conseguirse.

—¡Es que lo imposible no se consigue jamás! —dijo impetuosamente Federico— : es que el amor, el verdadero amor, ha de ser exclusivo y eterno; porque si el corazón duda, si vacila entre dos sentimientos, no ama, no puede amar.

—Creo como Federico, —dijo Alejandro —, que el sentimiento es indivisible.

—¡No tal! ¿No ama un padre con igual intensidad a cada uno de sus hijos?

—¡Ah, mi querido Rafael! La diferencia es altamente visible: el amor de un padre no se parece a ningún otro amor: los mismos lazos de sangre y de cariño le unen a cada uno de sus hijos, y su amor puro, tranquilo, casi divino, no admite inquietudes ni rivalidades; el amor paternal no es egoísta, no es exclusivo; es desinteresado y dulcísimo, y no tiene ninguno de los defectos del amor impetuoso del amante.

—Creo que juzgas apasionadamente.

—No; y prueba de ello, que no sé aún lo que sostenía Federico.

—¡Una locura! ¡Sostiene la esclavitud del corazón!

—Valor se necesita para ello; veamos, Federico —dijo Alejandro sonriendo—, ¿por qué en esta época de libertades pides una esclavitud que en ninguna ley está sancionada?

—En la ley de la costumbre.

—No hay tal costumbre.

—Sí la hay: la aspiración de nuestra vida es siempre la de amar y ser amados; la de unir en un solo ser dos voluntades, dos almas, dos pensamientos... Al amar

así, se abdica voluntariamente esa libertad que ya no sirve, pues la esclavitud que ese amor impone es la felicidad.

—Hay algo de vago en lo que dices. ¿Es acaso eterno ese amor? ¿No agitará al corazón el deseo de romper su cadena?

—¡Oh! la perfección es imposible; pero si no a ella, puede llegarse a esa dulce dicha que siente el alma cuando nada más ambiciona, cuando colocando en el límite de sus esperanzas la imagen de la mujer amada, escribe allí, a la luz de su fe, el *non plus ultra* que Hércules fijaba en el límite de un continente.

—¡Ah, mi querido Federico! te engañarías como Hércules: *hubo más allá*.

—¡Oh! ¡Pero cuánto tardó en aparecer!

Entre tanto que el amor descubre otros horizontes, la felicidad se agota, y a veces la vida se acaba... Morir amando, es morir en el edén.

—Veo —dijo sentenciosamente Alejandro—, veo que sois dos locos a cual más extravagante.

Algunas risas contestaron a estas frases. Cuando la calma se hubo restablecido, Alejandro continuó:

—Os doy un año de término para que, poniendo en práctica vuestras teorías, lleguéis cada uno de vosotros al edén de la felicidad: el que la consiga más duradera y más pura, habrá tenido razón.

—Aceptado, contestaron Rafael y Federico.

—El año que viene, en este día y a esta hora, nos reuniremos aquí los mismos para cenar; el que haya perdido, pagará la cena.

Un murmullo de aprobación se dejó oír entre aquel grupo de alegres jóvenes.

—Aceptado también.

—Pues entonces, señores —dijo Alejandro poniéndose de pie—, hasta el año que viene.

—¡Eh, Alejandro! —dijo uno de ellos—, ¿te vas sin contarnos tu aventura?...

Una ligera tinta de carmín brotó en las pálidas mejillas de Alejandro, que hizo un poderoso esfuerzo para dominar su emoción.

—Es un secreto, señores.

—¡Ah, ah! —dijo Rafael, que también había sentido en este instante un estremecimiento poderoso—, ¿tienes secretos tú, el severo Catón, el moralista, el impecable?...

—¿Por qué no? —dijo Alejandro—. Si es un secreto puro...

—¡Ja, ja, ja! Confiesa que tu también...

—Yo lo diré a la hermosa Mercedes.

—No te incomodes, lo diré yo mismo.

—¿A tu esposa?

—¿Por qué no?

Federico que había mirado fijamente a Rafael durante estas preguntas, se adelantó hacia Alejandro, y poniéndole la mano sobre el hombro en actitud de cariñosa confianza, le dijo a media voz:

—Déjales; ¿no ves que quieren hacerte hablar?

—Lo cual no se consigue fácilmente cuando yo no quiero: buenas noches, señores, o más bien, buenos días, pues se anuncia ya la blanca luz de la aurora. ¡Hasta el año que viene!

Alejandro salió, y poco después casi todos se fueron despidiendo.

Federico se envolvió en su abrigo y salió también.

Apenas había dado algunos pasos por la calle, cuando dos mujeres que marchaban rápidamente, se acercaron a él.

A la vaga luz del alba que se iniciaba apenas en el horizonte, se veía que iban vestidas de negro y llevaban el rostro cubierto con antifaces.

Antes que Federico tuviera tiempo de fijarse en ellas, la más alta se le aproximó y haciendo una seña a su compañera, se desasíó rápidamente de ella, y tomó el brazo de Federico.

—¡Señora! —dijo este sorprendido.

—¡Seguid, caballero, seguid, yo os lo ruego! —dijo una voz dulce y temblorosa.

Federico se estremeció y fijó una mirada llena de curiosidad en la mujer disfrazada.

—¡Seguir! ¿Y adónde? —preguntó.

—Al azar, ¡pero callad, por Dios!

En aquel instante se oyó una leve palmada, y la mujer que se había separado de la que se quedó al lado de Federico, subió a un coche que arrancó a escape.

—¡Ah! —dijo ésta al verla desaparecer—, ¡gracias a Dios!

Algunos instantes continuaron en silencio su camino.

Federico sentía temblar sobre su brazo una mano pequeña, cubierta con un guante blanco.

—No me diréis al menos... —murmuró Federico.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó interrumpiéndole la tapada.

—¡Cómo, señora! ¿no sabéis mi nombre y me detenéis sin embargo? —exclamó Federico sorprendido.

—Sí —dijo con recelo ella—, sé que os llamáis Alejandro...

—¡Alejandro yo! ¡No por cierto! me llamo Federico...

Pero antes que acabase de hablar un ligero grito le había interrumpido.

—¡Ah! —exclamó la dama con terror—, no erais vos; luego ella... quedad con Dios, caballero, y perdonad... Y separando su mano del brazo de Federico dio algunos pasos con rapidez.

Federico la siguió.

—Quien quiera que seáis —dijo con nobleza—, no puedo dejaros así a estas horas, sola por las calles; decidme adónde queréis que os lleve, y os obedeceré.

La tapada se detuvo indecisa.

La sombra de la noche iba desapareciendo ante una claridad pálida y dulce, y a su reflejo Federico vio que aquella forma esbelta, cubierta con un capuchón de seda negro, se estremecía.

—Tenéis razón —dijo al fin—, vais a acompañarme con una condición.

—Decidla.

—Que en cuanto hallemos un coche me dejaréis en el, y no intentareis seguirme, ni saber quién soy.

—Os lo prometo por mi honor.

—Gracias; sigamos pues.

Y la mascarita volvió a tomar el brazo de Federico.

Un suave perfume se desprendía de ella; ese perfume delicado y suave que revela una mujer distinguida.

Federico le aspiraba con delicia, y se preguntaba quién era aquella mujer y a dónde iba.

¡Cosa extraña! A pesar de la manera dudosa en que se le aparecía, no tuvo hacia ella ni un pensamiento impuro.

Diríase que una dignidad misteriosa iba impresa en cada uno de sus movimientos.

Federico deseaba vivamente hablarla, pero nada podía averiguar, fiel a su palabra empeñada.

Sin embargo, se aventuró a decir:

—Yo soy amigo de ese Alejandro que buscábais, y si queréis verle...

—¡Ah, no, caballero; yo no le buscaba, apenas le conozco...

—¡Cómo!... —dijo Federico sorprendido.

—Ved ahí un coche que pasa —dijo ella con viveza.

Federico hizo un ademán, y el coche se detuvo.

—Un momento —dijo—, yo no os seguiré, pero me habéis de prometer que recibiré noticias vuestras.

—¡Pero yo no os conozco!

—Tomad mi tarjeta —dijo Federico— y convenid en que es muy extraño...

—Bien —dijo ella tomando maquinalmente aquella tarjeta—, ¡sabréis de mí!

—¿Cuándo?

—No lo sé; adiós, caballero, y gracias.

Federico extendió su mano para ayudarla a subir, pero ella se lanzó sin este apoyo y dijo al cochero:

—¡A escape! —algo añadió, pero sus palabras no se oyeron.

El coche arrancó, y un objeto cayó al suelo.

Federico se bajó vivamente y le recogió mirándole con asombro y extrañeza.

Era un zapatito de baile, de una elegantísima forma, y que parecía hecho para el pie de una niña.

—¡Ah! —dijo con entusiasmo— yo te sabré encontrar, y veremos si eres tan hermosa como bonito es tu pie.

Cuando alzó la cabeza, la luz hería ya los cristales de los balcones, y el coche había desaparecido.

FIN DEL PRÓLOGO

capítulo I MORENA Y RUBIA

Era una bella y perfumada tarde de mayo.

La luz tenía ese polvo de oro que jaspea a veces el cielo de España, tan azul como un pabellón de seda.

Había en el sonido vago y débil del viento como una armonía suavisísima, que parecía el eco de las armonías de lo desconocido.

Multitud de carruajes bajaban por la hermosa calle de Alcalá, y seguían hacia la Castellana, ese paseo donde se dan cita las más hermosas mujeres del mundo.

En aquella ondulación constante de lindas mujeres; en aquel torbellino de rasos y encajes, que dejaba en pos una ráfaga de perfumes, se fijaban las miradas de los que a pie llenaban las aceras de la ancha calle.

El paseo de la *Fuente Castellana*² estaba lleno.

Los carruajes pasaban con dificultad, y no pocas veces los cocheros tenían que refrenar los caballos por falta de espacio en donde revolverlos.

Aquella ostentación constante de lujo y hermosura, formaba el cuadro más animado que puede concebirse.

Había en él algo que flotaba sobre el pensamiento y le aturdía.

A un desgraciado hubiera arrancado el cuadro aquel una maldición, a un indiferente una sonrisa.

Porque el que sufre se rebela instintivamente contra esas *exposiciones* de la vanidad humana, que parecen destilar sobre su alma desesperada la amarga hiel del desprecio social.

¡Qué importa a aquel mundo rico y brillante la triste soledad de un desgraciado!

Él pasa en sus coches salpicándole de lodo, y como diciéndole: «déjame el paso libre, que a ello tengo derecho».

Y el que se aparta a un lado para dejarle pasar, siente brotar en su alma como respuesta a esa intimación que no se formula, pero que se adivina, esta otra réplica: «¿y por qué? ¿quién eres tú para pasar sobre mí aplastándome bajo el peso de tu vanidad y de tu orgullo?».

La pregunta, una vez hecha, exige contestación, y de ella emana esa candente palpitación del que sufre, que sube como una amenaza a la superficie social, a la brillante capa que por estar cubierta de oro cree ocultas sus miserias!...

Hubiera menos loca vanidad, menos insensato orgullo, y no se despertarían en el corazón del pueblo esas ideas de venganza y amenaza que parece que son una protesta de la humillación que se le impone.

¿Pero acaso se ocupa de algo el ser feliz a quien la ciega casualidad ha colocado en elevado puesto?

Esa masa inútil en su generalidad, que desde el carro triunfal de su egoísmo arroja a sus pies puñados de oro y de desprecio, ¿piensa acaso en que aquel pueblo, al

que humilla, es para él como el pedestal para la estatua, y que si este vacila, la estatua rueda destrozada?

¡No sabe que el impulso enérgico de esas voluntades pulverizaría su cobarde voluntad!

¿Ha olvidado que Jesucristo legó al mundo las sacrosantas leyes de amor y caridad que hacen de la humanidad una familia y de todos los hombres hermanos?

Se culpa del estado actual de perturbación social a esa constante flotación de ideas que hacen surgir los que quieren con la sangre del pueblo amasar el altar sobre que han de elevarse; pero no es suya toda la culpa.

La vanidad ciega, esa vanidad egoísta arrojada como un sarcasmo al pobre, ese espectáculo de miserias doradas, de vicios brillantes que flotan en el mundo del oro y del poder, van por sí solos creando esa disolución de deberes y sentimientos que anuncia la gran perturbación social que agita hoy a la humanidad.

Volvamos a nuestro asunto.

Era esa hora en que el sol palidece y el crepúsculo límpido y claro envía una blanda y suave luz.

Los jardines de Recoletos estaban llenos de gente también; era esa concurrencia *seria*, si se nos permite la frase, que huye del bullicio del Prado³, y va a buscar bajo sus perfumadas sombras distracción y solaz.

Hubiera sido muy curioso analizar cuántos dolores se ocultaban bajo aquella espléndida apariencia.

En una elegante *victoria*⁴, arrastrada por dos soberbios caballos negros, iban dos mujeres igualmente bellas.

La que parecía tener más edad, era un tipo adorable de gracia e indolencia.

Blanca, rubia, no con el rubio brillante que hoy tienen casi todas las mujeres, sino con ese rubio suave y pálido, que tanto encanto da a un cutis trasparente.

No os hablaré de perlas y corales, pero os diré que su boca era fresca y bella, y blanca y pequeña su dentadura.

Iba medio recostada, y en esa actitud graciosa descubría un lindo talle y un cuello blanco y mórbido.

Era difícil fijar el color de sus ojos, y sólo podía decirse de ellos que tenían una dulzura admirable y que parecían hablar y sentir.

Llevaba traje azul, y sobre su encantadora cabeza una blanca mantilla.

La otra era más bella, aunque a primera vista no lo parecía.

Su cutis menos blanco, tenía esa delicada finura que sólo ostentan las hijas del Mediodía; sus ojos negros y magníficos, sus cabellos también negros y una gracia inefable en su atractiva sonrisa.

Tenía el color pálido, lo que la embellecía en extremo; el alma y el sentimiento tienen ese color, como dice Lamartine.

Llevaba el traje rosa, y una pequeña mantilla de encaje negro se cruzaba en su pecho, sujeta con una rosa natural.

Sus manos eran de una forma tan linda, tan pequeñas, tan graciosas, que aun a través del guante se adivinaba su belleza.

Las dos damas hablaban sonriendo, cuando la morena, que parecía más joven que su compañera, apoyó con viveza su mano sobre el brazo de la otra y contuvo un grito:

—¡Es él! —dijo con voz contenida y temblorosa.

—¿Quién?

—¡Él! ¡Federico!

—Y bien, ¿dónde está?

—¡Allí!

Y con un ademán señaló a un jinete que se adelantaba y que iba a pasar muy cerca de la *victoria*.

Un gallardo jinete que miraba distraído a la multitud.

La joven morena no pudo decir más: como la *victoria* subía en dirección contraria, muy pronto se encontraron.

Entonces sucedió una cosa extraña.

La mirada de aquel joven halló la mirada de la dama, e instintivamente detuvo su caballo.

En la mirada de aquella mujer, que brilló un solo instante, se leía un mundo de amor y de promesas.

Había sido una abstracción involuntaria, un éxtasis de un segundo; quizá aquella mirada fija, sin objeto, no indicaba nada; pero el jinete, que había palidecido densamente, contuvo así mismo una exclamación de sorpresa.

Cuando quiso darse cuenta de lo que sentía, la *victoria* se había alejado entre aquel torbellino, y en vano revolviendo su caballo quiso seguirla; no la halló.

—Y bien, Luisa —decía la joven rubia sonriendo—, ¿será cosa de que ames verdaderamente a ese hombre?

—No lo sé —contestó con temblorosa voz—, no lo sé, Mercedes, pero he creído morir.

—¡Bah! Eres muy impresionable...

—No; bien sabes tú que yo he huido de esta aventura, de la cual tú tienes la culpa.

—¡Yo! ¡Qué cosa tan buena! ¿Soy yo quien te ha dicho que le ames? —preguntó Mercedes con burlona sonrisa.

—Ante todo —dijo Luisa— da orden a tu cochero de que nos lleve a tu casa: Federico nos buscará.

—¡Que lástima! —dijo Mercedes cuando hubo dicho rápidamente al cochero el deseo de su amiga—, ir a encerrarnos con esta tarde tan hermosa; y luego ¿por qué?...

—Te ruego me perdones, pero no quiero que me vea.

—¡Si le has de amar!...

—¡Oh! ¡Quiero luchar aún!

—¡Para ser vencida! ¡No vale la pena!

El carruaje se detuvo delante de un lindo *hotel*⁵ rodeado de jardines, la verja se abrió, y aquel penetró por la ancha calle enarenada, deteniéndose al pie de la escalera.

Las dos jóvenes subieron asidas del brazo y penetraron en un elegante gabinete.

—¡Qué fastidio! —dijo la joven rubia sentándose, o más bien, recostándose en una pequeña butaca con una indolente y muelle pereza—; ¡qué fastidio encerrarse aquí por huir de tu romántico amador!

—¡Mercedes!

—¡Sí, riñeme ahora, después que te he obedecido!

—¡Pero no ves —dijo Luisa con anhelo— que *él* iba a seguirme; que iba a saber quién soy!...

—¿Y qué importa? ¡Al fin lo ha de saber!

—¡Tal vez no!

—¡Bah! eres muy inocente, Luisa; él sabrá ya a qué atenerse respecto a ti.

—¡Oh no! ¿De qué manera? Tú sabes que yo no he salido en este tiempo sino en coche cerrado, que no he asistido a ninguna de esas fiestas para que he sido invitada, por temor de encontrarle...

Mercedes se encogió de hombros y sonrió.

—De todos modos —dijo—, ¿qué te propones de ese juego?

Luisa se puso muy encendida, y miró a su amiga con expresión de queja...

—¡Juego!... —dijo con acento de reconvención.

—No sé cómo llamarle.

—Pues bien, Mercedes, voy a ser franca contigo; desde aquella noche en que tuviste el capricho de que nos disfrazásemos; desde que creyéndole Alejandro, y para darte a ti tiempo de escapar, le detuve, yo no sé qué revolución se ha operado en mi ser.

—¿Cómo? ¡Si apenas le viste!

—Es verdad, pero su voz vibra constantemente en mi corazón, su nombre acaricia mi pensamiento, sus cartas, en fin, son ya una necesidad de mi vida.

—¿Te ha escrito? —preguntó Mercedes con sorpresa.

—Sí.

—Nada me has dicho...

—¡Oh! era mi secreto. Aquella noche, cuando yo te creí en salvo, quise dejarle; entonces supe con terror que no era el conde de San Esteban.

—Seguramente; ese fastidioso Alejandro estaba ya en casa; cuando yo vine.

—¡Dios mío! ¡Nunca me has hablado de eso; ¿y qué pasó?

—Nada —dijo tranquilamente la rubia—; yo llegué algunos instantes después que él, Pepa me esperaba y me lo dijo... ¡Oh, es una chica incomparable!... Me desnudé en la casita del jardinero, y con mi peinador de *cachemira*, y el cabello medio suelto, fui a buscarle a su despacho.

—¡Y bien!

—Al verme lanzó una exclamación de sorpresa, se vino hacia mí y me asió las manos.

«¿Me esperabas, Mercedes mía? —me dijo muy conmovido.

»Sí por cierto, le contesté, y ya me iba cansando...

»¡Ah perdóname; si supieras... exclamó!» Quise ver si me había seguido creyéndome otra, o si me había conocido, y fingí estar enfadada por su tardanza...

Entonces me contó, sin omitir un detalle, que había creído conocerme porque oyó una risa parecida a la mía, que había seguido a dos máscaras, y que se le habían escapado al fin... ¡Oh! es muy singular —continuó Mercedes riendo—; mi muy amado esposo creo que sólo sería feliz si le permitiese llevarse en el bolsillo la llave de mi gabinete!

—Porque te ama —dijo Luisa.

—Pues, hija, sea la que sea la causa, el caso es que sus celos me fastidian.

—A veces podías evitarlos; ¿quién te manda coquetear con Rafael?...

—¡Ah! Luisa, yo te lo suplico, no me obligues a recibir una lección de moral práctica: ¡si vieras cómo me aburres cuando me hablas de eso, querida mía!

—Pero ¿le amas? —insistió Luisa.

Mercedes lanzó una burlona carcajada.

—¡Amarle yo! ¡Ah! ¡Qué idea! ¿Estás loca, Luisa?

—Si no le amas, ¿qué objeto tiene esa coquetería?

—Es mi secreto —contestó Mercedes moviendo con negligencia su rubia cabeza.

—¡Tu secreto! Pues bien, confíamelo, ¿no sabes tú los míos?

—¡Oh! eres insufrible, mi querida amiga, no se puede hablar a medias contigo.

Luisa tomó un taburete, y lo acercó a Mercedes, asió sus manos, y le dijo con cariño:

—Ya te escucho.

—Pues bien, mis coqueterías con Rafael obedecen a un plan.

—Veámosle.

—A un plan altamente moral.

Luisa se sonrió.

—Ese calavera —continuó Mercedes—, sostiene una teoría muy singular.

—¿Cuál?

—La libertad del amor; dice que si una mujer sola no realiza el ideal de un hombre, puede amarse a dos, a tres... ¡qué se yo a cuantas se extiende la caprichosa ley en que se apoya!

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Por Alejandro.

—¡Cómo! ¿Alejandro te ha dicho?...

—El mismo, querida mía; los hombres no hacen otra cosa que equivocarse.

—Pero yo no me explico.

—¡Dios mío! Luisa —dijo Mercedes apoyando su cabeza en la butaca—, me desesperas! ¿No comprendes que al saber yo esa locura, he querido castigarle?

—¿De qué manera?

—De la única que me es posible: haciéndole amar a una sola.

—Es un juego muy peligroso.

—¿Por qué?

—Puedes enamorarte.

—Yo no me enamoro tan fácilmente como tú.

—Yo soy libre —dijo Luisa alzando con orgullo su frente altiva—, y puedo amar.

—¿Y sabes tú si el hombre a quien amas lo es?

Luisa palideció densamente, y luego se puso muy encendida.

Su cabeza inclinada hacia Mercedes pareció estremecerse; al fin dominando su emoción pudo decir:

—¡Creo que lo es también!

—¡Creo! ¡Bonita palabra! ¿Es decir que no lo sabes?

—No lo sé: no me ha ocurrido siquiera el temor de que no lo fuese.

—Ya ves cómo sois iguales todos los moralistas del mundo. Iguales en lo fastidiosos y en que no sabéis lo que decís. Pretendes que no debo mirar a Rafael porque no soy libre, y amas a un hombre que acaso no lo es tampoco.

—Tienes razón, Mercedes; he debido antes de amar saber a quién amaba, pero...

—Pero eso no entraba en tus cuentas, ¿eh? ¿Crees que he olvidado aquel capricho tuyo...

—Y bien, no hablemos de eso; será lo que Dios quiera.

—Vamos, tranquilízate, mi pobre Luisa; Federico es libre.

—¡Ah! ¿Cómo lo sabes? Dime, dime por Dios lo que de él sepas —exclamó con vehemencia Luisa.

—En verdad que me das miedo; ¡cómo amas a ese hombre!

—Y bien, sí, le amo con toda mi alma; habla pronto.

—Alejandro le conoce, más aún, es su amigo!

—¿Cómo no me lo has dicho?

—¿No querías tú *amar por sólo amar*, sin que pudiera influir en ti el nombre, posición, etc.?

—Eres cruel, Mercedes... ¡por favor!

—Pues bien, formalmente, sólo sé de él que es un artista distinguido y un hombre de corazón: Alejandro le estima mucho.

Luisa respiró como si su corazón se aliviase de un gran peso y se puso de pie.

—¿Qué, te vas?

—Sí.

—¡Pues tiene gracia! ¡Después que me has hecho volver, me dejas sola!...

—Tengo que hacer a esta hora...

—¡Vete! hace algún tiempo qué estás más fastidiosa que un tratado de *filosofía elemental*; vete, y Dios vaya contigo. ¿Qué se puede esperar de quien se enamora?

—Todo lo tomas a broma, Mercedes mía, ¿no ves que está mi padre solo?

—¡Bah! ¡Y tendrá miedo!

—No; pero está delicado, ya lo sabes, y me necesita a mí; por complacerte he salido.

—¿Sí? ¡Pues has tenido buena manera de complacerme! en fin, te acompañaré hasta tu casa.

Y Mercedes, levantándose, fue a tocar un timbre.

Una doncella apareció.

—El coche —dijo volviéndose hacia ella Mercedes y sin mirarla siquiera.

—Está puesta la *victoria*: como la señora condesa no dijo nada...

—Bien, bien, tanto mejor, vamos.

En aquel instante la puerta se abrió y un hombre apareció en ella.

Tendría 40 años, una fisonomía noble y simpática, y una estatura elevada y esbelta.

Era Alejandro Bramer, Conde de San Esteban, rico americano que, un poco por huir de la guerra en Cuba, y un mucho por complacer a su joven y bella esposa, hacia dos años había venido a España, fijándose en Madrid.

Mercedes Varela tenía 20 años cuando se casó con Alejandro, una belleza encantadora y una gran ambición de goces y riquezas; no tenía más, pero esto es generalmente lo que tienen la mitad por lo menos de las que se casan.

Su esposo tenía una gran fortuna, un nombre distinguido, una loca pasión hacia la joven a que había dado su nombre, y un rico porvenir de esperanzas de felicidad.

Con todas estas dotes de ambos esposos, no hay que decir si la luna de miel, pasada a bordo de un buque que hacia la travesía a Europa, sería deliciosa.

¡Una luna de reflejos celestes rielando sobre un mar sereno!

No nos extenderemos en detalles, porque ya sabemos que esas lunas tienen la duración... ¡de todas las lunas!

Tendríamos que lamentar su brevedad y no nos gustan las lamentaciones... ¡Plagiar a Jeremías es triste!

Diremos solamente que la joven, que en el mar había parecido amar a su esposo, al pisar la tierra firme debió sin duda decirse que los idilios del Océano no pueden repetirse en el prosaico suelo, y cambió de táctica, con gran pena de Alejandro, que había creído eterno aquel divino sueño mecido por las olas.

Más adelante ampliaremos estas explicaciones, volviendo ahora a nuestro asunto.

Alejandro, al ver de pie a las dos amigas, y con las mantillas puestas, se detuvo indeciso.

Las saludó con una inclinación de cabeza y dijo a Mercedes:

—¿Vas a salir?

—Voy a acompañar a Luisa hasta su casa —contestó ella con frialdad.

—En ese caso, y si has de volver a casa, te esperaré.

—¿Me acompañarás esta noche al teatro? —preguntó Mercedes.

—Sí —contestó vivamente Alejandro—, ya sabes que mi mayor gusto es complacerte.

—Entonces hasta luego, amigo mío —dijo enviándole una sonrisa.

—Adiós, conde —dijo Luisa distraída.

—¡Oh! voy a acompañarlas hasta el coche —contestó Alejandro ofreciéndole el brazo.

Mercedes iba delante; bajó la escalera con ligereza y subió sin esperar a Luisa, a la que el Conde dio la mano.

El coche salió, y Alejandro fue a apoyarse en el balcón del gabinete que antes ocuparon.

Aún se veía la *victoria* en que iban, cuando un jinete cruzó rápidamente, llegó a alcanzarla, y saludó a Luisa y la Condesa, siguiendo al trote junto a ellas.

Alejandro le vio, y una exclamación de rabia se escapó de sus labios.

—¡Ah! —dijo— ¡siempre ese hombre en su camino! ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Esto es insufrible! Y ella, ella que tenía tanta prisa en salir. ¿Le esperaría?...

Un mundo de tumultuosos pensamientos debió de abrasar su frente, porque la apoyó en su mano con desaliento.

—No —dijo después—, ¡es imposible que eso sea, yo estoy loco! ¡Un celoso es un salvaje! ¡Conozco que mi mujer no me ama, pero de no amarme a mí a amar a otro hay una distancia inmensa! ¡Ella es buena, yo sabré hallar de nuevo el camino de ese corazón... que antes fue mío!

capítulo II LOS CAPRICHOS

Si en ese mundo loco y fantástico de las debilidades humanas hay algo bello, gracioso y distinguido, son seguramente los *caprichos*.

Los caprichos son como los decretos de la fantasía, de esa loca soberana, cuyas locuras, tan dulces a veces, se imponen casi siempre a la severa razón, como un rey ligero impone un tributo a un pueblo libre.

Es verdad que los caprichos pocas veces llegan a tener forma real, pero, aun en la apariencia, ¡que cosa más bella!

Los caprichos del genio, los caprichos del talento, forman un mundo aparte, brillante y fantástico, que refleja de vez en cuando un rayo de su luz sobre ese otro mundo opaco y vulgar en que impera la ley de la costumbre.

Los caprichos son lo gracioso, lo fantástico, que flota sobre la vida, como flota sobre la flor el perfume, y la espuma sobre la ola...

Luisa Valmes era una mujer caprichosa.

Pero Luisa era artista, tenía ese talento delicado que esparce en torno de un ser como una atmósfera simpática, y sus caprichos eran adorables.

Nubecillas de luz y oro sobre un cielo azul: tales eran sus caprichos.

Educada entre la atmósfera saturada de goces que crea la riqueza, y halagada por el ardiente cariño de su padre, que constituía toda su familia, Luisa no conocía el dolor.

Era la planta florida a que jamás han faltado las brisas ni el sol. Su posición, su talento, su belleza, había atraído en torno suyo esa corte de enamorados que rodea siempre a la mujer hermosa, como rodean las mariposas a la flor.

Pero jamás se habían fijado sus hermosos ojos en aquella multitud de pretendientes.

Luisa no era mujer a quien se enamorase con esas palabras siempre iguales, y cada vez más vulgares, que dicen los amantes en todas las épocas.

Luisa sonreía con desden al ver la humilde actitud de aquellos hombres que seguían sus pasos como los satélites de un astro superior.

Nacida en esa tierra prometida que se llama América, bajo aquel ardiente sol y en aquella atmósfera impregnada de perfumes, su alma tenía una vehemencia extrema, su espíritu claro y recto era brillante, su talento profundo como el azul de aquel cielo.

Luisa tenía diez y siete años cuando la revolución española hizo saltar una chispa a la rica isla que borda de perlas su arrogante manto, y la chispa encendió bien pronto un voraz incendio que debía consumir muchas fortunas.

La de D. José María Valmes, padre de Luisa, fue de las primeras en verse comprometida.

Sus ingenios de azúcar y café, quemados y destrozados, hundieron el porvenir sereno y brillante de Luisa entre sus columnas de humo.

Aún tenía una renta, que bastaba a cubrir sus necesidades, sobre uno de los bancos de Europa, y Valmes, queriendo separar a su hija de aquel espectáculo de guerra y devastación, se alejó de la Habana, donde residían, abandonando al azar los intereses que aún conservaba allí; y ateniéndose a su renta, se embarcó para España.

Luisa estaba en la edad en que no se conoce aún el valor del dinero, y no sintió el golpe que su porvenir había recibido.

Se alegró mucho de venir a Madrid, donde bien pronto logró fijar la atención con su belleza, y apenas recordó aquellos campos asolados, que abrevia la sangre de tantos y tantos mártires como luchan en ellos.

Muy poco después de su llegada vino a España la Condesa de San Esteban, y las dos americanas reanudaron su amistad, tanto más íntima, cuanto más lejos se hallaban del lugar en que nacieron.

Hemos dicho que Luisa era caprichosa, y debemos hablar de algunos de sus caprichos, para que el lector la vaya conociendo.

Luisa quería ser amada por su alma, por sus pensamientos, por esa intuición misteriosa que la razón no se explica, pero que siente el espíritu.

Decía, y acaso no le faltaba razón, que admirar a una mujer, amarla como se ama una bella obra de arte, no es amor; es una idolatría de la forma, es el culto de la materia, y que un alma verdaderamente grande debe aspirar a algo más.

Que ese sentimiento pasaría al pasar la belleza que lo inspiraba... ¡y Luisa soñaba eterno el amor!...

Luisa no quería ser *conocida*, quería ser *adivinada*.

Su brillante fantasía formaba un sueño magnífico: el de ser amada por *reverberación*, si así puede decirse; por una atracción simpática, independiente de la voluntad.

Así como una flor es adivinada por su aroma, Luisa quería serlo por su alma. Ella era artista.

El arpa y el piano adquirían bajo sus dedos todas las melodías de la creación.

Su alma ardiente, apasionada y entusiasta, trasmitía a los sonidos que unía con una cadencia incomparable, su exuberante y rico sentimiento.

Sus melodías tenían esa frescura, esa pureza y morbidez del genio, que un talento vulgar jamás logra imprimir.

Su pensamiento florido y cándido palpitaba en ellas.

Luisa improvisaba con maravillosa facilidad.

Ella tenía la esperanza de que aquel lenguaje de su alma fuese comprendido por un ser que realizara sus deseos, y arrojaba su corazón entero en sus creaciones.

¡Dulce sueño de sueños que ilumina el mundo brillante de nuestra primera ambición!

¡Ser amados! ¡He aquí todo el anhelo del alma!

¡Y ese sueño es tan bello que, aun después de verle desvanecido, llega a nuestra memoria como el reflejo de una luz lejana.

III

capítulo COQUETERÍAS

Rafael Álvarez, a quien ya conocen nuestros lectores, llegó hasta el carruaje que rodaba rápidamente hacia la calle del Prado, y saludó con soltura a las dos americanas.

Luisa le contestó con indiferencia, y Mercedes apenas le miró; pero recostándose sobre el almohadón de seda azul en que se apoyaba, volvió hacia Rafael lentamente la cabeza.

Sus ojos semi-velados se fijaron en él con una indolencia tan encantadora que atraía; su boca se entreabrió con una dulce sonrisa, y comenzó a quitarse lentamente un guante, pasando después su blanca y pequeña mano por entre sus vaporosos rizos.

Rafael la envolvió en una mirada ardiente; la actitud lánguida y coqueta de Mercedes le infundió sin duda audacia, porque su mirada se hizo atrevida.

Se inclinó hacia ella, y la dijo a media voz:

—He esperado en vano en la Castellana. ¿No ha ido Vd.?...

—Sí —contestó Mercedes sin cambiar de postura—, pero Luisa...

Luisa la miró vivamente sorprendida; iba a hablar, cuando Mercedes continuó:

—Luisa se puso mala, y tuvimos que retirarnos.

—¡Ah! siento mucho la indisposición de esta señorita.

—Gracias —dijo fríamente Luisa—. ¡Ya hemos llegado, Mercedes!

—¡Ah! ¡Qué pronto! —exclamó Mercedes.

—¿Iréis esta noche al Circo⁶? —dijo rápidamente Rafael, que había desmontado y tendía la mano a la rubia.

—No sé.

—¡Ah! ¡Por Dios, Mercedes, ved que jugáis con un corazón!

—¡Yo!

—Sí, y es preciso, completamente preciso que os hable.

—¡Oh! caballero, yo escucho siempre, pero no sé...

Rafael hizo un movimiento de impaciencia.

Luisa, pasando su brazo por el de su amiga, se dispuso a entrar en su casa.

—Adiós, caballero —dijo a Rafael.

Mercedes le tendió la mano y le dijo con voz ligeramente trémula:

—Adiós.

—¡Ah, Mercedes!

Ellas pasaron: Rafael las miró hasta que desaparecieron en la ancha escalera, montó a caballo y se alejó.

—¡Mercedes, por Dios! —decía Luisa—, ¿no ves que ese hombre es un atrevido, que Alejandro tendrá celos, y que tú expones en ese juego la felicidad de toda tu vida?

—¡Eh, querida mía, déjame en paz! ¡Es un tonto, pero me divierte!

Cuando las dos amigas entraron en el gabinete de Luisa, ésta hizo una rápida seña a su doncella, que contestó con un gesto afirmativo.

—Dame pronto... —dijo Luisa, quien se ruborizó.

La doncella sacó del pecho una carta, y la entregó a Luisa diciendo:

—Acaban de traerla.

Luisa hizo una señal, y la doncella salió.

Las dos amigas quedaron solas.

—Y bien —dijo Mercedes—, ¿qué hay? ¿Por qué tiembles de ese modo?

Luisa tenía en la mano una pequeña carta, y la miraba sin atreverse a romper el sobre.

—¡Es de él! —preguntó Mercedes—: ¡Ah! Vamos, comprendo perfectamente por qué me has hecho venir sin descansar; ¡deseabas sus noticias!

—Yo no sabía que me escribiera...

—Y bien, ve pronto lo que dice, pues tengo que irme.

La hermosa frente de Luisa se enrojeció como si hubiesen extendido ante ella un velo de púrpura.

¡Hacer conocer su secreto a la frívola Mercedes!...

Ella dudó aún, hasta que Mercedes dijo aparentando enojo:

—¡Ah! no quieres que lo sepa; en ese caso, y puesto que no te inspiro confianza...

—Espera Mercedes, espera; voy a ver lo que dice —y rompiendo rápidamente el sobre, desdobló el pequeño pliego que contenía.

Algunas líneas estaban escritas sobre el blanco papel, por una mano al parecer fuerte y vigorosa.

La frente de Luisa se serenó al pasar su vista por aquellas líneas, y alargó la carta a Mercedes.

Esta leyó:

«¡Luisa! ¡Luisa! os he reconocido; érais vos, *eras tú*, ¡el sueño de mi alma!
Gracias; te amo, y sé que me amas; me lo han dicho tus ojos.

»Todo tuyo,

FEDERICO».

—¡Ah, ah! ¡Qué cosa más buena! —dijo Mercedes con una carcajada—, ¿sabes que sería muy difícil saber si es a ti o a mí a quien se dirige esta carta?

—¿Qué dices?... —exclamó Luisa, que había palidecido.

—Que de la misma manera que tú le miraste le miré yo, pues despertaste mi curiosidad con tu aviso.

—El me miró a mí.

—Por un instante; pero después sus ojos se fijaron en los míos.

—¡Oh! Mercedes, tú no sabes qué daño me hacen tus sospechas; ¡si fuera a ti a quien él amara!

—¡Ah! ¿Y vuestra hermosa *reverberación* del alma, señores artistas? Está visto: no valéis gran cosa fuera de vuestro mundo de nubes y sueños; en el mundo real sois lo más prosaico, lo más loco y lo más divertido que conocemos los simples mortales.

—¡Calla, Mercedes! ¡Me estás matando! dijo Luisa, en cuya voz temblaban las lágrimas.

—Hija mía, si la echas de sentimental, me voy; pues entre las muchas cosas que me fastidian en el mundo, es la primera el sentimentalismo romántico.

En aquel momento se corrió una cortina sobre su vara dorada, y apareció el padre de Luisa.

Saludó con cariño a la Condesa, que se levantó para despedirse, y besó a su hija en la frente.

—Valmes —dijo Mercedes con su ligereza habitual—, Luisa no quiere acompañarme al teatro; me retiro pues.

—¿Y por qué, hija mía, te niegas a aceptar la proposición de tu amiga? Yo tengo que salir esta noche, e iba a pedirle que te llevase en su compañía.

—Papá, no estoy buena...

—¡Bah! eso te distraerá. Condesa, si tenéis la bondad de venir a buscar a Luisa, tendrá el gusto de acompañaros.

—En ese caso, hasta luego. Y bajándose a besar a Luisa, la⁷ dijo con voz contenida:

—No temas; si me ama, te lo cederé sin esfuerzo... ¡Líbreme Dios de un artista!

capítulo IV UN AMOR EXTRAÑO

Debemos algunas explicaciones al lector.

Ya habrá comprendido que aquel ligero encuentro de una noche de Carnaval, que le dimos a conocer, había puesto en contacto dos almas, y basta una chispa para que la simpatía establezca su corriente magnética.

Luisa, obligada por su promesa de escribir al artista, o acaso obedeciendo a una atracción misteriosa, más fuerte que su voluntad, le había dirigido leves palabras, dándoles las gracias por su delicadeza.

Pero aquellas palabras, sobrias, graves, tenían tanta gracia, tanto encanto, que el pintor quedó admirado de ver que unas cuantas frases, trazadas por una mano desconocida, tenían tan poderoso imperio sobre su corazón.

Dos almas jóvenes, entusiastas y apasionadas, se comprenden muy pronto porque el sentimiento las identifica; además, el sentimiento tiene en cada ser distintas manifestaciones.

Luisa y Federico siguieron escribiéndose; insensiblemente sus plumas escribieron la palabra *amistad*, después esa frase tan bella les pareció poco expresiva, y se hablaron de simpatía, y al fin, como una consecuencia natural, aquellas almas puestas en contacto, unidas por la corriente de las ideas, la más impetuosa de todas las corrientes, se hablaron de amor.

Luisa no era, ya lo hemos dicho, una mujer vulgar; comprendió que aquel amor era algo extraño, pero que él era su destino.

Luisa tenía un alma virgen: ella, como toda mujer que vale mucho, era muy difícil de enamorar.

Porque la mujer, para amar, es preciso que admire, que respete y estime. ¡Es imposible que una mujer ame a un hombre que moralmente valga menos que ella!

Tan pronto como la mujer conoce que tiene superioridad sobre el que le ofrece amor, ya no puede amarle, porque ella, débil y dulce, necesita ser atraída por una grandeza que le inspire admiración, que le imponga respeto. El hombre, al contrario, creemos que necesita para amar que la mujer que ame valga menos que él, porque por una consecuencia natural de su manera de ser, gusta de proteger, de guiar y enseñar, y de ningún modo admite una superioridad que le hiere en su altivez.

Así son tan desgraciadas las mujeres que sobresalen en talento e instrucción al hombre a que están unidas; ellas no pueden amarles, y ellos no les perdonan jamás el ridículo de valer menos.

Para que en la unión de dos seres brote la felicidad, debe existir ese equilibrio admirable, que parece precedió a la formación de la primera pareja del mundo; con identidad de gustos, con identidad de sentimientos y deseos, una inteligencia *relativa*, digámoslo así, a fin de que el que ha de obedecer no sea el que deba mandar.

Luisa sentía, con las cartas de Federico, tanto la fascinación del corazón como la fascinación del espíritu.

Aquel era su lenguaje, es decir, el lenguaje soñado, anhelado por ella.

Aquel era el reflejo de la inteligencia, delicado, purísimo, que acariciaban sin herir la susceptibilidad del más exagerado pudor; aquel lenguaje era ardiente, apasionado; y sin embargo, sus palabras más atrevidas eran para el alma como la brisa para las hojas de la sensitiva, que la acarician sin ofenderla: era la pureza del sentimiento que se retrata en la verdad.

Luisa sentía despertar una nueva vida en su ser con las palabras de Federico.

Cada una de ellas parecía enseñarle mundos desconocidos; parecía que sus pensamientos habían estado envueltos en velos de sombras, y que cada frase del pintor arrancaba uno de aquellos velos...

El despertar del ser inteligente a la voz de otra más poderosa inteligencia, es como una trasfiguración prodigiosa que se parece algo al desenvolvimiento de la crisálida.

La inteligencia jamás despierta por sí misma: necesita un choque; a veces es el dolor, el de la soledad, el de un desengaño; otras un amor, un sueño de cielo...

Investigad la vida de todos los genios: la inteligencia duerme en su cerebro, como un depósito ignorado, colocado allí por la mano de Dios; acaso una existencia de calma hace morir al individuo sin dar tiempo a que se encienda ese fuego sagrado escondido en su pensamiento, pero ¡un choque lo revela siempre!

¡Quién sabe si esos globos de luz que bordan el vacío con guirnaldas de estrellas, no eran al formarse otra cosa que cuerpos oscuros, opacos y sombríos, y un choque material les ha encendido para hacerles visibles y admirados!

Las leyes de la existencia física guardan una relación admirable con las de la existencia moral.

Luisa, al choque de su alma con otra alma, vio brillar espacios jamás soñados, iluminados por reflejos celestiales.

Ella amó a Federico cuanto un corazón puede amar, y aquel amor, nacido de una idealidad, llegó a ser la vida de su espíritu, la vida de su corazón.

Ella apenas le conocía; tenía una idea de su figura, pero no hubiera podido decir de qué color eran sus ojos, ni cual era la forma de sus manos.

Sin embargo, le amaba porque comprendía que el hombre que había sabido despertar su corazón, el que con el solo poder de la voluntad había adquirido tan grande imperio sobre ella, debía ser amado, no sólo por la forma más o menos bella de su persona, sino por ese algo magnético que flota sobre nuestro ser como el perfume sobre la flor.

Algunas veces su pensamiento se detenía sobre Federico de esa manera graciosa y casi asustada con que se detiene un ave en una cumbre como para medir el espacio. Concentraba sus recuerdos, formaba con el poder de su voluntad aquella imagen ya querida, y la veía tan agradable, que cerraba los ojos como para no alejar aquella sombra, evocada por su pensamiento y retenida por su amor.

Luisa, enamorada, era más caprichosa que nunca.

Había tenido miedo de perder su ilusión, y había rogado al artista no intentase conocerla hasta que, decía, haya podido analizar mi sentimiento.

De esta manera se amaban, cuando la casualidad les hizo encontrarse, y ya hemos visto que ambos se adivinaron.

¡Ah! ¡Es que en la mirada de la mujer que ama hay algo tan grande, que no puede desconocerse por el hombre que inspira ese amor!

Luisa estaba como envuelta en un vértigo dulcísimo.

Le parecía ver a Federico extasiarse ante ella y mirarla con el asombro del deslumbramiento.

Y esto le halagaba, pues por más que amase con idealidad, había en ella algo de temor cuando pensaba en que el artista no la conocía...

Además, ¿a qué mujer joven y enamorada no le gusta parecer hermosa al hombre de su amor?

V *capítulo* LOS CELOS

Volvamos a encontrar a Luisa después de haberse alejado Mercedes.

Las palabras de ésta habían despertado en su corazón un sentimiento amargo y punzante, que ella misma no comprendía.

Tenía celos...

Y cuando una mujer como Luisa ama y está celosa, se transfigura, se engrandece maravillosamente.

Los celos en un alma pequeña, en un corazón vulgar, quedan confundidos entre todas esas miserables pasiones que se llaman envidia, vanidad y egoísmo; pero los celos de un ser superior son un sentimiento verdaderamente grande.

Confesamos que nos seduce ese estado excepcional del ser celoso, cuando siente subir de su corazón a su cabeza como un vapor de fuego que envuelve sus ideas...

¡Qué arranques tan magníficos, qué decisiones tan rápidas, qué enajenaciones tan sublimes!...

¡Qué grato debe de ser para la persona amada inspirar ese desvarío! ¡Cómo debe de satisfacerse su orgullo!

Una mujer celosa levantando el puñal sobre el que ama, y arrojándole sin tocarle, cayendo en seguida a sus pies... ¡qué cosa tan bella!

¡Ser a la vez leona y gacela! ¡Ser el tigre pronto a despedazar y el corderillo que acaricia!...

¿Qué queréis que os diga? ¡Esto es encantador!

Esa transfiguración de lo terrible a lo gracioso, esa transacción del sentimiento más amargo al más dulce, es de un irresistible encanto, de una magia incomparable.

¡Porque sólo la mujer de alma ardiente, de corazón apasionado puede sentir y sublimar esas luchas!...

La mujer meridional, la mujer de sangre de fuego, que palpita en hirvientes oleadas bajo un seno de mármol, es la que realiza ese ideal magnífico...

La italiana, que ama y mata si se la engaña; que hace de la fidelidad de su amante el átomo que separa los abismos del amor y el odio, y una vez que falta aquel, odia con la misma intensidad que amó; la española, que no odia, pero que se transfigura en sus celos con una grandeza verdaderamente genuina, original, que ninguna mujer del mundo puede imitar, pues es la explosión sublime del calor que fermenta en el alma, y se desborda en ella como un licor en un vaso demasiado estrecho, son las mujeres que pueden glorificar el amor, porque ellas saben sentirle en toda su intensidad.

Luisa no era la indolente cubana que, adormecida por el sol de fuego de su país, había sentido apagarse su fortaleza entre aquellos brillantes efluvios; era la mujer

enérgica, apasionada, de corazón de fuego, cuya alta y orgullosa cabeza sólo a la pasión, que domina siempre, debía inclinarse.

Luisa, celosa, era una mujer sublime.

Sus celos eran extraños, pues ella no creía que Federico pensara en otra mujer; tenía celos de que esta mujer le amase.

Así, la lucha que sostenía entre su espíritu y su corazón no tenía la amargura del desencanto, sino la rabia de una posibilidad.

Era como el dolor de una profanación.

Habían tocado a su ídolo con el pensamiento, y Luisa hubiera querido despedazar aquel pensamiento: esto era todo.

La duda es como un dardo envenenado, que, aun arrancándole, deja algo de su ponzoña en la sangre.

Luisa dudaba...

¿Llegaría el pintor a amar a otra?

Esta idea flotaba sobre su pensamiento con la pesadez de la niebla sobre el horizonte.

—Sí —decía—, esa mujer puede fijar su atención, es hermosa... ¡Oh, no! ella no es libre... y además yo le amo... ¿No ha de tener este amor la fuerza magnética que se necesita para atraerle siempre? ¡Yo sola puedo comprender el amor tal como Federico le anhela, como una mezcla de sueños de luz, como un éxtasis eterno!... ¡Ah! otra mujer profanará ese sentimiento purísimo, más delicado, más inmaterial que aquella simbólica flor del Loto, revelada a los brahmanes de la India... Otra mujer hará trizas esa idealidad que, como una nube sublime, él ha extendido de su corazón al mío... ¡Oh! pero ¿acaso es posible? ¡Una mujer entre él y yo! ¡Qué locura! Yo, que he sentido despertar

mi ser al eco de su voz, que he recogido uno a uno sus pensamientos y los he analizado para embriagarme en su perfume; yo, que he identificado mi alma a la suya, que le he seguido en sus delirios, que le he comprendido en sus esperanzas, que le he adivinado en sus deseos, ¿habría de creer que otra mujer le ofreciese su amor? ¡Imposible! Además, Mercedes no puede amarle... Es verdad, repetía, que a mí *no me conoce*... que ella puede atraerle... ¡ah! pero ¡qué locura! Digo que él no me conoce: ¿acaso el ser inteligente, el ser moral que se oculta bajo nuestra grosera apariencia, necesita esa aproximación material para adivinarse? ¿Acaso la forma es todo? Esta corriente simpática que ha unido nuestros dos pensamientos, nuestros dos corazones, nuestras dos voluntades, ¿no tiene valor alguno? ¿Se desharía este encanto porque su cabeza fuese menos fina, su voz menos dulce, sus actitudes menos graciosas?... ¡No, y cien veces no! De ser así, la unión eterna de dos seres sería un sarcasmo, pues no siendo posible conservar una eterna belleza, no lo sería conservar un eterno amor... Admitir ese principio sería borrar cuanto se ha dicho y se ha creído acerca del sentimiento moral del ser inteligente; admitir esta idea era rebajar de un golpe a la condición de instinto brutal lo que se ha creído atracción del espíritu, era negar ese *algo impalpable* que nota como una luz sobre nuestra sombra, era prescindir de un alma inmortal... ¡Oh! voy a escribirle, pero yo quiero absolutamente seguir siendo un misterio para él...

Luisa fue hacia un pequeño velador, tomó papel y se dispuso a escribir.

Estaba muy pálida, y una emoción poderosa la conmovía.

Veamos lo que escribe:

LUISAA FEDERICO.

«¡Sí! ¡Era yo!... ¡mis ojos te han dicho la verdad!... ¡te amo!... pero oye bien lo que voy a decirte. No *quiero* que nos veamos todavía; no *quiero* que sepas de mi nombre más que lo que yo te he revelado; no *quiero* que me busques. Mi alma te sigue, mi pensamiento vuela alrededor del tuyo

como una mariposa al de la luz que la atrae; pero no quiero aún servista por ti... Ha de ser mi alma la que te ame, y no mis sentidos, ha de ser mi espíritu el que te acaricie, y no mi imagen. Deseo que los lazos que nos unan los forme esa atracción inmaterial que es como un imán poderoso que domina todas las impresiones.

»Es la realización del sueño de toda mi vida lo que te pido... Nosotros nos amaremos en el misterio, unidas las almas, unidos los pensamientos; iremos hacia un mundo de luz, por entre sombras, como esos héroes de los cuentos de hadas, que caminan entre subterráneos y precipicios para llegar al edén.

»Quizá halles mi sueño muy loco... pero tal cual es, yo le amo... Él surge de mi pensamiento como un edificio fantástico formado de encajes, de perfumes, de rayos de luz, y envuelto en armonías celestes.

»Yo tengo tanta confianza en ti, que en ese palacio que forja mi deseo he puesto sin vacilar las llaves de mi porvenir... Yo, como el aeronauta que para inspirar fe en el mecanismo de su invención arriesga su vida, ofreciéndose el primero a trasladarse en él, he arriesgado toda la vida de mi alma en este sentimiento que no tiene otro apoyo que tu corazón... Yo no he tenido la prudencia del viejo marino, que sondea el fondo antes de arriesgarse en una playa desconocida; no he medido siquiera, como el ave, el espacio que ha de cruzar antes de tender el vuelo.

»La desconfianza y la prudencia pueden llegar, arrastrándose, muy lejos; pero el entusiasmo vuela, y jamás calcula.

»Sus alas de luz no pueden plegarse ante el temor.

»¡Ah! ¡Por el recuerdo de tu primer triunfo, por la memoria de tu madre, no engañes esta esperanza!

»No dejes hundirse ese palacio de sueños que encierra entre adorables quimeras la realidad de mi porvenir, porque él se apoya en tu corazón, que podría ahogarse en sus ruinas!

»No confundas el amor que yo siento por ti con los otros amores que te hayan ofrecido; la diferencia es tan grande como de una luz a una estrella.

»El soplo de tu voluntad habrá podido apagar aquellos. ¡Dios solo podría apagar éste!...

»Y ahora quiero hablarte de mí...

»Yo no soy hermosa: no adornes mi ser de galas que no tiene.

»Mi carácter es dulce y amante en la vida real, benévolo y complaciente; pero seré tan avara de tu amor, tan locamente celosa, que acaso llegue a ser exigente...

»Es preciso que no olvides que al amarte yo te amo de tal modo, que todo tu ser, todos tus pensamientos, todas tus sensaciones han de ser míos, absolutamente míos.

»Nosotros formaremos unidos un todo completo... el egoísmo del amor, la realización de un anhelo infinito... tú para mí, yo para ti; jese será nuestro mundo!...

»¡Será preciso que renuncies a tu gloria!...

»Nosotros somos dos seres que, al hallarnos sobre el mundo, nos hemos reconocido... ¿De dónde venimos? ¡Dios lo sabe!...

»¿Adónde vamos? A realizar una aspiración divina, a ocultar bajo el fanal del misterio dos existencias felices, temerosas de que el contacto del mundo apague esa felicidad.

»Vamos a dar forma a un sueño de ángeles, a hacer de la creación un paraíso que se asocie a nuestra dicha.

»Pero antes de llegar a ese edén, que se nos aparece como una luz entre una bruma, tenemos aún que recorrer sendas oscuras... es preciso evitar el deslumbramiento antes de poder abandonarse al éxtasis.

»Soy celosa, ya te lo he dicho.

»Para entrar en nuestro paraíso es preciso dejar lejos de él todas las memorias, todos los recuerdos.

»Yo, como esos sibaritas soberanos de Oriente, que hacen descalzar a sus servidores antes de llegar a su presencia, temiendo que lleven el polvo del camino en sus bordadas sandalias; temiendo que nos siga el recuerdo de otra mujer, quiero que tu alma deje lejos de mí todo su pasado, que viva de mi vida, que respire con mi aliento...

»No quiero engañarme a mí misma: tengo celos de tu pasado, tengo celos de tu mismo amor, pues creo que otra mujer de inteligencia que se hubiese hallado por casualidad en tu camino, lo habría inspirado.

»Hasta que estos celos sean desvanecidos por una prueba de tu amor, no me verás.

»Entre tanto, tus cartas y las mías seguirán formando los lazos que nos unen.

»Que el reflejo de mi amor, flotando sobre tu alma, ilumine tu pensamiento de artista.

LUISA»

VI UN HOGAR SIN LUZ

capítulo

No hay nada más triste que un hogar que no ilumina el amor con su celeste reflejo.

Porque en la unión de dos seres, en la unión de dos corazones, ha de haber siempre esa atracción misteriosa y simpática, que llena de luz las sombras de la vida, que da valor contra todas sus eventualidades, que allana todos los obstáculos.

Los Condes de San Esteban eran un ejemplo vivo y desgraciado de esos desdichados matrimonios que no forman un amor recíproco.

Tenían cuanto se necesita para ser felices en la vida social, y eran completamente desgraciados.

Mercedes, de carácter frívolo y ligero, sin una gran inteligencia, no podía comprender el apasionado amor que su esposo la ofrecía; y viciado su pensamiento, ya que no su corazón, por tantos y tantos ejemplos como por desgracia se hallan a cada paso en la vida social, quería buscar en emociones nuevas, en luchas difíciles, una vida artificial que llenase su corazón, vacío de todo sentimiento real y digno.

La coquetería era una cualidad inherente a su ser; ella era coqueta siempre: coqueteaba sola ante su espejo, coqueteaba con su doncella, con su perrito, y hasta con su enamorado esposo, que daba un gran valor a una de aquellas monadas tan graciosas de las cuales ella no volvía a acordarse.

Sus coqueterías alentaban, como siempre sucede, a esa insulsa cohorte de necios que vaga siempre en torno de una mujer bonita, joven y casada.

Ella no se detenía a pensar el daño que podía hacer a su decoro, a su porvenir y a su felicidad una indiscreta presunción de sus adoradores; cumplía fielmente sus deberes, pero en aquellos deberes no se le marcaba el de no ser coqueta; ¡no había para qué privarse de ello!

Muchas mujeres creen que el deber es una sola y única obligación, y procuran guardarle como guarda un soldado la consigna, es decir, sin comprenderlo y como una obediencia pasiva a una voluntad superior, pero ese no es el deber.

El deber no puede limitarse en reglas generales, porque para cada ser tiene las suyas; pero en todo caso no ha de ser una ley, una *regla*, sino un convencimiento, una religión sagrada, una idea encarnada en el alma, a la cual se ajusten todas nuestras acciones.

Él no puede tener otro regulador que la inteligencia, otra atracción que la dignidad, ni aspirará otro premio que a la íntima dulzura que deja en la conciencia el haber honrado nuestra misión en la vida, el haberla elevado.

Para las mujeres como Mercedes no hay más que un deber que cumplir; y ese deber lo hacen tan descarnado, tan aislado de todos los demás deberes de la vida, que ni la sociedad, ni sus esposos mismos, les agradecen que lo cumplan.

Ella jamás tuvo idea de faltar a la fidelidad conyugal, pero jamás tampoco pensó que esa fidelidad impusiera el absoluto respeto y aislamiento, que es su atmósfera natural.

Podía jugar un poco con sus adoradores, atraerlos con una sonrisa, rechazarlos con una palabra, hacerse amar, hacerse admirar, sin dejar por eso de ser honrada.

Mercedes no sabía que ese juego de la vanidad lleva muy lejos al que se abandona a él.

Alejandro era un corazón tierno y apasionado; una imaginación entusiasta, y su dolor fue grande al ver enfriarse el corazón de su esposa, al comprender que su amor pasaba, se desvanecía, como se desvanece una bruma.

Pero hombre de mundo, y hombre de talento, no se quejó, ni pidió explicaciones, bien difíciles por cierto de dar, pues la misma Mercedes no hubiera sabido decirse la causa de su desvío.

Redobló sus cuidados para con ella, y quiso reconquistar aquel corazón que se le escapaba por esa ancha brecha que en el amor abren la costumbre y el cansancio.

Cuando volvemos a hallar a este matrimonio, han pasado algunos días desde que le dejamos.

Mercedes, que como un nuevo juego se había propuesto dar celos a Luisa, se iba empeñando en una lucha formal; pues aquella naturaleza impresionable se sentía arrastrada por el imposible como por una fuerza impulsiva.

Ante su deseo de vencer a Luisa, ante su capricho de ver al gran artista caer a sus pies, se había olvidado casi por completo de Rafael, del más constante de sus adoradores.

Pero Rafael, que tenía la ridícula pretensión de creerse en el derecho de tener celos, la seguía de una manera tenaz, se mostraba con aire impertinente y sombrío, y hacia que las miradas se fijasen en la bella Condesa, con una burlona y maliciosa expresión.

Alejandro, enamorado y celoso, veía cruzar por la frente de Mercedes impresiones que no comprendía y que le desesperaban.

Había seguido sus miradas con tenaz insistencia, había querido adivinar sus pensamientos, pero la misma inestabilidad de éstos los hacía incomprensibles.

En este día, Alejandro se paseaba, tristemente preocupado, por el gabinete de su esposa, que envuelta en una blanca bata de encaje, forrada de seda azul, y con los hermosos cabellos rubios mal prendidos, estaba sentada, o más bien recostada en una pequeña butaca, con los pies cruzados sobre un rico almohadón.

Una de sus manos parecía sostener su cabeza, y la otra jugaba con la ancha banda azul que rodeaba su talle.

Su rostro tenía la expresión de cansancio e indiferencia que le era habitual y sus ojos fijos en sus pequeños pies, parecían haber olvidado que otros ojos buscaban sus miradas.

Alejandro la miraba con fijeza, y una triste expresión de dolor contraía su frente. Al fin fue a detenerse junto a ella y asió su mano; era indudable que algo importante tenía que decirle y que vacilaba al hacerlo.

—¿Estás triste? —la preguntó al fin.

—¡Yo! no por cierto.

—¡Pues cualquiera diría que no eres feliz!

Mercedes hizo un gracioso movimiento con los labios y nada contestó.

—Oye, Mercedes —dijo él con voz conmovida—, hay algo en ti que yo no me explico, pero que me hace enloquecer de dolor. Tú eres buena y serás franca conmigo, ¿me contestarás a lo que yo te pregunte?

—¡Oh! qué grave estás, querido Alejandro, ¿me vas a interrogar como un juez?

—preguntó Mercedes con un ligero acento burlón.

—No, sino como un hombre que te ama.

—Ya escucho.

—¿Pero me contestarás?...

—Seguramente.

—Pues bien —dijo Alejandro sentándose junto a su esposa y conservando su pequeña mano—, yo te amo más cada día, y temo que tú no me ames ya.

—¡Bah! ¡Bah! querido Alejandro, ¿era eso todo lo que tenías que decirme?
—replicó riendo Mercedes.

—¡Cómo! das poco valor a lo que es por sí la base de toda felicidad.

—¡Oh! es muy ridículo que dos casados se dediquen a hacer idilios amorosos...

—¡Mercedes! los sentimientos del alma, cuando están apoyados en la dignidad, en el deber y en la verdad, jamás son ridículos.

—Pero, querido mío...

—Y bien —dijo Alejandro con una gran expresión de tristeza—, confiesa que ya no me amas, que no me has amado nunca, pero no te burles de mi amor.

—¡Oh, no! —dijo Mercedes conmovida por el dolor que la voz de Alejandro revelaba—, yo te quiero, tú no lo debes dudar.

—Es verdad, Mercedes, no debo dudarle; pero si me quieres no me martirices.

—¡Yo! ¿En qué?

—Tú sabes que, sin que yo pueda evitarlo, el inmenso amor que te profeso me hace ser celoso...

—Lo cual es una locura...

—Ya lo sé, Mercedes mía, una locura que a ti te disgusta y a mí me desespera, pero no puedo evitarlo, y hay momentos en que sufro un infierno.

—¿Pero de qué tiene celos, de quién?

—De qué, es la verdadera pregunta; por que si los tuviera de alguno, entonces sería preciso matarle —dijo con voz ronca Alejandro.

—Mercedes se estremeció de una manera leve, y sus mejillas se encendieron.

—¿*De qué*, pues, son tus celos? —dijo.

—De todo cuanto miras, de todo cuanto te rodea; ¡oh! perdóname —añadió al ver un movimiento de su bella esposa—, soy un loco, ¡pero te amo tanto! Mira —prosiguió animándose—, yo quisiera ocultarte a todas las miradas, guardarte para mí solo; que sólo a mí mirasen tus ojos, que sólo mi voz llegase a tu oído, que sólo mi recuerdo ocupase tu pensamiento.

—Eso es imposible...

—Sí, es imposible, porque tú no me amas.

—Pero ¿hemos de ir a ocultarnos a un desierto porque nos amemos? ¿No ves cómo todos los que se casan son al poco tiempo unos buenos amigos, que no se molestan, que mutuamente se hacen agradable la vida? ¿Dios mío! Es imposible esa eterna embriaguez del corazón que tú sueñas, y yo te confieso que la sociedad es necesaria a mi vida; que el cansancio, el hastío y el fastidio me matarían lejos de ella.

Alejandro la miraba profunda y tristemente; parecía que cada frase de su esposa arrancaba una joya al tesoro de ternura que llevaba en el alma.

—Tienes razón —dijo al fin—, la vida compartida conmigo te mataría de fastidio; necesitas que la sociedad la ocupe: yo he sido un loco en soñar otra cosa... Sigue, pues, buscando esa sociedad que necesitas; te amo demasiado para sacrificarte, pero ten siempre muy presente lo que voy a decirte: yo te amo, yo soy tu esposo y tengo derecho a exigirte, ya que no amor, pues eso sería necio y ridículo, respeto a mi honra y respeto a mi tranquilidad: no olvides que llevas mi nombre, y no olvides que yo te mataré el día en que mis celos tengan una forma, el día que tú ames a otro.

—¡Dios mío! Alejandro, estás insoportable con tus lúgubres amenazas; yo sé lo que me debo a mí misma, y nosotros aún podríamos ser felices si tú desecharas esas exageraciones de mal gusto.

—Yo no puedo cambiar mi manera de ser, y aunque mis ideas te parezcan de mal gusto será preciso que te sometas a ellas.

Mercedes, sin contestar y como si le fatigara aquella insistencia, echó hacia atrás su rubia cabeza, y alargó la mano para tomar una flor de un jarrón que sostenía un pequeño velador.

Después se puso a arrancar sus hojas como si se hubiera olvidado de cuanto acababa de oír.

Alejandro la miró con un sentimiento de amor y tristeza muy visible, se inclinó hacia ella y la besó en la frente.

—Eres una niña y no sabes aún lo que vale la felicidad —murmuró.

Pero Mercedes, como si no le hubiera oído, le dijo alegremente echándole al cuello sus brazos, tan blancos como los encajes que sin ocultarlos los envolvían:

—¿Sabes lo que me ha dicho esa flor?

—¿Qué? —preguntó él estremeciéndose de felicidad al sentir el tibio aliento de su esposa resbalar en su frente.

—Me ha dicho que me llevarás este verano a París.

—¡Yo creí que le preguntabas si te amaba yo!

—¡Oh! eso lo sé ya, mi querido Alejandro, y es monótono, insoportable, hablar siempre de la misma cosa.

Alejandro hizo un movimiento y sin duda iba a contestar con amargura, cuando al ver a su esposa sonreír de una manera adorable y apoyar su bella cabeza sobre su pecho, le contestó con viveza:

—Sí, te llevaré a París; de todos modos estoy ya cansado de Madrid.

—¡Oh, gracias a Dios que una vez pensamos lo mismo! —dijo la Condesa alegremente.

Alejandro no pudo menos de sonreír ante la alegría de su esposa, y se repitió, como siempre lo hacía para disculpar su ligero carácter:

—¡Es una niña!

VII

capítulo LAS ALMAS GEMELAS

Hay almas que, como cuerdas templadas al unísono, responden siempre al mismo sentimiento.

Almas que se adivinan por una intuición misteriosa; que se atraen y se unen al fin.

Poned entre ellas los abismos de lo imposible: saben salvarlos.

Poned los vacíos de la distancia: saben vencerlos.

Nada puede evitar su atracción cuando la voluntad de Dios las ha puesto en contacto, porque se unen al fin, a pesar de todo.

Hay una fuerza misteriosa e invencible en esa corriente del alma que se llama la idea.

Ella brota en el ser inteligente como el torrente en un bosque virgen, esto es, ocultando el origen de su nacimiento; pero él parte impulsado por su misma fuerza, salta sobre los obstáculos; rueda sobre los abismos, crece, se hace imponente y arrastra al fin lo que se opone a su paso.

La idea nace así, y así toma su fuerza; una vez lanzada no intentéis detenerla, sería inútil.

El corazón tiene también marcado su destino; es en vano rebelarse contra él.

Federico sentía esa atracción magnética, esa corriente de afectos, de aspiraciones, de sueños, que acaba al fin por arrastrar la voluntad tan fácilmente como un remolino arrastraría una flor.

Federico había encontrado muchas mujeres en su camino, y alguna vez había creído amar.

Pero se engañaba.

El amor, el verdadero amor, ese anhelo nunca satisfecho, esa sed jamás saciada, esa soñolencia del espíritu que impregna de luz y aromas la vida material, jamás la había sentido.

El corazón del hombre no se gasta porque juegue con los sentimientos.

Hay en él siempre algo más grande y más puro que se niega a esas fáciles impresiones, y se demuestra en toda su grandeza al revelarse el último sueño; esto es el sentimiento primero.

Federico, cuya alma era infinitamente grande, con esa grandeza que asusta para la vida real, pues parece imposible que aquella águila gigante detenga su vuelo en la pequeña cima de las miserias humanas; Federico, de imaginación brillante, florida y poética, de corazón altivo y tierno, de sentimientos elevados y generosos, necesitaba hallar un ser en su elevada región, en esta atmósfera divina de las almas grandes en que las pequeñas se ahogan.

El misterio, lo difícil, lo extraño, lo imposible, eran por sí sólo una atracción poderosa para el artista, y esta atracción era aún mayor, porque esas sombras envolvían como una brillante nube a una mujer como Luisa.

Así, pues, el alma, los sentidos, el corazón, el espíritu del pintor volaban en pos de aquella mujer.

La amaba ya, no sabremos decir cuánto, como ama el que en un solo amor confunde su primer delirio y su última esperanza.

Había en su amor ese temor de ver desvanecido su hermoso sueño, que va siempre unido a la dicha inefable del alma, pues lo que se ama mucho se teme perder.

Había también ese egoísmo del corazón que prueba el sentimiento, pues el egoísmo es la parodia ridícula del amor, avaro siempre y siempre insaciable.

Juzguen, pues, nuestros lectores qué efecto haría en esta alma entusiasta y apasionada la carta de Luisa.

Allí estaban sus pensamientos, expresados de una manera bellísima.

Aquel era el sueño de su alma, que Luisa copiaba sin saberlo. Se ven esos extraños efectos.

Las almas que han nacido para comprenderse suelen adivinarse. Son una luz y un reflejo, viven la una de la otra. Vamos a dar a conocer la carta de Federico, y nuestros lectores nos perdonarán si en esta novela todo es algo irregular, algo extraño; no olviden que se trata de artistas, y éstos suelen ser caprichosos:

«¡Luisa! ¡Luisa mía! acabo de leer tu carta y mi corazón tiembla y mi sangre arde. Tu carta me revela tu alma entera, esa hermosa alma que refleja como un espejo purísimo mis sentimientos.

»Tu carta me da a conocer tu corazón!... Eres la forma encantadora de mi sueño, la mujer de mis esperanzas.

»Eres mi inspiración de artista, mi ambición de hombre...

»Luisa, Luisa, yo te amo...

- »¿Por qué hay tan pocas palabras para expresar el delirio?
- »¿Dónde hallar frases que no se encierren en límites estrechos?
- »Todas son pequeñas y vulgares para expresarte mi amor; todas están usadas y gastada por los labios de la humanidad.
- »¿Dónde buscar la nueva palabra que exprese el nuevo delirio?...
- »¡Imposible! el sentimiento es siempre nuevo, su descripción es siempre vieja.
- »Déjame, pues, que no te diga lo que siento, sino que arroje mi alma en el papel para que tú la adivines.
- »Yo, Luisa, te he amado siempre.
- »¿Lo dudas?
- »Mi corazón te presentía, te adivinaba.
- »Hay algo tuyo en todas las obras que han dado gloria a mi nombre, y esa misma gloria a ti la debo; pues, esperándote, he querido levantarme sobre el pedestal del talento para que tú no pasases sin verme.
- »Es imposible que sea la casualidad la que nos ha impulsado el uno hacia el otro, pues Dios, al formarnos, ha debido sonreír ante nuestros destinos.
- »Tenemos un solo ser, puesto que nos animan los mismos gustos, los mismos deseos, las mismas aspiraciones.
- »Tenemos un alma sola, puesto que nos alienta la misma esperanza.
- »Mi dicha es tan inefable, tan inmensa, que a veces dudo de ella: ¿soñaré de nuevo? me pregunto.

»Pero no: tus cartas, esos dulces poemas, están aquí, ante mi vista, al alcance de mi mano, y yo puedo besarlas a todas horas; no me es permitido dudar.

»Además, Luisa, hay en mí algo de orgullo satisfecho al hallarte al fin; algo de lo que debió sentir Colón al ver surgir de entre las olas el mundo que buscaba.

»¡Cuánto te he buscado yo!

»Algún tiempo más, y mi valor se hubiera debilitado, y mi esperanza se hubiera extinguido.

»¡Cuántas veces me he acercado ansioso a una mujer, creyendo encontrarte en ella!

»Pero, *no eras tú*; mi ilusión se desvanecía; el mundo de mis sueños se hundía sobre mi quimera... ¡cuánta lucha!

»¡Cuánto he sufrido, Luisa mía!

»¡Oh! cuando la vida se comparte con un ser querido, el dolor es leve; una razón física de equilibrio combinado le hace elevarse sobre dos corazones, sin gravitar en ninguno, como se eleva uno de esos aéreos y atrevidos puentes que apenas tocan las crestas de dos montañas; pero quitadle una de sus bases, y al hundirse sobre la otra aplasta con su peso colosal al gigante en que se alzaba.

»¡El corazón es así!

»Él es por sí solo una mitad de un todo que Dios quiso formar si ha de perfeccionarse la vida.

»Cuando el corazón vive de sí mismo, el dolor o el placer le embriagan o le aniquilan; unido a otro, es invencible.

»¡Ah, Luisa! ¡Qué larga prueba!

»Ya iba a dudar de ese espíritu divino que nos alienta, ya iba a detenerme rendido al cansancio, arrojando mis esperanzas y mis deseos, como arroja el náufrago los tesoros guardados por largo tiempo, para salvarse sin ellos.

»Ya apagaban las sombras de la duda el calor de mi alma, cuando apareces tú.

»Déjame extasiarme ante tu recuerdo y bendecirle...

»¡Él es mi salvación!

»¡Tendrás celos, tú, a quien yo adoro; tú, a cuyos pies pasaré mi vida!

»¡Ah, que extraña idea! ¡Celos tú, cuando no habrá un latido en mi corazón, una ilusión en mi alma y un deseo en mi pensamiento, que no te pertenezca!...

»¡Sí! ¡Sí! nos ocultaremos del mundo.

»El mundo de nuestro amor nos dará atmósferas más puras y auroras más brillantes.

»Cuando no se ama así, se pide a la gloria, al ruido, a los honores, que llenen nuestra vida; cuando se ama de este modo, todo sobra.

»Nosotros formaremos un pequeño paraíso donde ocultos a todas las miradas nos adoremos.

»¿Dónde habrá un cielo bastante azul, un aura bastante pura, una sombra bastante dulce y perfumada para ocultar nuestro nido?...

»Le buscaremos.

»Nosotros sabremos hallar ese oasis, y a él llevaremos los tesoros de nuestra ternura para hermosearle.

»Sí, sí, y mil voces sí; solos, solos para adorarnos, para embriagarnos en nuestra felicidad.

»Yo soy también celoso, celoso hasta la locura; ¡pero yo no tengo celos de un hombre, tengo celos de un sueño!

»Luisa, Luisa mía, yo te amo; pero tiemblo ante la idea de que sea otro hombre el que crea tu pensamiento, de que adornes mi ser de galas que no tiene...

»¡Oh si fuera otra imagen la que tu amor eleva sobre tronos imaginarios!...

»Esta prueba tan dulce a que me somete tu amor, es también cruel.

»Comprende mis temores y consuélame, porque esta idea me hace temblar.

»Yo me someto en un todo a tu voluntad; yo temo romper con una palabra el encanto que me rodea, y jamás diré esa palabra.

»Sólo sé decirte estas, mucho más dulces: yo te amo.

»No soy yo, eres tú quien tiene en sus manos las llaves de nuestro porvenir, yo sólo soy un pobre loco que sueña con un cielo, y ciego ya por su luz va hacia él guiado por tu mano.

»Yo te obedeceré, siempre que no me alejes de esa senda luminosa que guía a nuestro edén.

No tengas celos; los corazones de cuantas mujeres he conocido, apenas han sido otra cosa que una escala para llegar hasta ti; una vez a tu lado he arrojado la escala de que me he servido; el mundo para mí eres tú.

»Te envió mi alma entera. —*Federico*».

capítulo VIII DOS AMIGOS

En un elegante entresuelo de la calle de Jacometrezo⁸ se hallaba Rafael Álvarez con su amigo Augusto.

Serían las cuatro de una tarde de junio cuando encontramos a los dos jóvenes.

Augusto fumaba, medio tendido en una mecedora de rejilla, en tanto que Rafael hacia su *toilette* silbando un aria.

El mueblaje del cuarto de Rafael revelaba el carácter de su dueño.

Muebles ricos, pero mal cuidados; y un verdadero desorden en los detalles.

—Te engañas —decía Augusto, continuando, al parecer, una conversación empezada—, Julia D... no ha despedido a Alberto, más bien Alberto la ha dejado a ella.

—¡Bah! ¡Es un tonto!

—Amigo, es la cualidad más estimable para hacer de marido.

—Pues en ese caso ella gana y mucho.

—¡No soy de tu opinión!

—Bien: ¿y qué más hay de nuevo?

—Tu condesita...

—¿Qué? —preguntó con viveza Rafael.

—¿La amas aún?

—¡Pchs!

—Entonces no digo nada...

—¡Oh! ¡Habla sin temor!... Te doy amplias autorizaciones... como dicen los reyes constitucionales cuando cierran la Constitución.

—En ese caso te diré lo que se dice.

—Veamos.

—Según afirman por ahí, está enamorada de cierto pintor.

Rafael, que peinaba su barba muy cuidadosamente, dejó caer el peine y le interrumpió vivamente.

—¡Es imposible!...

—¡Bah! ¿Qué sabes tú? ¡Pues me hace gracia tu seguridad! Ni que fueras un sultán y la tuvieras encerrada en tu harem; como ellas quieran... Ya lo sabes.

—Tienes razón; dime, pues, quién es él.

—Vallés.

Rafael palideció aún más, y se fue hacia Augusto.

—¿Lo sabes de cierto? —dijo.

—¡Hombre! Yo no soy de la escuela *tomista*; no necesito ver; me basta con oír.

—¿Y lo has oído?

—¡Perfectamente! Como te oigo a ti; más aún, pues ese endiablado de Carlos tiene la voz más bronca y cuenta escenas peregrinas.

—¿Qué cuenta?

—¿Pero te interesa aún esa mujer?

—¡A mí! ¡Ni más ni menos que un par de guantes que he desechado! ¡Estoy hastiado de ella!

—Pues entonces...

—¡Tengo un interés de curiosidad, esto es todo!

—Si es así, prosigo.

—Habla pronto.

—¡Oh, oh! ¡Parece que tienes prisa!

—Eres insufrible, Augusto.

—¡Gracias!

—Hablarás al fin —dijo Rafael, que en vano quería disimular su impaciencia.

—A eso voy si no me interrumpes; anoche dio tu condesita un pequeño escándalo.

—¡Imposible!

—¿El qué es imposible, el que el escándalo se diera o el que yo lo sepa?

—Ambas cosas.

—¡Oh! ¡Pues lo peor es que son muy ciertas!

—Acaba...

—Estaba con su marido, ese *tigre de Bengala*, en los jardines del Retiro; Federico Vallés estaba también sentado con unos amigos junto a unos árboles que proyectaban sombra; tu condesa no le vio sin duda, y sentose cerca de aquel sitio, mas cuando oyó su voz, volvió la silla con un brusco movimiento para verle; pero el Conde entonces siguió la dirección de sus miradas, y sin duda no le agradó la artística contemplación de su esposa, porque se la llevó...

—¡Coqueta insufrible! —murmuraba Rafael—. La muy gazmoña, ¡oh, te juro, Condesa, que de mí no te has de reír!

Augusto le miraba absorto.

Rafael estaba excitadísimo.

Se paseaba con agitación, tomaba, para volverlos a dejar, algunos objetos, y murmuraba palabras entrecortadas, lleno de ira.

—¡Quién había de pensar que amaras aún a esa mujer!...

—No la amo, ni la he amado nunca; la odio, la desprecio, pero me ofende y me vengaré.

—¡Bah, bah! ¡Déjate de eso! Recuerda tus amplias y magníficas teorías; ¿qué más da que sea rubia o morena, Condesa de San Esteban o Marquesa de la Hermosura? Para mí es igual, pues te confieso que en la mujer no hallo otra jerarquía que la gradación de la belleza.

—La hipócrita...

—Pero nombre, si eso es natural.

—¿Por qué?...

—Porque tu amor *se lo sabe de memoria*, y el del pintor ofrece más novedad.

—¡Oh! El pintor es amigo del Conde, y pertenece a esa raza especial de hombres antediluvianos que respetan la amistad.

—Se puede muy bien prescindir en alguna ocasión de ese respeto... o más bien, acomodar el respeto a las circunstancias y para no desairar la mujer de un amigo...

—Te aseguro que si así fuera tendría que habérselas conmigo.

—¡Eres el ser más original que conozco! Pero, ¿qué te importa la Condesa?... ¿O es que la has amado realmente?...

—No sé si es amor u odio lo que me inspira, pero su recuerdo me hace daño...

—Es un interés retrospectivo... Hace poco, hablabas de ella con una indiferencia glacial; asegurabas que no era amor lo que por ella sentías, sino esa agradable sensación que inspira una mujer fácil y bonita... hoy que tu sensible amiga ha tomado su partido, y ha cambiado al viento como una veletita, te enfureces y te desesperas. ¿Formará la americana parte de tu ideal, querido Rafael?

—¡Déjate de bromas y no me fastidies! La infidelidad de una mujer, ámese o no se ame, disgusta siempre.

—Pues, chico, dirás lo que quieras, pero yo encuentro adorables esas pequeñas traiciones... ¡La constancia es una cosa feroz!... ¿A quién se le ocurre?... ¡Bah! una infidelidad es para un amante, como para un prisionero la llave del calabozo...

—Puede que sea mentira todo ese cuento de amores...

—¡Puede ser! Pero Merceditas se encuentra siempre, *por casualidad*, con el pintor...

—¿Quién lo ha visto?

—¡Pardiez! ¡Eso sí que tiene gracia! ¡Todo el mundo! ¡Pues sí que la niña se oculta!

—En fin, Augusto, no hablemos más de eso; hasta verlo no lo creo.

—¡Ja, ja, ja! Pero hombre, ¿qué diablos! ¡Crees a esa mujer una Lucrecia! Pues, mira, al tratarse de ti te hemos creído bajo tu palabra, ¡nada hemos visto!

Rafael sufría una tortura con las palabras de Augusto.

Llevado de esa vanidad estúpida que pone en la boca de un joven una afirmación, o una broma, que compromete a una mujer, había hablado de Mercedes como si hubiera sido su amante favorecido, y ya no podía desmentirse a sí mismo.

—Bueno —dijo—, en último caso poco me importa, es una coqueta insoportable; cuéntaselo al marido.

—¡Bah! no faltará quien se lo cuente, y ahora oye otra historia.

—¿De Mercedes?

—¡Diablo! pues que *su fama llena el mundo*, sólo de ella se puede hablar? Es una historia mía...

—¿Te engaña también Elisa?

—No lo sé, y maldito si me importa.

—Pues entonces, ¿qué es ello? —dijo Rafael que parecía más tranquilo, arreglando ante el espejo el lazo de su corbata.

—Prepárate a asombrarte...

—Ya estoy asombrado —dijo Rafael sentándose y tomando con negligencia un cigarro de una linda caja que había sobre la chimenea.

—Estoy enamorado de una mujer.

—¡Por Dios! que la explicación tiene gracia! Ya supongo que no sería de un chino, ni de un loro... y ¿cómo se llama esa mujer?

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿No lo sabes? Pues mira que para enamorarse así, sin saber de quién...

—Me basta una mirada...

—¿Y dónde la has visto?

—En el Museo: paseaba yo por allí, y sentí un vivísimo deseo de entrar a contemplar una vez más aquellas magníficas inspiraciones: al cruzar una de sus salas, vi a un anciano que daba el brazo a una joven bellísima, y ambos contemplaban con religiosa atención la preciosa Virgen de Rafael que denominan de la *Silla*⁹... Me detuve absorto ante aquella hermosísima joven, mil veces más bella que las ideales creaciones del genio, y oí al anciano que decía:

—«Estoy seguro, completamente seguros, Luisa mía, esa cabeza se parece a la tuya».

—»¡Oh no! papá —contestó con voz fresca y dulcemente timbrada la joven—, es tu amor a mí quien te lo hace creer».

—Entonces me fijé aún más en aquella fisonomía, y hallé, en efecto, un gran parecido entre la mujer y la pintura. Era la misma frente, ancha y cándida; las mismas cejas, suaves y vigorosas; los mismos ojos, ardientes y castos; la

misma expresión de celeste pureza. Sólo que en los ojos de la Virgen que vivía, se notaba no sé qué irradiación misteriosa; no sé qué reflejo brillante que demostraba que si la forma era pura, el alma no lo era ya.

—¡Demonio!, qué lejos llevaste tus fisiológicas averiguaciones! ¿Te vienes al café?

—Espera, acabo en un instante.

—Ya te escucho.

—Llevado de no sé qué impulso me adelanté hacia el anciano y le dije:

—«En verdad, caballero, que más bien que en la Fornarina¹⁰, debía pensarse en esta señora al buscar el modelo de esa sublime pintura: ¡qué admirable parecido!

—»Sí, me respondió con una frialdad muy marcada, mi hija se parece mucho a la Virgen de Rafael, y yo bendigo a Dios por este parecido casual».

Iba a hablar, pero no pude, pues haciéndome un leve saludo, se alejó con su bella compañera.

—Debiste seguirles.

—Ya lo hice, pero nada adelanté.

—¡Pues cómo!

—Salieron antes que yo, y desaparecieron en un carruaje que les esperaba; no les he vuelto a ver.

—¿Y qué piensas hacer?

—¡Vaya una pregunta! ¡Buscarla!

—Pues ya tienes para rato.

—¡Bah! Madrid no es tan grande.

—Y *tu virgen* ¿parecía rica?

—No lo sé: vestía con sencilla elegancia un traje de seda negro, y un quitasol blanco que tomó al salir.

—¿Y qué piensas hacer de ella si la encuentras? —dijo Rafael encendiendo el cigarro y dando otro a su amigo.

—¡Bah! veremos! —contestó con el insolente aplomo de un Don Juan, el novel conquistador—, sería muy grato creerse un *Rafael*.

—Te prometo ayudarte a descubrirla, si tú me ayudas en mis proyectos con la Condesa.

—Con mil amores: ¿qué debo hacer?

—Vamos, y te lo diré por el camino, pues se hace tarde y tengo una cita...

—¡Ah!, calavera.

—No tanto como tú.

Los dos amigos lanzaron una carcajada, y bajaron asidos del brazo para tomar el coche que les esperaba.

capítulo IX DOLORES DEL ALMA

El que hubiese conocido un año antes al Conde de San Esteban se hubiera asombrado del notable cambio que había sufrido toda su persona.

Su frente estaba sombría; sus cabellos comenzaban a encanecer; una huraña expresión de recelo y dolor apagaba el brillo de sus negros ojos.

¡Parecía haber vivido en un año una eternidad!

No es extraño, porque la vida no es el tiempo que pasa, sino lo que en ese tiempo se sufre y se siente.

Alejandro había visto desvanecerse todos los sueños de dicha que había forjado su alma; Mercedes no le amaba; ya no se cuidaba de ocultarlo.

Cuando un hombre de la edad y el corazón de Alejandro se enamora, es de una manera ardiente, exclusiva y eterna.

Él había amado así a la niña que llamó su esposa, y como refracta la nieve el reflejo de una llama, el alma fría de Mercedes reflejó, sin sentirla, la pasión del Conde.

Los dos amigos se habían equivocado.

Serían las once de una mañana de junio cuando Alejandro entraba en el dormitorio de su esposa, que aún se hallaba en el lecho.

La hermosa rubia dormía en el desorden más bello del mundo.

Sus cabellos se escapaban en retorcidos de oro de su blanca redcecilla de seda; una camisa de batista, que cerraba un botón de esmeraldas se entreabría en su pecho blanco y palpitante.

Una de sus manos arrollaba la colcha de seda que caía a un lado y la otra se ocultaba bajo su cabeza, descubriendo un lindo brazo.

La débil luz de una lámpara de noche, pues los balcones estaban cerrados, resbalaba en dulces rayos sobre la frente de la Condesa.

Un perfume suave y leve flotaba en la estancia, en la que se oía la dulce e igual respiración de su dueña, como se oye en la selva el curso de un arroyuelo.

Alejandro llegó al pie del lecho y la contempló con pena y ansiedad.

Su corazón latía con tal fuerza, que hubo de contenerle con su mano, asustado de que sus latidos despertasen a su esposa.

Como magnetizado por la proximidad de aquel ser querido, Alejandro adelantó un paso, inclinó su cabeza y casi rozó aquellos deshechos rizos que se extendían por la almohada como una cascada de oro.

En aquel momento la Condesa sonreía de una manera muy leve; sus labios balbuceaban un nombre; y sus brazos se tendían como para detener una sombra fugitiva.

Alejandro retrocedió un paso.

Temblaba tanto, que hubo de buscar un apoyo a su alrededor.

Su mano crispada se apoyó en la mesita de noche que sostenía una botella y un libro, y aquel puño de atleta, que hubiera roto un mármol, hizo caer la botella, que se rompió en mil pedazos.

Mercedes lanzó un grito y se incorporó en el lecho.

—¡Ah, eres tú! —dijo.

—¡Sí! yo soy —contestó con voz aún trémula—: llegaba a buscarte, y como la oscuridad me cegaba, tropecé.

—Según eso, es muy tarde.

—No; son las once, pero he querido, antes de partir, despedirme de ti.

—¡Cómo! ¿Te vas?

—Sí, no estoy bueno, y he resuelto hacer un pequeño viaje. Mercedes nada dijo pero se incorporó en la cama, cruzó su camisa sobre el pecho y echó hacia atrás las madejas de sus cabellos.

—¿Te vas por muchos días? —preguntó.

—¡No lo sé! Hasta que venga curado.

—¡Qué! ¿Estás enfermo?

—Sí, hace tiempo.

—Nada me has dicho...

—¿Para qué?

La Condesa guardó silencio de nuevo; no amaba a su marido, pero su corazón aún era puro, y él le gritó muy alto cuál era su deber.

—Alejandro —dijo al fin tímidamente y como vacilando—; yo iré contigo.

—Gracias, Mercedes, pienso ir sin rumbo cierto; cruzar montañas, vagar sobre los mares, echar, en fin, sobre los dolores de mi alma el peso de lo desconocido, y mi viaje te fatigaría, te mataría quizá.

—¿Pero he de quedar sola?...

—No: quedas en tu casa con tus criados, tus amigos; en fin, yo ocupo tan pequeño lugar en tu corazón que, lejos de ti, mi nombre se olvida y mi memoria se pierde.

—¡Oh! ¡Eres injusto!

—No lo creo; ¿acaso no es otro nombre el que tú pronuncias en tus sueños?

Mercedes palideció densamente y se vieron temblar con una palpitación poderosa los encajes que cubrían su pecho.

—Yo no te amo ya —dijo con profunda amargura Alejandro—, y puedo pensar en esto sin morir; sé que amas a otro hombre —lo sé, repitió con una frialdad que espantaba, pues bajo su helada apariencia rugía la cólera como ruge bajo el hielo del Polo el hervidero de las olas del mar—; ¡y ese hombre no te ama!... En tanto que tu amor sea un misterio, en tanto que sólo se revele en tus sueños y en tus lágrimas, yo no te culparé por él, el corazón no se manda; pero el día que ese amor llegue a ser un escándalo que manche mi nombre ¡ay de ti y ay de él! porque entonces os haré pedazos como a un vaso de vidrio.

Mercedes lloraba; sus hermosas manos oprimían su pecho con angustia...

—Alejandro, óyeme por Dios —dijo—, por la memoria de tu madre, que yo te juro decirte la verdad.

El Conde se estremeció y se aproximó al lecho; jamás el sufrimiento, el dolor del alma ha marcado una huella más visible en más noble semblante.

—Ya te escucho —murmuró.

—Es verdad —suspiró entre su llanto Mercedes—, que contra mi voluntad, contra mi razón, recuerdo a un hombre...

—Prosigue.

—Pero ese hombre no lo sabe, no la sabrá jamás; además, él ama a otra.

Alejandro parecía una estatua de cera; tan pálido estaba.

—Seguid —dijo.

—Pues bien, Alejandro, por el amor que me has tenido, yo te pido que no me dejes, o que me lleves contigo; esto es quizá una loca fantasía de mi espíritu enfermo, pero si quedo abandonada ¡no sé lo que será de mí!

La voz de Mercedes era tan trémula, había tanta verdad en aquella ingenua confesión, que Alejandro pareció vacilar.

Pero aquella mujer, que era su esposa, acababa de decirle que pensaba en otro hombre; el orgullo y los celos se alzaron para protestar de aquel movimiento de piedad.

—Señora —dijo fríamente—, el espectáculo de vuestra pasión y vuestras luchas es bien poco agradable para mí... es, pues, preciso que parta; os dejo completamente libre... de vos depende que al volver os ofrezca mi compasión o mi desprecio.

—¡Alejandro!...

—Es inútil que nos hablemos así, y sobre todo que hablemos más. Nada te faltará en mi ausencia, y durante ella recordad mi último ruego: ya que habéis arrojado todos los dolores del infierno sobre mi alma, respetad mi nombre.

Mercedes, a quien una lucha de algunos momentos dejaba fatigada, recostose en la almohada y no contestó.

—Adiós —dijo Alejandro—, es inútil que os ocupéis de mí, pues acaso mi ausencia sea eterna.

Y con paso firme llegó a la puerta, alzó la cortina de seda que ante ella caía, y salió.

Un momento se detuvo allí, y llevó la mano al corazón al oír un sollozo de su esposa...

—Es preciso —se dijo.

Después llegó al tocador de Mercedes, desprendió de una gruesa cadena de oro que había sobre un joyero un medallón del mismo metal que encerraba su retrato, y se alejó con paso lento.

Pasada una hora salía de su casa para tomar el *express* que iba a Francia.

Las nubes de su frente parecían haberse condensado.

Sólo Dios hubiera podido apreciar el dolor profundo de aquel noble corazón.

Había, sin embargo, en la actitud de Alejandro la expresión firme de una resolución adoptada.

Dejémosle para seguir el curso de esta historia, que ya volveremos a encontrarle.

capítulo **X** DOS MUJERES

Alejandro acababa de abandonar su casa cuando una bonita berlina¹¹ azul se detuvo a la puerta.

De ella salió una mujer que entró con ligereza en el vestíbulo de mármol en donde el grueso portero se paseaba, y saludándole, comenzó a subir la escalera.

—Buenos días, Pepa —dijo a la doncella favorita de Mercedes que era una cubana morena y graciosa—; ¿está la Condesa?

—La niña Mercedes no se ha levantado aún.

—¡Bah! no importa, yo la ayudaré a vestir.

Y Luisa, pues era ella, siguió a través de salones y galerías, como quien las conoce muy bien, y llegó al saloncito que precedía al dormitorio de Mercedes.

En aquel instante vibró una campanilla, y Luisa comprendió que su amiga estaba despierta, y no dudó en entrar antes que la doncella.

—Dios mío, Mercedes —dijo al levantar las cortinas—, a las doce acostada y con este calor.

—No estoy buena, Luisa —contestó Mercedes tendiéndole la mano—; por eso no me he levantado.

Luisa abrió un balcón, y después de bajar un trasparente de seda, ocupó una butaca que había junto al lecho.

—¿Has llorado? —preguntó.

—¡Sí! he tenido un sueño extraño.

—¡Ah! gracias a Dios que sólo es un sueño lo que te hace llorar.

—Hay sueños horribles.

—¿El tuyo lo es?

—¡Oh, sí! figúrate que yo soñase un cielo de felicidad, y que sujeta por una cadena que mi voluntad no ha formado, yo viera ese cielo flotar ante mis ojos, sin poder alcanzarlo.

—Yo creo que es inútil soñar en lo imposible —dijo algo fríamente Luisa.

—Mi sueño no es imposible, sólo es difícil.

—¿En que se apoya esa dificultad?

—¡No lo sé!, en ese infierno de lazos que nos sujetan en la vida.

—Mercedes, no te comprendo.

—¡Oh! no quiero ser comprendida!

—Ya se conoce, cuando estás tan misteriosa.

En aquel instante entró la doncella llevando una carta para la Condesa.

Ésta la asió vivamente, rompió el sobre, y una exclamación de rabia se escapó de sus labios.

Saltó del lecho, se envolvió en una bata y fue a sentarse junto a Luisa, después de recoger con descuido sus cabellos y meter sus pies en unas lindas pantuflas.

—Luisa —le dijo—, ¿qué harías tú si amaras a un hombre y este hombre no te amase?

Luisa la miró sorprendida.

Llevaba en su corazón el secreto de su amor, y como los enamorados son egoístas, creyó que Mercedes sabía que no era amada por el pintor.

—¿Qué dices? —exclamó—, acaso...

—Mi pregunta es muy sencilla, y no debe sorprenderte.

—Tu pregunta me sorprende, porque no comprendo su objeto: yo amo y soy amada.

—Pero ¿y si no lo fueras?

—Eso no puede ser.

—¿Tanta confianza tienes en el hombre de tu amor?

—¡Como en mí misma!

—¡Oh! mucho es. Pero no se trata de ti, sino de mí.

—¡Cómo! tú amas y...

—Y no me corresponde el hombre a quien amo, exactamente.

—¿Y cómo se llama el hombre de tu amor? —preguntó Luisa con recelo.

—¡Oh! ¡El nombre qué importa!... pero quiero que lo sepas. Se llama Federico Vallés.

—¿Qué has dicho! —rugió Luisa saltando como una pantera desde el lugar en que estaba y asiendo la mano de Mercedes—: ¡Federico Vallés! ¡Tú no sabes que yo amo a ese hombre y que él me ama!

—¡Yo le amo también!

—¡Tú! ¡Imposible!

—Luisa, expliquémonos con calma.

Luisa pasó la mano por su frente y dijo con voz ronca:

—Habla pronto...

—Alejandro ha tenido conmigo esta mañana una violenta explicación... yo le he dicho la verdad, y él se ha marchado.

—¿Adónde?

—No lo sé: pero me deja libre y yo amo a ese hombre hasta el delirio.

—¿Te ama él? —preguntó Luisa.

—¡Oh, no! pero yo le amo.

—Mercedes, tú eres buena, tú me has querido siempre; respeta mi felicidad y mi porvenir, y olvida a ese hombre...

—¡Imposible!...

—Yo te lo ruego.

—Es inútil, Luisa, la que como yo se olvida de sí misma, no puede pensar en los demás.

—Es decir, que rompes nuestra amistad, que estamos frente a frente y que será preciso luchar...

—¡Lucharemos!

—Pero Mercedes, ¿qué puedes tú esperar? Tú no eres libre...

—¡Ya lo sé!...

—Entonces...

—Nada olvido, Luisa, y sin embargo, le amo de tal modo, que por verle caer a mis pies, por oír una palabra de amor de sus labios, daría toda mi vida...

—Una palabra: ¿sabe él tu amor?

—No: pero lo sabrá.

—¿De qué modo? ¡Tú no puedes olvidarte de todo hasta el extremo de llamarle!...

—¡Ya lo he hecho!

—¿Qué dices?

—Mira.

Y Mercedes mostró a Luisa la carta que aún conservaba en la mano.

Luisa la tomó con ansia y la recorrió con la vista. He aquí lo que leyó:

«Me honra V. señora Condesa, pidiéndome que me encargue de hacer su retrato, y es un gran pesar para mí no poder aceptar este honor.

»Tengo apenas el tiempo preciso para acabar mi última obra y dejar los pinceles; además, no desempeñaría mi cometido como lo harán otros muchos artistas, pues jamás he hecho retratos.

»Siento verme obligado a esta negativa, y queda a sus pies, que besa,

FEDERICO VALLÉS»

El reflejo de la alegría iluminó el hermoso rostro de Luisa al leer esta carta. Mercedes fijaba en ella, una mirada sombría: tenía celos.

—Y bien —dijo Luisa—, ¿piensas insistir? Mercedes bajó la cabeza confundida.

—¡Le amo! —murmuró.

¡Luisa se levantó, le asió las manos y la miró fijamente.

—Mercedes —la dijo con grave acento—, cuanto hay de sagrado en la tierra, cuanto la razón y el corazón respetan, te aleja de ese hombre: tus deberes de esposa, tu dignidad de mujer, tus sentimientos de amiga... todo se alza ante ti como un muro sagrado, no lo olvides; tú eres buena, eres digna y honrada, ¿has de olvidar lo que has sido para empañar toda tu vida con una mancha indeleble?...

Mercedes desprendió sus manos de las de Luisa y se cubrió el rostro con ellas; un estremecimiento nervioso agitó su cuerpo. Así permaneció algunos instantes; después dijo:

—Yo no quiero olvidar lo que soy y lo que me debo, pero yo le amo y quiero su amor.

—¡Adiós, pues, Mercedes! No quiero insistir; que el recuerdo de tu santa madre y de tu noble esposo, ya que no el mío, te inspiren y te guíen.

—¿Es decir, que ya no eres mi amiga?

—¡Si! Lo soy siempre; pero entre nosotras flota el recuerdo de un hombre y es inútil que nos veamos.

—¡Oh! ¿Y qué haré yo sola en este Madrid que no conozco?

—Venía a decirte —dijo Luisa sin contestarla, que mi papá ha recibido noticias de Cuba.

—¡Ah! ¿Sabes algo de mi madre?

—¡Sí! Piensa venir a la Península en la primavera próxima, pues la guerra aumenta allí.

—Lo habrá hecho al Conde...

—Puede ser; de todos modos te doy gracias por tu interés.

—Adiós —dijo con pena Luisa—, no olvides mis palabras. Y se lanzó fuera antes que Mercedes pudiese contestar.

Ésta quedó por un instante pensativa y triste; después, con su habitual ligereza llamó, y muy tranquila comenzó a vestirse.

capítulo **XI** LUISA

El pensamiento de una mujer es más difícil de seguir que el vuelo de una mariposa en el espacio.

Dulce unas veces, indolente y suplicante; bravío otras, altivo y fiero, jamás se fija en nada, pues la mujer tiene siempre esa embriaguez de sí misma que debilita la fuerza de su razón.

Luisa, que al oír a su amiga decir que amaba a Federico, había sentido el dolor y la ira agitar su corazón; Luisa, que la había suplicado, al dejarla, al meditar en la escena que entre ambas había tenido lugar, sintió una viva alegría inundar su alma. Algunos momentos de reflexión, le bastaron para apreciar los sucesos. Federico iba a ser sometido a una prueba: ¡y que prueba! Una mujer hermosa, joven, brillante, iba a buscarle, a halagarle, a ofrecerle su amor.

Aquella mujer tenía esa... libertad de acción que por una extraña interpretación de las leyes sociales se sucede en España a la mujer casada, que legalmente no es libre, y se niega a la mujer soltera, que legal y moralmente lo es.

Tenía al alcance de su mano todos los medios, y Luisa no tenía ninguno.

Luisa por nada del mundo se hubiera dado a conocer del artista; quería que la influencia de su recuerdo por sí sola venciese.

Si aquella influencia no era bastante fuerte para atraerle, entonces tenía que renunciar a la idea de la felicidad.

Decidió, pues, alejarse en la apariencia de Federico, y que esta soledad fuese una prueba.

No dudaba, porque el amor rechaza la duda, o más bien la disipa por sí mismo, como la luz disipa la sombra, pero enamorada y altiva quería saborear el triunfo de vencer.

Veamos su carta a Vallés:

«Tengo que decirte adiós, mi querido Federico, y esta frase siempre es triste, por más que, como ahora, ella sea la señal de una leve ausencia...

»No sé si saldré de Madrid..., nada puedo decirte; pero en unos días será imposible que te escriba...

»Perdóname ese misterio; aún no puedo entregarte el libro de mi vida para que leas en él toda mi historia...

»¡Más tarde!...

»¡Alejarme de los sitios donde tú estás es muy triste para mi corazón!...

»¡Yo creo beber en el viento algo de tu ser, y compartir tu vida!

»Yo creo, al sentir en mi frente un rayo de luz, que esa misma luz te envuelve, y yo amo todo lo que me habla de ti...

»¡Qué cosa tan triste es la ausencia!...

»¡Saber que hay en el mundo un ser a quien amamos y que nos ama, al cual no podemos ver!...

»Él respira, él sonríe, él vive entre seres indiferentes; y el que le ama, ni puede recoger sus miradas, ni aspirar su aliento, ni pagar su sonrisa... Es muy cruel...

»Tiene algo del tormento de Prometeo, encadenado a la roca fatal, pues el corazón se siente atraído y no puede moverse.

»Tiene también algo del suplicio de Tántalo, pues los ojos del alma ven a lo lejos el manantial querido, y el labio no puede tocarle para apagar su sed.

»Es una agonía lenta y terrible...

»El pensamiento siente a veces temores extraños... ¡Quién sabe si en este momento en que yo sonrío, en que la vista de una flor, de un paisaje o de una fiesta alegra mi espíritu, el ser que amo sufre... acaso muere, pues la suerte tiene burlas bien crueles!... ¡Ah! y entonces, entonces sería en vano todo mi dolor, toda mi desesperación... ¡Sería tarde! ¡Qué horrible palabra!... ¡*Tarde!* Es decir, ya pasó, se gastó en la vida, se borró de la escena del mundo lo que era tu dicha, lo que era en él tu encanto...

»¡Federico!... cuando estas ideas me atormentan, siento deseos de ir a tu lado, de poner mi mano en tu mano, y de unir mi vida a la tuya...

»Yo te diría:

»—Cese ya esta prueba, que es más fuerte que mi voluntad; seamos al fin lo que debemos ser, uniendo nuestras almas y nuestros destinos, porque cada día que pasemos lejos el uno del otro es un siglo de agonía, pudiendo ser una partícula de oro del radioso círculo que nos ha de envolver.

»Pero después, no el temor, no la duda, sino el deseo de prolongar aún esta dulce impaciencia, me detiene...

»Si yo hubiese nacido en el tiempo de los augures y de las pitonisas, jamás habría ido a pedir mi horóscopo...

»Seguramente que de ser yo Carlos VII de Francia, no habría fatigado a los astrólogos para que ellos me predijesen el porvenir de *Agnés Sorel*¹²...

»¡Lo desconocido me encanta!... ¡Tiene para mí un poder de atracción!...

»Mi alma se vuelve siempre hacia lo que no conoce, como la aguja imantada de la brújula se vuelve hacia el polo.

»Y es que lo desconocido presta ancho campo a los sueños y a las esperanzas. ¡Y yo sueño tanto!

»Mi pensamiento va, cual Colón a través del Océano a través de sueños de brumas, para descubrir mundos de luz.

»¡Ah! ¡Que si llego a ese mundo, sea tu mano la que sostenga mi mano, sea tu experiencia la que sostenga mi vida, sea tu amor el que sostenga mi alma!...

»Si me hallara sola en él...

»¿No es verdad que hay ideas mil veces más crueles que la muerte?...

»¡Ah, por Dios, mi genio del bien, aleja esta idea de mi espíritu, pues ella le tortura entre sus garras de fuego!...

»Sola sin ti...

»¿En qué senda de este desierto podría fijar mi planta sin retirarla herida?...

»¡Perdóname, mi querido artista, si no borro esta loca idea; buenos o malos, mis pensamientos te pertenecen, y no tengo el valor ni el derecho de ocultártelos!...

»¿Que fije un plazo a esta prueba?

»Yo, Federico, soy muy celosa de tu gloria para que no sacrifique algo a ella...

»Para acabar tu cuadro, ese cuadro que yo amo ya, necesitas calma para tu espíritu...

»Mi presencia le llevaría agitaciones dulcísimas, y el genio, para brillar, necesita atmósfera serena; diríase que, astro radiante del mundo moral, sus tempestades le ocultan...

»No me verás, pues, hasta que pueda admirar tu obra en la Exposición...

»Adiós, pues; mi alma queda en tu alma para que, unidas, formen un trono a tu genio.

LUISA»

—¡Ah! —decía algunas horas después Federico leyendo esta carta—, ¡se aleja de mí!... ¡Qué mujer más extraña!... Pero más vale así; una mujer vulgar es insoportable, y cuanto más puede servir para *ama de gobierno*: la esposa elegida entre todas, la amante adorada a la cual confiamos nuestro destino, la bella conquistadora a la cual entregamos de rodillas las llaves de nuestro corazón, debe hablar a nuestro espíritu, debe elevar nuestra alma... ¡Oh! ¡No quiero saber su historia, no quiero saber su pasado! ¡Yo cierro los ojos y me dejo llevar! En la mujer el encanto del talento, la magia de la palabra; esa espiritual y graciosa expresión de originalidad que se advierte en Luisa, lo es todo... ¡la belleza misma se transfigura con esa radiosa expresión de inteligencia! Yo no presto a la forma esa admiración del paganismo antiguo; y si yo admiro la mujer amplia y magnífica de Rubens, la espiritual y graciosa de Rafael, la dulce y pura del Correggio, la mujer sublime del Tiziano, las admiro como obras del arte; pero la belleza material, si bien me agrada, no es para mí la

mayor atracción... Si Luisa une la belleza física a las bellezas morales que yo entreveo en ella, es la sola mujer que puede hacerme feliz. La gloria es un fuego vano que flota sobre nuestra sombra; la ambición un anhelo estúpido, pues jamás sabe el hombre el tiempo de que dispone; amar y ser amados, esa es la única felicidad.

capítulo **XII** EL ESTUDIO DEL PINTOR

Algunos días después, Federico, solo en su estudio, pintaba abstraído y silencioso en un lienzo de gran tamaño.

La expresión de sus ojos era vaga y soñadora, el pincel volaba sobre el lienzo, dando vida y forma al sueño de su fantasía.

Su frente tenía, la palidez del genio, y la pasión, esas dos llamas de reflejos divinos que parecen sostenerse a costa de la vida material.

El artista, cuando *crea*, tiene una expresión sublime completamente elevada.

La inspiración bullía en aquella frente pálida, que sin duda ardía, pues las venas finas y azulabas aparecían visibles en las sienes.

La inspiración es una fiebre intelectual, una fiebre devoradora; el artista inspirado no tiene conciencia de sus creaciones, él obra como impulsado por un algo superior que se impone a sus facultades materiales.

Federico pintaba, y, una expresión de dulce ternura suavizaba en sus ojos la profundidad, de su mirada.

Su cuadro, que aún sin acabar aparecía ya como una maravilla, era una Santa Cecilia, y jamás una creación más bella ha inmortalizado a un ser virginal.

Los pliegues del ropaje blanco de la Santa caían con una sobriedad severa y una soltura elegante.

La luz parecía quebrarse en ellos, con una blandura en los reflejos y una suavidad en las tintas, que se creía ver su fino tejido, agitarse con un soplo de viento, tan admirablemente combinado para darle movimiento y flexibilidad, que su misma sencillez encantaba.

Esta ráfaga que agitaba la túnica dejaba descubierto un pie casi desnudo, pues la piel fina y rosada apenas era cubierta por las cintas de una sandalia, y aquel pie era por sí solo una maravilla, un tesoro del arte.

El pintor le había trazado *con amor*, y todo cuanto el arte de Apeles encierra de gracia, de verdad y de pureza, se admiraba en él.

Su forma era bella y correcta, como si copiase el de una estatua griega; había en él vida y movimiento, parecía que la sangre circulaba por aquel fino tejido de imperceptibles venas, y que el calor de la vida sonroseaba aquella piel.

Del fondo del cuadro, lleno de ambiente y de frescura, se destacaba aquella forma gentil, como se dibuja el sueño de nuestra fantasía sobre el vago azul del cielo.

La virgen Cecilia se apoyaba con dulzura y graciosa indolencia sobre un pequeño órgano, junto al cual, indicando silencio, como para no turbar los pensamientos de la Santa, había un ligerísimo y gracioso grupo de ángeles.

Una de sus manos sostenía su cabeza, la otra caía con naturalidad exquisita, teniendo la corona de rosas y azucenas que Dios le envió para su esposo, convertido por su ejemplo.

La cabeza de esta admirable figura estaba sólo bosquejada; el artista esperaba, sin duda, un soplo de suprema inspiración, para dar una forma al sueño de su alma. Aquel rostro debía copiar el de Luisa.

Y ya sabemos que para copiar al ser amado toda tinta es pálida, toda palabra fría.

El estudio de Federico era un modelo de buen gusto artístico, de sencillez y elegancia.

Magníficas esculturas, soberbios cuadros, graciosos modelos, y esos mil caprichos del genio, siempre bellos.

Aquí y allí caballetes con lienzos, jarrones con flores, cuya forma era una maravilla; cortinajes que combinaban un efecto de luz, blancos cristales, que amortiguaban su vivo reflejo.

Junto al caballete en que pintaba, como al alcance de su mano, había un objeto que causaba extrañeza.

Sobre un pequeñísimo velador de madera rosa, un fanalito de cristal cuidadosamente cerrado con llave.

En él, luciendo a través del cristal su coqueta forma, un zapatito de baile de una mujer o de una niña; hubiera sido difícil fijarlo, pues su pequeñez hacía presentir lo segundo, pero su forma, ya perfecta, demostraba que era a una mujer a quien había servido aquel lindo juguete.

Los ojos del pintor acariciaban el blanco zapatito, como si él fuera el talismán misterioso del genio.

Sus alegres colores, blanco y rosa, parecían infundirle valor y esperanza.

En una de sus amorosas contemplaciones, le pareció oír llamar suavemente a la puerta del estudio.

—Adelante, —dijo, creyendo que venían a advertirle que estaba su almuerzo servido.

La puerta se entreabrió, y dos jóvenes de aspecto risueño, y vestidos con elegantes trajes de mañana, aparecieron en ella.

Federico cubrió vivamente con un lienzo de seda blanca el fanalito, y salió a recibir a los jóvenes.

El enamorado artista hubiera creído profanado su tesoro si se hubiese fijado en él una mirada extraña.

Mi querido artista, —dijo Augusto Bosarte, que era uno de los que llegaban—; permítame que te presente a mi amigo César Arteaga, que acaba de llegar a Madrid y deseaba conocerte.

—Gracias por tan amable deseo —dijo Federico tendiendo su mano al joven César—, y gracias a ti —añadió dirigiéndose a Augusto—, por presentarme la grata ocasión de ofrecer mi consideración a este caballero.

Los dos jóvenes se inclinaron y ocuparon los sillones que Federico les señalaba.

—¡Ah! —dijo Augusto, con ese aire impertinente que adoptan los que por sí valen poco, al hablar ante otros con una celebridad—; veo que adelantas poco en la Santa Cecilia.

—Sí —contestó sonriendo Federico—, voy creyendo que los antiguos, al emplear toda su vida en modelar una estatua tenían razón, y casi quiero imitarles; cada día animo con una pincelada ese cuadro querido, pues como ha de ser el último, quiero que en él quede algo de todas mis sensaciones.

—¡Oh! caballero! será una gran pérdida para el arte que usted deje los pinceles, dijo César con acento sentido e inteligente.

—No lo crea Vd., contestó dulcemente el artista, interesado por el timbre simpático de aquella voz; un genio que pasa es reemplazado por otro, y yo ni aun puedo aspirar a crearme reemplazado, porque no soy un genio.

—¡Oh, sí! ¿Me permitirá Vd. que vea de cerca este cuadro?

—Usted está en su casa, contestó Federico levantándose con César.

—Querido, —dijo Augusto recostándose en su sillón—; oye un consejo.

—Ya escucho, contestó Federico.

—Ese cuadro debía copiar la cabeza de una virgen que yo conozco, para ser completo.

—¿Qué virgen es esa?

—Poco puedo decirte de ella, pues ando buscándola como un loco y no la encuentro.

—¿Cómo! ¿Pues esa virgen se ha perdido?...

—¡Ay! no te burles, ¡es una herida de mi corazón!

—¿Incurable?...

—¡Y envenenada! exclamó Augusto con trágico acento.

—¡Bah! ¡Todo un drama!

César, que con inteligente mirada y buscando los afectos de luz había observado el cuadro con sostenida atención, se volvió hacia Federico y le dijo ligeramente conmovido:

—Un cuadro como este puede ser el último, porque él sólo es ya una magnífica corona de gloria para su autor.

Federico se inclinó.

—Poco valgo, continuó César; quizá ni puedo admirar este cuadro apreciándolo en su valor, pero si el entusiasmo de mi alma al contemplarlo es algo para usted, yo se lo ofrezco con mi amistad.

—Acepto lo uno y lo otro con todo mi corazón, —dijo Federico estrechando de nuevo la mano del joven.

—¿Queréis oírme al fin? dijo Augusto.

—¿Vas a contarnos tu eterna historia de la Virgen de Rafael?... —dijo César.

—¡Pardiez! ¡Pues no he de contarla! ¡Federico la ignora!

—Yo me encargaré de la primera parte, —dijo César con esa soltura fácil y agradable que da la costumbre de frecuentar la sociedad.

—¡Tiene dos! exclamó Federico.

—¡Ay, amigo mío! En la historia de Augusto hay que poner, como en las novelas de folletines: *Se continuará*.

—¡Oh! ¡Pues no es lo más agradable! Cervantes nos dice que nunca segundas partes fueron buenas.

—Y Cervantes tiene razón, porque la segunda parte de esa historia es una verdadera desgracia.

—Por Dios, querido Augusto, quedémonos en drama y no lleguemos a tragedia.

—Es el caso, empezó a decir éste.

—Aún no he dicho yo la primera parte, —dijo César, y añadió—:

—Es el caso, que Augusto ha visto, o ha soñado verla, una mujer que se parece a la Virgen de Rafael, como debió parecerse la Fornarina.

—Y ¿dónde está ese tesoro? dijo Federico, que había palidecido ligeramente.

—Ese tesoro está en Madrid, sin duda, pero Augusto no lo encuentra.

—César, suprimes los detalles, y como eso es una traición, voy a encargarme yo mismo de contar mi historia.

—¡Oh!, si no hay detalles!

—¡Cómo! pues es nada saber que esa virgen de Rafael es, a más de hermosa, elegante, discreta...

—Pero si jamás le has hablado...

—Y ¿qué importa? ¿Acaso el talento sólo brilla en la palabra? Brilla en sus ojos y en su frente...

—Al menos sabes el nombre de esa virgen? preguntó Federico.

—Se llama Luisa...

Todo el poder de su razón, toda la fuerza de su voluntad bastó apenas para impedir a Federico un grito, pero no para suavizar la palidez de ira y sorpresa que invadió sus mejillas.

César, con su mirada inteligente, comprendió que algo grave encerraba aquel nombre para el artista, y dijo a Augusto:

—Vamos, eres un aturdido; ¡hasta nombre das a tu sueño!

—Estoy diciendo la verdad...

—Pues bien, hazme el favor de acabar, ya que has empezado; ¿dónde has visto a esa señora?

—En el Museo, contemplando el cuadro al cual se parece como el modelo a la copia.

—¿La has hablado?

—No por cierto; quise hacer una observación y me contestó su padre...

—Y ¿cómo sabes que era su padre? preguntó anhelante Federico.

—Porque la oí nombrarle así cuando yo me acercaba.

—¿Y recuerdas su voz?

—Como si la oyese ahora...

—¿Es dulce?

—Como un canto de ángeles.

—Y dime, —dijo Federico que sólo pensaba en Luisa y se olvidaba de lo que sus amigos dirían—; ¿es alta o baja?

—Ni alta ni baja, tiene esa proporcionada estatura, que es una garantía de tener buenas formas.

Federico frunció ligeramente las cejas al oír aquella observación; le parecía que profanaban su ídolo.

—Pero, prosiguió Augusto, tú tienes bien presente la idea de esa graciosa estatura que yo admiré en ella; es la misma que has dado a tu Santa Cecilia.

—Y sus ojos, ¿cómo son sus ojos?...

—¡Pardiez, Federico, pareces tú el enamorado!

—¡Bah!

—Pues bien, sus ojos son negros, y hay en ellos algo de extraño y profundo...

—¿Y sus cabellos?

—Negros también; es blanca y pálida.

Federico quedó pensativo; aquella mujer era Luisa, la misma que él amaba; pero si la había visto Augusto, debía estar en Madrid; ¿por qué se ocultaba, pues?

¿Por qué, pensaba con algo de celos en el alma, da a otro la dicha de contemplarla y me niega a mí esa ventura?

—Dime, —dijo al fin procurando vencer su emoción—, ¿hace mucho tiempo que has visto a esa señora?

—Hace un mes que la vi en el Museo, pero la he visto después.

—Tu historia es muy interesante, —dijo Federico, que volvió a palidecer de celos, y hay que llegar hasta el fin—; ¿dónde la has visto?

—A fe mía que no la hubiera conocido jamás a no ser por mi amor.

Federico hizo un movimiento tan visible de ira, que César dijo a Augusto:

—Vamos, amigo mío, acaba pronto; estamos ocupando demasiado a este caballero.

—La vi en una Iglesia... dijo Augusto tranquilamente; pasaba yo por San José, hacia un gran calor, y entré, más que a orar a tomar un poco el fresco a la sombra de sus bóvedas; de rodillas ante un altar, y tan modestamente vestida como puede ir una sencilla hija de la clase media, estaba Luisa. Estuve algún tiempo contemplándola, sin que ella se fijara en mí; oraba con una gran expresión de fervor; y sus manos sin guantes se cruzaban con ternura; cuando acabó echó sobre su rostro el velo de su mantilla, y salió con una señora anciana, que parecía un aya... me apresuré a seguirla, pero con tan mala suerte, que sólo pude ver el coche que se la llevaba; de esto hace unos seis días, y ya te lo he dicho todo; sólo me falta añadir que la amo como un loco...

Federico pasó su mano por la frente, algunas gotas de sudor brotaban en sus sienes, y su palidez era tan densa que asustaba.

Al oír a un hombre decir que amaba a Luisa comprendió el amargo pesar de los celos, y todas las olas del dolor, todos los torbellinos de la ira se desbordaron en su alma.

Hubiera hecho pedazos a aquel hombre que se le aparecía como para disputarle su felicidad; además, por él sabía que Luisa estaba en Madrid; ¡un extraño lo sabía y él lo ignoraba!

Federico, dominando su emoción, dijo a Augusto:

—Veo, amigo mío, que llamas historia a lo que apenas es un episodio; esa es una licencia amorosa...

—Es una historia en su primera hoja; *se continuará*, —dijo Augusto poniéndose de pie, así como César, y despidiéndose del pintor.

Cuando, acompañados por éste salían del estudio, dos señoras, precedidas de un criado, llegaban a él.

Eran la Condesa de San Esteban y una linda jovencita.

Al verlas, Federico hizo un movimiento de contrariedad muy marcado, Augusto sonrió maliciosamente, y César las miró con sorpresa.

Ellas saludaron, y los jóvenes se inclinaron y desaparecieron.

capítulo XIII UNA PROMESA DE AGOSTO

Antes de ocuparnos del pintor y sus visitas será preciso que sigamos a César.

A la expresión de sorpresa que reflejó su rostro al ver a la Condesa, se sucedió una de dolor muy marcada, que comprenderán fácilmente nuestros lectores, sabiendo que César era amigo de Alejandro.

César de Arteaga tenía veintiséis años, y era hijo de un rico cubano; como el sueño de luz de todo joven americano es recorrer la Europa, hacia seis años que viajaba, fijándose al fin en Madrid, donde, según las malas lenguas de sus amigos, le retenía en sus redes una graciosa muchacha. Aquí le sorprendió la noticia de la muerte de su padre, y aunque César, que tenía un noble corazón, hubiera querido ir a verle en sus últimos momentos, la dificultad del viaje y lo irremediable del suceso le retuvieron en la Península.

César y Alejandro se conocían, y al venir este último a España, ese sentimiento simpático que une, cuando están lejos de su país, a los que han nacido en el mismo suelo, estrechó sus relaciones, y llegaron a ser, a pesar de la diferencia de edad, muy buenos amigos.

César tenía un carácter reflexivo y serio; a la amabilidad americana unía una sensibilidad exquisita, una lealtad y dulzura en su trato, que impresionaba agradablemente.

Todos sus amigos hallaban siempre su bolsa y su vida a su disposición, pero jamás contaban con su concurso para una de esas alegres locuras que los jóvenes organizan para buscar algunas horas de placer, y en las que sólo recogen algunas horas de hastío y algunos amargos desengaños.

César tenía talento, pero sólo ese talento necesario para ocupar dignamente un lugar en la vida; es decir, que su talento tenía el límite que se necesita tener para no convertirse en un sello candente de dolores, sobre la frente en que se encierra.

Su figura, como su talento, era ese término medio entre lo hermoso y lo feo, que es a veces muy agradable.

Tenía unos hermosos ojos negros de inteligente mirada, un cutis ligeramente moreno, una frente ancha, acaso en demasía, manos bonitas, estatura regular, y una negra y rizada barba, cortada en agudas puntas a ambos lados, de esa graciosa manera que se ha dado en llamar *Mefistófeles*.

En suma, César era un buen muchacho, franco, leal, cariñoso y desprendido.

Siendo amigo suyo el Conde de San Esteban, se explica su disgusto al ver a la Condesa dar un paso tan imprudente como el de ir a casa del pintor Vallés.

Cuando bajaban la escalera de la casa del artista, Augusto, con el incisivo tono burlón y malicioso que le era peculiar, y que él creía de mucha gracia, cuando no tenía ninguna, dijo a César:

—¿Eh? ¿Qué te parece?... la Condesita se aprovecha perfectamente de esa libertad que tu cándido amigo la concede.

—Augusto, esa señora no viene sola, y te agradeceré que no pienses lo peor.

—¡Yo! ¡Diablo! ¡Pues no sólo no pienso! Pienso lo peor, sino que tengo envidia de lo que...

—¡Augusto!

—¿Pero de dónde sales, querido, que no sabes que la Condesa es la amante del pintor?

—Te ruego que pienses lo que dices: sois muy ligeros en juzgar, y cuando se trata de la honra de una mujer...

—¡Bah! ¡Bah! ¡Todo Madrid lo sabe!

—Todo Madrid puede equivocarse.

—No lo creo; además, ¡ella lo prueba!

César comprendía que Augusto, sólo con decirle que la Condesa estaba en aquellos momentos en el estudio del pintor, tenía una gran fuerza contra sus razones, y se limitó a decir como batiéndose en retirada:

—Lo que hemos visto no prueba nada.

—Eres el más cándido de todos los hombres; ¿no has comprendido que Vallés la esperaba, y por eso estaba impaciente?...

—¡Oh! yo he creído que era otra la causa de su impaciencia...

—¿Cuál podía ser?...

—No puedo afirmarlo, pero juraría por mi honor que no era la Condesa, y que su impaciencia fue aún más visible cuando vio a ésta.

—Naturalmente; ¿no ves que estábamos nosotros allí y sorprendíamos su secreto?...

—¿Quizá tienes razón!, —dijo César suspirando.

—¿Lo sientes?

—Sí; soy amigo de Alejandro.

—¡Bah! uno más *¡qué importa al mundo!*

—Adiós —dijo César—, voy a ver a un amigo.

—¿Te vas? Pierdes una escena divina.

—¿Cuál?

—El ver a Rafael desesperarse porque su dama, como una veletita, ha cambiado al viento.

—Augusto, yo te ruego por nuestra amistad que no digas a nadie que acabamos de ver a la Condesa en casa de Vallés.

—¡Vaya, vaya, pues no eres poco melindroso! Si ella viene a la luz del día...

—Yo te lo ruego.

—¡Te prometo callar hasta donde pueda!

—No, no es eso lo que quiero; es preciso que calles por completo; de otro modo, esta noche voy al circo, entro entre bastidores, y la bella Elisa sabrá tus aficiones artísticas por modelos de vírgenes...

—Tú no harás eso.

—Siempre que tú no hagas lo otro.

—Pero, mi querido César, ¿qué diablo de interés tienes por la Condesa? A ella le da poco cuidado, a fe mía, cuando viene a estas horas.

—Es un secreto, pero en cambio de tu discreción te aseguro la mía...

—Es el caso —dijo enfadado Augusto—, que he prometido a Rafael...

—¿El qué?

—Decirle cuanto sepa de esa señora.

—¿Qué puede importar a Rafael?

—Rafael la ama —César se encogió de hombros.

—En fin —dijo—, está convenido; si hablas, hablo; si callas, soy mudo y ciego.

—Callaré.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de buen amigo.

—Hasta la noche pues, y gracias; no sabes cuánto te lo agradezco.

—Adiós; ¡ah! ¡Una palabra! ¿Estarás tú también enamorado de la Condesa?

—¡Phist! —dijo con burlona sonrisa César—, ¡pudiera ser!

—En ese caso...

—Amigo mío, en ese caso te pediré tus ilustrados consejos.

Y deteniendo un coche que pasaba, entró en él, saludó con la mano a su amigo, y se alejó.

Augusto quedó algunos instantes pensativo, después, alzando la cabeza, como quien toma una resolución, murmuró entre dientes:

—¿Qué diablos le importa a él? ¡Bah! He sido un necio en prometer... pero nada se ha perdido, vamos a ver a Rafael.

Y con el aire insolente de los modernos Tenorios, irguiéndose, contoneándose y lanzando miraditas *petroleras*, se alejó en dirección a la casa de su amigo.

XIV

capítulo **DOS NOBLES CORAZONES**

César, al dejar a Augusto, dio al cochero unas señas, y en tanto que el coche rodaba a la dirección indicada, se recostó pensativo y sombrío en el no muy limpio henchido de la callejera berlina.

Había, a no dudarlo, una gran lucha en su corazón, porque en su frente ceñuda parecían chocar las ideas.

En los momentos que transcurrieron hasta que el coche se detuvo, debió tomar una resolución, pues al entrar en una linda casa de la calle de Valverde¹³, entraba sereno y risueño.

Subió alegremente al principal, llamó y en breve entró en uno de esos lindos gabinetes donde el desorden produce una especie de fantástica armonía, que revela que está desterrado de ellos el genio de una mujer.

Armas, álbumes, libros, cartas abiertas, cigarros esparcidos, periódicos con la faja intacta y otros desdoblados y tirados por donde quiera, llenaban las mesas, la meseta de la chimenea, y aun las sillas de tapicería gris que decoraba el cuarto.

Al entrar César, un hombre que leía, medio tendido en una de esas largas sillas que el *esprit* francés llama *fumeuses*, se puso de pie y le salió al encuentro.

Nuestros lectores apenas le hubieran reconocido.

El Conde de San Esteban, pues era él, llevaba ya matizada su negra barba por algunas hebras de plata, sus ojos habían perdido el fogoso brillo que les animaba, y sobre su frente pálida se marcaba ese ligero pliegue del dolor, que es una arruga para los indiferentes, y una historia para el observador.

—¿Qué hay? —preguntó vivamente a su amigo.

—¡Pardiez! déjame tomar aliento; estamos a 40 grados de calor, y llego ahogándome.

—Ten en cuenta que espero...

—Permíteme que pida antes un poco de cerveza; las medidas higiénicas son siempre atendibles.

Alejandro volvió a sentarse en silencio, y César llamó, cambió su levita por una ligera bata, y volvió junto a su amigo.

—Hablemos ahora —dijo destapando una botella y llenando su vaso de cerveza, después de haber servido otro a Alejandro.

—¿Has visto a Mercedes?

—Sí.

—¿Y bien?...

—Y bien, mi querido Alejandro, creo, como te he dicho muchas veces, que debes volver a su lado; es una gran locura someter a una mujer a una prueba, y poner en esa prueba la dicha de toda nuestra vida; la cosa es tan insensata como poner a una carta toda nuestra fortuna.

—Según eso, ¿tú crees que mi esposa no salga triunfante de esta prueba? —preguntó con tristeza Alejandro, en tanto que apuraba a pequeños sorbos su vaso de cerveza.

—Creo más; creo que ninguna mujer la resistiría.

—¡Oh! una mujer que amara, sí.

—Y ¿quién te dice que no te ame tu esposa?

—¿Es acaso posible dudarlo? ¡No ves su conducta!

—Mi querido Alejandro, una mujer ama más o menos, según su temperamento, pero ama siempre algo; cuando el hombre a quien ama vale tanto como tú, cuando ese hombre va con la paciencia del avaro recogiendo y conservando cada idea, cada capricho de esa mujer, para conocer por ellos su alma entera, y se utiliza de su estudio, no dudes que llega al fin a imponerse a ella.

—Ese trabajo es inútil, tratándose de una mujer como Mercedes; en ella una idea apenas concebida, pasa y no deja nada en pos, pues la nueva borra su efecto; pero es inútil esa discusión; lo que yo quiero saber es si la has visto, ¿si era verdad que iba al fin a comprometerse ante el mundo, a hacerse imposible para mí, dando una prueba clara y segura de su amor por el pintor!

—¿Y has podido creerlo? ¡Bah! Veo, mi querido Alejandro, que Mercedes tendría razón al tratarte como a un niño...

—¿Luego no era verdad? —preguntó con ansia el Conde.

—¡Desde luego! La Condesa es una mujer digna, y no puede olvidarse de lo que a sí misma se debe.

—¡Ah! dime, dime, ¿has estado tú en su estudio, le has visto a él?...

—Sí —dijo César que sufría, y quería abreviar aquel interrogatorio.

—Y...

—Y me parece un hombre de talento y corazón.

—Sí, ya lo sé; y aunque por ser el hombre que ama Mercedes yo le odio como hombre, como artista yo le admiro, le estimo y le respeto.

—Pues creo, mi querido Conde, que como buen celoso, te has ofuscado; el pintor ama a otra mujer.

—Ya lo sé; ama a una amiga de la mía, muy bella, muy altiva, y que le ama también.

—¡Ah! ¿Cómo se llama esa mujer?

—Luisa Valmes; es americana.

—¿Es rica?

—No; hubiera podido serlo, pero han perdido casi toda su fortuna.

—Y dime, ¿no has observado si esa señora se parece algo a una de las Vírgenes de Rafael que se guardan en el Museo de Pintura y Escultura de Madrid?

—Sí, en efecto, me ha parecido así.

—Pues el pintor tiene un rival.

—¿Quién?

—Ese Augusto que me ha presentado a él.

—Luisa ama al pintor...

—En ese caso van a resultar escenas pintorescas...

—Pero eso nada nos importa, querido César; hágame de Mercedes.

—¡Dios mío! ¡Sois insoportables los enamorados! Mercedes está en su casa, esperando tu vuelta, y bien ajena de que la sigues.

—¡Si fuera verdad!

—¿Por qué no ha de serlo?

—Pues bien, la retardaré aún, y si, como tú dices, ella me espera, iré a su lado para que marchemos de España; no quiero sufrir más.

—¿Me permites darte un consejo?

—Con mucho gusto, di.

—¿Cuál es tu opinión acerca del carácter de tu mujer?

Alejandro miró a César sorprendido. Este sonreía.

—Mi esposa tiene un carácter ligero y frívolo: los afectos profundos la cansan y fatigan, pero tiene un noble y generoso corazón.

—Pues bien, mi querido Alejandro, así como cada flor necesita un tratamiento especial, si ha de desarrollarse hermosa y perfumada, cada mujer necesita su especial manera de ser amada. Una mujer apasionada, vehemente, exige y da, lo quiere todo y todo lo ofrece; para una de esas mujeres, un hombre como tú, celoso, exclusivo, apasionado, es su ideal; pero para una mujer como la tuya, dulce, indolente, con esa indiferencia tibia en todos los afectos, que le permite conocerlos sin llegar a sentirlos, para esas mujeres se necesita mucha indulgencia, mucha dulzura y muy poco amor. ¡Ve si puedes tú avenirte a ello!

—¡Ah! ¡Por mi desgracia yo la amo!

—Procura ocultar ese amor a sus ojos, y no lo dudes, amigo mío, ve pronto a su lado; no hay mujer que no vacile en una prueba, si la prueba es larga y difícil.

capítulo XV IMPRUDENCIAS

No hay nada más imprudente que una mujer enamorada.

No importa que la educación, que la dignidad, que el deber mismo la adviertan y aconsejen; ella, al amar, siente como una fiebre del corazón, de la cual su razón no se libra, y obra como un autómatas impulsado por una voluntad invisible y poderosa.

Dice Dumas que la ley debía obrar con respecto a la mujer culpable, como obra con el niño y el hombre ebrio, porque la mujer tiene en su disculpa «la perpetua infancia del juicio, y la eterna embriaguez del corazón».

Mercedes, en la soledad de su hogar, comenzaba a sentir el vacío de sus locas quimeras; su corazón, su orgullo, seguían empeñados por el artista; pero, aunque de educación descuidada, voluntariosa y exigente, Mercedes era buena, y ella comprendía cuán lejos está de la felicidad todo lo que está lejos del deber.

Comenzaba a echar de menos el cariño delirante de su esposo, sus tiernos cuidados, su dulce solicitud.

Aquella gran casa que ocupaba sola le parecía tan triste como un cementerio; ella comprendía, al fin, que la vida, para no ser insoportable, es preciso que sea compartida.

Muchas veces creía oír los pasos de Alejandro, su voz cariñosa, y se levantaba vivamente conmovida, y suspiraba al conocer su error.

Alguna vez quiso acercarse al pintor, pero éste, enamorado de Luisa, no se ocupaba para nada de la Condesa, ni se apercibía de su solicitud.

Esa frialdad, ese desvío, comenzaban a desilusionar a la Condesa, incapaz, por otra parte, de sentir afectos profundos; el *deshielo de su ilusión* había empezado; era de creer que arrastrase en pos todos los locos sueños que había inspirado aquella ilusión.

Una reacción lenta y segura se iniciaba ya en el alma de Mercedes; ella se decía que la vida no es un juego donde pueden arriesgarse al azar todas las esperanzas que sostienen la ventura.

Ella veía, al fin, las cosas por su lado serio, y comprendía que es un insensato el que teniendo en su mano la dicha la deja caer en tierra, para correr en pos de ilusorias felicidades.

Es verdad que se había casado sin sentir esa pasión profunda que dura tanto como la vida, pero el hombre que la había hecho su esposa tenía talento y corazón, esas dos palancas capaces de remover la humanidad, y el vacío que deja con su ausencia un hombre de talento, habla más en favor de él que su misma presencia.

Mercedes, como todas las personas de carácter débil e indeciso, empezaba a amar a Alejandro al perderle.

Además, estaba enferma; y a su estado de inquietud moral, se unía una molestia física, leve y continua, que Mercedes era demasiado sencilla para adivinar de qué procedía.

Todos estos sucesos daban a la casa de la Condesa un sello de tristeza tal, que imponía.

Ella no abandonaba su gabinete, donde recostada en una butaca y leyendo pasaba el día.

No recibía, no salía, y la soledad iba, al fin, calmando sus agitaciones.

Una tarde en que, como de costumbre, estaba sola, la entregaron una carta.

Mercedes tembló poderosamente al reconocer la letra, la abrió y leyó:

«Señora Condesa: Usted, cuya alma es tan grande, disculpará mi atrevimiento, por el cual de antemano le pido humildemente perdón.

»Para un artista, señora, el arte es la vida; es más aún, es la gloria.

»Mi mejor obra, la que espero de a mi nombre el lauro soñado, no está acabada, no puede estarlo, en tanto que yo no encuentre el modelo que he de copiar, y ese modelo sólo usted puede ofrecérmelo.

»¿Se negará Vd., señora Condesa, a dejarme copiar su divino rostro para mi *Santa Cecilia*?

»¡Oh, no! Yo le pido mi gloria, y Vd. no puede negármela.

»Por las mañanas estoy solo en mi estudio; si Vd. viniera, una sola hora a honrar mi casa, yo le debería más que la vida.

»En ella la protegería mi honor y mi gratitud

FEDERICO VALLÉS»

Mercedes leyó mil veces la carta sin volver en sí de su asombro.

Todo su amor se despertó de nuevo, más vivo, más grande, más imperioso.

Iba a ser ella el modelo de aquel cuadro tan esperado.

Iba a humillar a Luisa.

¡Era amada y podía contribuir a la gloria del hombre de su amor!

Con la volubilidad de sentimientos que le era natural, no pensó más en Alejandro; sólo pensó en Federico.

Llamó con una impaciencia febril, se hizo vestir y mandó poner el coche.

Había pensado que sola no debía ir, y en medio de su desvarío, fue a buscar a una joven amiga suya, para convenir en ir a buscarla a otro día, yendo juntas a visitar al pintor.

Su amiga accedió, y al día siguiente a las once, la Condesa de San Esteban y Julia M... su amiga, bajaban de un lujoso landó¹⁴ en la puerta de la casa donde Federico vivía.

Pues que las vimos llegar, volvamos al estudio del pintor y veamos lo que allí sucede.

XVI

capítulo EL HILO DE UNA INTRIGA

Federico Vallés quedó asombrado al ver ante sí a la Condesa.

No se explicaba aquella visita, y bien torpemente, porque estaba aturdido, las invitó a pasar a su saloncito.

—¡Oh, no! —dijo sonriendo la Condesa—, en el estudio estaremos muy bien: y adelantando un paso, entró en él seguida de Julia.

El pintor arrastró unos sillones y se sentó después.

—¿Es ésta la *Santa Cecilia*? —preguntó la Condesa, que creía al pintor contrariado por la presencia de Julia.

—Sí, señora; ésta es.

—¡Oh, qué bella! —dijo Mercedes con orgullo, al pensar que aquel admirable cuadro encerraría su imagen.

Vallés se inclinó. Un embarazoso silencio sucedió a estas palabras.

La Condesa creía que el pintor no se atrevía a demostrar su deseo en presencia de Julia: en cuanto a Vallés, a cada momento le era más incomprensible la presencia de Mercedes.

Algunos instantes estuvieron así.

Al fin Mercedes, con las mejillas teñidas de un vivísimo rubor, dijo a Federico:

—Recibí su carta, y ya ve Vd. cómo he atendido su ruego.

—¿Mi carta? —preguntó Federico con el más profundo asombro.

—Sí, su carta; esta señorita es mi mejor amiga, y no he vacilado en que me acompañe.

—Perdonad, señora Condesa, pero no vuelvo en mí de mi asombro; yo no he tenido el honor de escribiros.

—¡Cómo! ¿Qué decís? —preguntó impetuosamente Mercedes—, ¿que no me habéis escrito! Pues entonces, ¿de quién es esta carta?

Y temblando de ira, sacó del bolsillo de su traje la carta el día antes recibida.

Federico la tomó, la desdobló y la leyó con asombro.

—Le juro por mi honor, señora —dijo gravemente—, que yo no he escrito esta carta, ni jamás me hubiera atrevido a ello; hay, a no dudarlo, una intriga a que esta carta obedece; y esto, señora, sólo puede tener una idea...

—¿Cuál?

—Perdone Vd., quizá he ido demasiado lejos en mi pensamiento.

—Le ruego que le complete.

—Pues bien, quizá han querido comprometerla; el Conde está ausente, y como Vd., señora, puede tener enemigos...

—¡Ah! no sé, no recuerdo que tenga ninguno; pero la letra de esa carta es suya...

—¡Oh, no! —dijo el pintor—; es una grosera falsificación; vea Vd. si hay diferencia.

Y tomó de encima de un mueble un pequeño cuaderno manuscrito, mostrándolo a la Condesa.

—Sí, es verdad —dijo esta convencida—; pero ¿cómo adivinar, qué hacer?

—Yo, en tu lugar —dijo Julia, que había escuchado en silencio—, lo diría a mi esposo, y él sabría descubrir la verdad; tú no puedes tener otro protector, y ya que tienes enemigos, bueno es que no estés sola.

Federico miró con simpatía a la joven que aconsejaba tan juiciosamente a la Condesa, y dijo a su vez:

—Yo creo, como esta señorita, que el Sr. Conde es el que debe asir este hilo para descubrir el autor de esta intriga; pero si Vd. cree que yo puedo serle útil, puede contar conmigo, que por mi parte procuraré averiguar y castigar al que ha usado de mi nombre para molestar a una señora.

—Gracias —dijo Mercedes llorando—; pero entre tanto han logrado su objeto; yo estoy aquí, y sabe Dios lo que de mi presencia en su casa esperarían ellos.

—Yo siento, a la verdad, no haberte disuadido de tu idea, —dijo Julia—; pero una vez aquí, no hay por qué temer; este caballero conoce que tú has sido vilmente engañada, y en cuanto a mí... yo te he rogado que me acompañases al estudio de un pintor para verlo: esto lo salva todo.

Mercedes estaba fatigada, temblaba toda, y una gran palidez había sucedido al rubor que embellecía su semblante.

Comprendía que había sido objeto de una burla, y la ira la ahogaba.

Además, caían por tierra todas las quimeras de su orgullo y de su amor, y volvía a pensar cuán inútiles y vanos son los sueños que no se afianzan en la razón.

Al verse ofendida pensaba en un defensor, y el recuerdo de Alejandro volvía con más fuerza a su alma.

—Pues bien —dijo—, Julia disculpará mi acción, y Vd. comprenderá, añadió fijando en Federico una profunda mirada, que se ha jugado con mi corazón y mis sentimientos; ahora, adiós, vuélvame Vd. esa carta, para mostrarla a mi esposo.

—Señora, ¿no quiere Vd. confiármela para que yo busque la mano que la ha escrito?

—¡Oh, no! Como decía muy oportunamente Julia, sólo mi marido puede ser mi protector.

Y arrojando sobre su rostro el velo de su sombrero, y apoyándose en su amiga, pues se sentía desfallecer, saludó al pintor con un movimiento de cabeza y se alejó.

Federico la miró salir, se volvió lentamente a su estudio y tomó de nuevo sus pinceles.

capítulo XVII

LOS MODERNOS TENORIOS

Rafael leía un periódico cuando llegó su amigo con aire entre triunfante y misterioso, como deseando hacerse el interesante.

—¡Hola! —dijo Rafael tendiéndole con indolencia su mano, y sin moverse de su cómoda postura—: estamos ya de vuelta!

—Ya lo ves.

—Y ¿qué tal?

—Bien; el pintor ha estado muy amable, han simpatizado, a lo que parece, el americano y el pintor.

—No es extraño; los dos son insufribles.

—¡Oh! Vallés es simpático.

Rafael se encogió de hombros.

—Y bien —dijo arrojando el cigarro que tenía entre los labios—, ¿no has visto nada de nuevo?...

—Nada; dijo vivamente Augusto.

—¡Cómo! ¿Pues a qué hora has dejado al pintor?

—Cerca de las doce.

—¿Y no ha ido ninguna visita, no has visto allí ninguna mujer?

—No —dijo suspirando Augusto, porque su promesa le robaba un bello capítulo de murmuración.

—Es extraño, altamente extraño —murmuró Rafael—, ¡si no le amaré ya!

—¿Quién, querido?

—¡Eh! ¡Tú no entiendes de esto!...

—Gracias.

—Hombre, no te enfades; es que se trata de una aventura del pintor, que yo creí os daría hoy una escena.

—¡Ya! ¡Y por eso me instabas tanto a que fuera hoy y llevase a mi amigo!

—Por eso.

—Pues te has equivocado; Vallés pintaba solo, nos recibió en su estudio, y nada vimos.

Augusto había comprendido por las palabras de Rafael, que este sabía de una manera cierta que Mercedes debía ir a casa del pintor; ¿cómo y por qué lo sabía? Esto es lo que el joven se preguntaba, alegrándose mucho de no haberle dicho la verdad.

—Me complazco en creer que me he equivocado; no puedes tú comprender cuánto me alegro!

—Si no me dices el porqué de tu alegría...

—¡Pardiez! ¡Porque la amo!

—Mira, si tú tienes humor de hacer jeroglíficos, yo no lo tengo de adivinarlos; ¿a quién amas y qué es lo que estás diciendo?

—Amo a Mercedes, y me alegro de que no haya ido a casa del pintor.

—¡Diablo! ¡Y por qué debía ir a casa del pintor?

—¡Misterios!

—Pues hazme el favor de explicármelos, porque ese género no me gusta.

—Oye, querido; yo tenía dudas de que Mercedes amase al pintor; valiéndome de un medio, no importa cual, la hice comprender que el pintor necesitaba verla; cuando no ha ido, es una prueba clara y palpable de que no le ama.

—¡Bah, bah! ¡No te creía tan cándido! ¿Quién te dice que si no ha ido hasta las doce, no esté ahora allí?

—¡Oh, es verdad! Pero...

—¿Pero qué?

—En ese caso, ya no me sirve que haya ido.

—¡Hombre! ¿Y por qué?

—Porque ya no la veréis... —dijo imprudentemente Rafael.

—¡Ah! ¡Comprendo, comprendo perfectamente tu plan! Pero eso es indigno, Rafael.

—¡Bah!

—Sí, te lo repito, indigno; querías que la viese ese amigo del Conde, que por tu consejo he presentado al pintor... es decir, que yo he sido también uno de los instrumentos de tu plan.

—Querido Augusto, si se tratara de *vírgenes*, como las tuyas, yo te ayudaría; se trata de *mártires*, ayúdame tú.

—¡Eh, pardiez! ¡Tú no puedes ayudarme!

—Sí tal; y en prueba de ello, te daré una noticia; ¡el Vizconde del Villar ama a Elisa!

Augusto saltó violentamente en su asiento.

—¡Y Elisa le ama! —concluyó Rafael.

—¡Imposible! ¿Cómo sabes eso?

—Lo oí anoche; estaba yo hablando con la rubia Gabriela, ya sabes, el murciélago más bello de todos los murciélagos *de Flama*¹⁵, cuando el Vizconde pasó. Las compañeras de Gabriela se miraron maliciosamente.

«—¿Y Elisa? —preguntó una.

»—Ha ido a mudarse su falda de tul —contestó otra riendo a carcajadas—, ¡siempre la rompe!

»—¡Ya! ¡Por eso el Vizconde va todas las noches a verla mudar de vestido!

»—No seas maliciosa, Clara —dijo la que hablaba—; ¡el Vizconde a lo que va es a recomponerla el peinado!»

—Las muchachas reían a carcajadas, y yo sólo pude sacar en limpio —acabó Rafael—, ¡que la señorita Elisa te engaña miserablemente!

—¡Oh, si tal supiera!

—¡Ya lo sabes!

—Lo dudo.

—Haces bien; ¡la fe es una virtud adorable!

—En fin, ¿en qué puedes tú ayudarme?

—Yo puedo saber por Gabriela todo lo que haga tu *virgen Elisa* —dijo riendo Rafael.

—¡Bah! ¿De qué me servirá? ¡Esa Elisa está loca, y lo mejor es dejarla!

—¡Pronto renuncias a ella!

—¡Qué quieres! ¡Estoy enamorado en serio!

—¿De la otra *virgen*?

—No te burles, Rafael, porque tratándose de ella no lo permitiré. —¡Oh! no temas; la conozco y sé que vale mucho, pero que nunca te amará.

—¿Qué! ¿la conoces? Entonces vas a decirme quién es.

—No, porque puedo engañarme en mis conjeturas; pero si fuera lo que yo pienso...

—¿Qué?

—Perdías el tiempo.

—Lo veremos.

—Por visto; tú no puedes enamorar a una mujer así.

—¿La enamorarías tú?

—Mucho menos; es una de esas mujeres que llevan un ideal en el fondo del alma, y son capaces de morirse solteras si no lo encuentran.

—¿Quién te dice que el ideal de Luisa no se parezca a mí?

—¡Oh! ¡Es cosa clara! Nosotros vivimos alegremente, buscamos a través de la vida el placer, como el minero busca a través de las capas de la tierra la veta de oro; esas mujeres soñadoras quieren hacer del amor, no un placer, sino un ídolo eterno; ellas idealizan el deseo: en fin, ellas no sirven para nosotros.

—Será preciso que Luisa me admita tal cuál soy, porque la amo.

—Me alegraré de ello, pero resulta que hoy tenemos una baraja de mujeres en esperanza, y ninguna en realidad; en fin, ¡viva el amor! Hazme el favor de llamar y pediremos botellas para brindar por nuestra futura dicha.

—¡Ese es el pensamiento más acertado que has tenido hoy!

XVIII

capítulo UNA MUJER DÉBIL

La Condesa de San Esteban dio al cochero las señas de la casa de Luisa, después de haber dejado en la suya a la jovencita que la acompañaba.

Luisa escribía en un pequeño cuaderno cuando entró Mercedes.

Siguiendo el impulso de su noble corazón, dejó la pluma y corrió a abrazar a su amiga.

—¡Mercedes, mi querida Mercedes, tú aquí! Pero, ¿qué tienes, estás enferma?

Mercedes se dejó caer en una butaca y comenzó a llorar.

—¡Dios mío! ¡Qué te pasa! —exclamó Luisa, que había olvidado por completo sus quejas de Mercedes, para sentir su dolor,

—¡Soy muy desgraciada!

—Pero ¿qué tienes!

—Ante todo, Luisa, perdóname; he sido loca e ingrata al querer disputarte la dicha.

—¡Ah! ¡Ya lo he olvidado! ¡Dime por qué lloras!

Y Luisa, arrastrando un almohadón, sentose a los pies de su amiga, tomando sus manos.

—He sido objeto de una indigna burla!

—¡Tú!

—¡Sí, yo!

—¿Cómo?

—Ayer recibí esta carta —y la Condesa dio a Luisa la que había creído del pintor.

—Esta letra no es de Federico —dijo Luisa mirándola con atención.

—Así me lo ha dicho él.

—¿Has ido, pues? —dijo Luisa palideciendo.

—Sí; ¡no te he dicho que estaba loca!

—Y bien —preguntó Luisa alentando apenas.

—¡Oh! ¡Te aseguro que he sufrido tanto, que me he curado de mi loco amor!

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Ese pintor —dijo con acento resentido Mercedes—, me ha negado que haya escrito esta carta; ha estado tan frío, tan poco atento, que casi me ha humillado.

—¡Oh! ¡El descortés!...

—No, tanto como descortés, no; pero me ha herido en mi orgullo, en mis sentimientos... lo que en esa carta se dice era una verdad... la *Santa Cecilia*, que es magnífica, no tiene aún bosquejado el semblante, y muy bien pudo indicarme, aunque no sucediera, que le era grato reproducir el mío.

Luisa, que sentía una vivísima alegría, a duras penas contenida, dijo a Mercedes procurando alejarla de aquellos pensamientos:

—Como tú no lo hubieras consentido, lo mejor era no solicitarlo; ¿y Alejandro?

—¡Oh! le llamaré; necesito que nos vayamos de este maldito Madrid, y además, estoy enferma.

—¡Enferma! ¡Por qué no me lo has dicho, yo te habría acompañado!

—Gracias, mi querida Luisa, te confieso que no puedo estar más tiempo sin Alejandro y sin ti; sois necesarios a mi vida, como si en vosotros se sostuviese.

Luisa abrazó a su amiga y la besó en la boca¹⁶.

Mercedes volvió a echarse a llorar.

—¿Por qué lloras?

—¡Oh! ¡Soy muy desgraciada! nadie me quiere; ese hombre, al que yo amaba, me desprecia; Alejandro no me amará ya, y tú, hasta tú, debes odiarme.

—¡Oh, no! Mercedes mía, yo te quiero, Alejandro te amará como siempre, y tú volverás a ser feliz, desechando tus quimeras.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamaba la débil Mercedes—; ¡qué cara cuesta la felicidad!

—¡Oh, no digas eso, tú, que la tienes en tu mano! ¡Tú, que eres bella, rica y amada!

La felicidad es fácil, cuando la razón nos guía, imposible cuando nos abandonamos a nuestras pasiones.

—¡Pues bien, aconséjame tú lo que debo hacer!

—¡Cómo! ¿Lo dudas acaso? Escribe a tu marido, dile la verdad, busca a su lado toda tu dicha y habrás cumplido con tu deber.

—Sí, tienes razón, llamaré a Alejandro; Dios quiera que oiga mi voz.

—No lo dudes; ¡él conoce más que nadie la bondad que encierra tu corazón!

—Adiós, pues, y ve a verme mucho, porque, te lo aseguro, estoy enferma y tu cariño me consuela.

—¿Quieres quedarte hoy conmigo?

—No; tengo que escribir a Alejandro.

Y la Condesa de San Esteban besó a su amiga y volvió a tomar su coche, dirigiéndose a su casa.

capítulo XIX REACCIÓN AL BIEN

Mercedes llegó con la cabeza desvanecida.

Aquella intriga ridícula, en la cual sólo se había tratado, al parecer, de comprometerla, fatigaba su imaginación al intentar investigarla.

Sentía el mareo del vacío, la angustia del cansancio.

Recordaba con pena sus días de calma, sus tranquilos goces, el cariño de su esposo, que la rodeaba como un velo de seda que le impedía fijarse en las miserias exteriores.

La soledad la abrumaba; estaba enferma de alma y de cuerpo.

Aquel hombre tan amado, aquel artista al que había consagrado en el fondo de su alma un culto magnífico, se le aparecía como el más indiferente de cuantos la conocían, rechazando hasta su imagen, que ella, ¡loca! casi le había ofrecido para ornar su cuadro.

—Quizá, pensaba en su inquieta impaciencia, ha creído esa carta un pretexto para acercarse a él, y a estas horas me desprecia.

Al pensar en esta idea, su frente se enrojecía y sus labios temblaban: el orgullo vencía al amor.

Desfallecida aún, temblorosa y con la frente cubierta del carmín de la indignación, tomó la pluma para escribir a su esposo.

Alejandro, como han visto ya nuestros lectores, estaba en Madrid, pero ella no lo sabía.

El pobre celoso se había ocultado en casa de su amigo, para seguir con la mirada y con el pensamiento las acciones de aquella que le pertenecía, sujeta de este modo a una prueba decisiva.

El Conde había escrito a su mujer enviándole la dirección con que podía escribirle, si algo deseaba, y asegurándole que volvería a su lado tan pronto como ella lo necesitase.

La carta enviada a Francia, y puesta allí en el correo por un amigo del Conde, traía el sello de París, y Mercedes no pensó ni por un momento en que su esposo estuviese tan cerca de su casa.

Le escribió, pues, y como estaba afligida, como las lágrimas apagan el orgullo, y alejan la indiferencia, le escribió una carta afectuosa, tierna, triste y sentida.

Mercedes pedía a su esposo que volviese a su lado, le aseguraba que estaba enferma, que su ausencia la dejaba en una soledad tan grande, que su alma se ahogaba en llanto sin tener a quien buscar para que le calmase.

«Estoy muy enferma, añadía, y no comprendo esta enfermedad lenta y tenaz que me molesta más cada día; el sueño se aleja de mí, apenas como, siento extraños vértigos, el doctor a quien he hecho llamar, se ha sonreído con malicia y me ha indicado que debes volver».

Mercedes escribió aún mucho más; la pobre niña gozaba al dirigirse a un ser querido, pues le parecía que no estaba tan sola hablando con él.

Felizmente, las afecciones culpables, las que no están basadas en un lazo sagrado, tienen una vida efímera, que acaba por la reacción al bien.

Dejémosla, para volverla vista a los héroes de nuestra historia.

capítulo XX FEDERICO

El artista, preocupado e inquieto después de la visita de Mercedes, quiso en vano continuar pintando.

La inspiración había huido, y dejó los pinceles, meditando en quién podría ser el autor de aquella pesada broma.

El alma noble de Federico se revelaba altiva y digna contra una miserable intriga, en que se jugaba la honra de una mujer.

Porque Federico no dudaba de que aquella extraña carta tenía relación con la inesperada visita de Augusto, y en la posibilidad de que la Condesa hubiera ido sola, seguramente habrían conseguido su objeto. Pero ¿cual era este objeto?

Instintivamente se acordó el pintor de la turbación de Mercedes, de sus palabras; recordó también algunas bromas de sus amigos, y creyó descubrir la clave de la misteriosa ausencia de Luisa, ausencia sólo verdadera para él, pues no había dejado Madrid.

Entonces comprendió que había querido someterle a una prueba, y sonriendo triunfante se decidió a escribir a su amada.

A un novelista le está permitido ser curioso, y aprovechar para con sus lectores su curiosidad, contándoles cuanto vea; vamos a contar a los nuestros, que suponemos muy benévolos, lo que el artista escribía.

«Me he resignado, Luisa mía, a la dolorosa prueba a que has querido someterme, y me he resignado sin violencia, porque tu voluntad es todopoderosa para mí, y siento como una especie de extraño placer en sufrir por tu deseo; pero permíteme, mi dulce amiga, que me rebele hoy contra tus órdenes y te escriba, pues es absolutamente preciso que yo te hable.

«¡Tengo celos! ¡Unos horribles celos que desgarran mi corazón! Un hombre acaba de hablarme de ti!... ¡ese hombre te ama!...

«Yo he sufrido una tortura tan grande al oírle, que tenía que pensar siempre en que esto acabará pronto, en que yo te ocultaré a todas las miradas para que no se alarme mi pensamiento y no sufra mi corazón.

«¡Los celos! ¡Qué cosa tan horrible!

«¿Por qué olvidaría Dante, en su *Infierno*, ese tormento, el más grande de todos?

«Pienso a veces, Luisa, que la civilización es para el hombre como las ligaduras invisibles que le sujetan, y llegan a impedir la explosión de sus sentimientos.

«En un país salvaje, por ejemplo, un hombre que hubiera sentido algo de lo que yo he sentido, se habría lanzado sobre su enemigo, y con la fuerza de su rabia le hubiera despedazado, clavando las uñas en su pecho y mordiéndole como un tigre el corazón.

«¡Yo he tenido que sonreír a ese hombre, y he estrechado su mano!

«¡Ah! ¡Con qué compensa la sociedad los sacrificios que impone!...

»Algo de mi dolor, Luisa, se volvía contra ti...

»Yo no te culpo en que me ames con excentricidad... a tu manera, que no puede dejar de ser adorable; pero yo no quiero, entendiéndolo bien, ¡yo no quiero que cuando te ocultas de mí te dejes ver de otro hombre!

»¡Ese hombre, Luisa, me ha hecho sufrir todos los ¡tormentos del infierno al hablarme de ti!

»Él, con un entusiasmo enteramente pagano, me describía tu linda figura, acariciando línea por línea, deteniéndose en los contornos, analizando las bellezas...

»Él me ha descrito el color de tus ojos, la gracia muelle y suave de tus movimientos, la pura forma de tu frente, la pequeñez adorable de tu mano.

»Él ha pronunciado tu nombre... ese nombre que yo sólo desearía oír sobre las arpas de oro de los querubes entre los coros del cielo; ese nombre escrito en mi alma con rayos de luz, y que yo leo sobre la página celeste del firmamento, formado con las estrellas más puras!

»Me ha hablado de tu boca... ¡ah! ¡No sé cómo he podido contener la rabia de mi corazón!...

»Su pensamiento, vagando en torno de tu ser, profanaba su pura idealidad, y he tenido que pensar mucho en lo inconveniente de mi agresión, para no ahogarlo en aquel momento.

»En fin, Luisa, mi querida amiga, tú no querrás enviar a mi espíritu estas luchas que le fatigan, que le gastan, porque en uno de esos momentos se vive un siglo; tú no darás a mi corazón, en cambio del amor que te ha ofrecido, la agonía de los celos, de la ausencia y la soledad.

»Mi amor es tan grande, que no teme las pruebas; pero cese ésta ya, que hace temblar todas las fibras de mi corazón.

»Yo, Luisa, creo en ti con la misma sencilla fe con que creía en mi madre, y no comprendo tus dudas.

»Yo creo que al amar como yo te amo y como creo que me amas tú, la duda es imposible.

»Somos dos almas que se buscaban, y al encontrarse se unen por esa atracción viva y simpática que las ha impulsado la una hacia la otra hasta confundirlas en un todo completo.

»Somos dos seres que se reconocen sobre la áspera senda de los dolores humanos, y quieren ocultar su dicha por temor a que el soplo de la envidia apague la luz purísima que irradia de nuestras almas.

»¿A qué levantar imposibles entre nosotros, si nuestra vida es ya una sola, y confundidos están nuestros pensamientos?

»¡Luisa! ¡Luisa! mi dulce tirana, mi ingrata adorada, abrevia esta prueba, ya es tiempo; te aseguro que la vida de mi espíritu: se sostiene de tus palabras, de tu recuerdo, de tu amor.

»Si te alejas, si esa vida me falta, mi alma me abandona... ¿adónde va? No lo sé; sin duda obedece a un mandato de la tuya, sin duda va a recibir sus órdenes... tú debes sentir la aproximación de mi alma que vuela hacia tu ser, porque cuando vuelve a animarme, viene llena de ti, perfumada en tu recuerdo...

»Luisa, reflexiona, por Dios, que la voluntad se dobléa ante el sentimiento, que yo quiero esperarte, más no puedo... que tengo ideas de buscarte... de romper ese dulce misterio que te aleja de mí; de reclamar mis derechos, porque yo te amo, y mi amor no merece el tormento a que le condenas.

»Si deseabas conocer tu influencia sobre mi voluntad, ya la conoces; si dudabas de mi fe en ti, ya puedes creer; si acaso tú también tenías celos, ¡ya deben haberse desvanecido!

»Por piedad, dime una palabra, dame una esperanza, mira que esta expectación de dichas y dolores en que sumerges mi alma gasta su vida, y si prolongas la prueba, puede suceder que esa vida se agote... y entonces ¡ay! de nada servirá que el amor quiera envolverla en sus galas, ¡como de nada sirvió al loco rey portugués que nos pinta Camoens, revestir el cadáver de su dama, Inés de Castro, con el manto real para sentarle en su trono!

»Ve, Luisa, que es mi vida lo que decides; que tienes mi corazón en tus pequeñas manos, y que bastaría un movimiento brusco de ellas para que cayese en tierra.

»Ve que tengo celos, que te amo, y no puedo, no quiero esperar más.

FEDERICO»

El pintor envió esta carta con la misma dirección que siempre, y con una ansiedad, con una impaciencia que sólo comprenderá el que la haya sufrido, esperó la respuesta.

Hemos leído una graciosa idea en un libro francés, acerca del *tormento del correo*, que sólo comprenden los enamorados, o las madres que esperan noticias del hijo ausente.

Pocas personas ven sin estremecerse a esos repartidores de consuelos y desesperaciones, que impasibles siempre no avivan su paso porque se les espere, ni se ocupan de la impresión que inspiran.

Dice el libro francés a que nos referimos, que «en el purgatorio debe haber también un cartero, que vaya con su calma de costumbre, y su cartera debajo del brazo, repartiendo a las almas la orden de ir al cielo».

Como tiene poco encanto presenciar la impaciencia, la agitación del que espera, dejemos a Federico, para hallarle de nuevo al recibir la carta de Luisa, que leeremos con él.

capítulo **XXI** LA CARTA DE LUISA

»Yo he pensado al recibir tu carta en la dicha celestial que deben sentir los espíritus puros que rodean a Dios, cuando un alma que ha resistido las pruebas de la vida encerrada en un cuerpo mortal, vuela a su divino centro.

»¡Qué angélica dulzura, qué calma, qué beatitud para el espíritu, qué alegría para el corazón!

»No te diré cual era la prueba de que has salido triunfante; hay palabras que queman los labios; sólo puedo decirte: nada se opone ya a nuestro amor; ¡ni el ala de una mariposa podría interponerse entre nuestros corazones!

»¡Has tenido celos!

»Yo también...

»Yo he llorado de dolor y de rabia, sabiendo que el pensamiento de otra mujer te seguía... y ese pensamiento tomaba para mí una forma, ¡y en vano quería dejar de verle!

»Como el fantasma de Macbeth, me seguía a todas partes, y mi alma rugía de dolor; y hubiera querido despedazarle.

»¿Has hallado larga tu prueba?...

»¡Ah! ¡La mía lo ha sido infinitamente más!

»¡El que sabe que el peligro existe, sufre mil veces más que el que pasa junto a él tranquilo, sin sospechar su proximidad!

»Es muy peligroso, mi querido Federico, poner toda la vida en un sentimiento; ¡es confiar al azar el porvenir!...

»Yo me preguntaba frecuentemente qué habría sido de mí si tu corazón hubiese vacilado...

»¡Ah! olvidemos, olvidemos estos días, tan tristes y tan gratos, puesto que ellos confirman mi esperanza y hacen de un dulce sueño una bella realidad.

»Hablemos de ti.

»¿Falta mucho a tu admirable obra, mi querido artista?

»¡Háblame de *Santa Cecilia*, yo la amo, y ruego a su pura memoria que guíe tu pincel e inspire tu corazón!

»¿Es muy bella?

»Describemela...

»Yo me extasíé ante ella tal como la finge mi pensamiento...

»Yo creo que en tu obra hay algo mío...

»¡Qué vanidosa! exclamarás tú.

»¡Ah! no es vanidad, es amor.

»¿En qué idea mía, en qué ficción de mi alma, en qué sueño de mi pensamiento no habría algo de Federico?...

»Yo no quiero que mi egoísmo robe a las artes tu pincel.

»Nos aislaremos, nos ocultaremos donde tú quieras, pero en nuestra soledad seguirás pintando y escribiendo, y yo continuaré alegrando nuestro nido con la música, que, tan oculta, y más feliz que los ruseñores que le cerquen, seguiré improvisando para ti.

»Hay en la vida, por más que la compartan dos seres inteligentes y enamorados, algo de tan estúpidamente material, de tan brutalmente grosero, que extiende como una niebla pesada y molesta, sobre las más altas inteligencias, inspirándolas ese cansancio que se llama hastio; los corazones más nobles, las almas más grandes, las inteligencias más claras, son siempre las que con más facilidad se cansan... esa inestabilidad de impresiones y deseos es natural; el genio vuela en tanto que el cálculo se arrastra, el talento llega más pronto a tocar la meta de sus aspiraciones; a su pesar, analiza su deseo, y de ahí el desencanto, de ahí la versatilidad que le es propia.

»Sólo una medianía acepta una situación *para siempre*, y en su vulgar rutina no se cansa.

»Porque le es, imposible ver más allá, porque su misma nulidad es una especie de coraza contra las impresiones que agitan a la inteligencia suprema.

»Ahora bien, para no cansarse, para no ver caer una a una las bellas flores de la fantasía, es preciso sobre la vida real crear otra vida, y embellecer la realidad con los reflejos de la ficción.

»Para que tu pensamiento de artista se detenga en mí, no como en un modelo que te inspire, no como en una belleza que hayas podido soñar, sino como en una necesidad de tu vida, como en el aliento de tu ser, es

preciso, que no sólo se interese en ello tu corazón, sino tu vanidad, tu deseo y tu esperanza.

»El más grande amor adquiere por la costumbre una forma, y entonces se materializa, el éxtasis pasa; la costumbre, la brutal costumbre, mata antes de nacer aquellos dulces y caprichosos deseos que semejaban mundos de oro sobre espacios purísimos; la ilusión, con su falange de espíritus invisibles huye, y la verdad, severa y grave, con su ropaje blanco, aparece allí donde brillaban luces fugitivas, estrellas ideales, flores de aroma celestial.

»Dice Madame Staël, que es dichosa, mil veces dichosa, la que dulcemente y sin sentirlo va pasando de una manera insensible del amor a la amistad, sin transiciones bruscas, por esa rápida y suave pendiente, que se llama costumbre.

»¡Ah! si ello es preciso, yo quiero retardar ese momento cuanto me sea posible.

»Yo, siendo tu esposa, te amaré de una manera tan nueva, que jamás se parecerá mi amor a ese amor de todas las mujeres...

»He observado siempre que una mujer, para casarse, como si hubiera de ganar una batalla decisiva, pone en juego todos los medios de que puede disponer, y luego, ya ganada, a su parecer, se abandona y deja escaparse una a una todas las armas que le aseguraban la victoria.

»Yo, jamás obraré con ese imprudente descuido.

»Retener el amor de un hombre, y de un hombre de genio, es tan difícil, que a nada puede compararse.

»¿Por qué medios sostener su ilusión florida y vaga, por qué medios encadenar su volandero pensamiento, y cómo encerrar en el círculo de un solo amor ese corazón gigante que ansia mundos desconocidos, sentimientos más grandes para embriagarse en lo nuevo?

»Es preciso, pues, al sentimiento siempre igual, revestirle de algo tan caprichoso, tan bello, tan puro, que le atraiga; ¡es preciso luchar contra lo pequeño, contra lo mezquino, y vencer!...

»Las costumbres modernas, la civilización, la religión sobre todo, han suavizado la forma exterior del hombre, han sujetado al gigante con ligaduras invisibles, y vencido, pero no domado, baja su orgullosa cabeza y acepta la ley que se le impone; pero él es siempre un rey despótico, una especie de sultán del corazón, que pide, que domina, que manda y ordena.

»Es verdad que manda rogando, es verdad que se impone de rodillas, es verdad que sus órdenes son una súplica, pero tanto más imperiosa cuanto más dulce es su fórmula.

»¡Nada hay más exigente que el corazón del hombre enamorado!...

»¡Qué egoísmo tan sublime el suyo!

»¡Él, siempre él!

»Si pudiera el que ama formar un nido en una nube para esconder sus amores!...

»¡Hay algo de instinto salvaje en el fondo de todo amor!...

»Algo de una avaricia insaciable.

»Algo de una sed devoradora.

»Pero como yo quiero eternizar tu amor; como yo, llevando mi avaricia mucho más lejos, no sólo quiero vida para hoy, sino para *mañana*, he aquí porqué voy a guardar cuidadosamente mi tesoro de ternura; ¡he aquí porqué en vez de prodigar mis sentimientos quiero concentrarles!

»¡Veo desde aquí que buscas con ansia en mi carta algo de éxtasis, algo de ese sueño de gloria que inunda mi corazón!...

»¡Ah! ¡Ese es uno de mis recursos!...

»Yo, mi querido artista, tengo miedo de mi propio sentimiento, y me complazco en ser un poco pedante, por esa admirable compensación que pone lo ridículo tocando lo sublime.

»Yo no quiero dejar en plena libertad mi pluma...

»¡Dios mío! ¡Si ella lo escribiese todo!...

»¡Cuántas palabras de nuestra hermosa lengua se deberán a los enamorados!...

»El amor es *creador*.

»Toda grande idea ha brotado entre los resplandores de ese fuego dulcísimo que ilumina sin quemar.

»Dante buscó para Beatriz un lugar en el *cielo*, en el *infierno* y en el *purgatorio*, ¡y halló, al fin, que el cielo de una mujer amada es el alma del que la amó!

¿Para qué mujer crearía Cervantes ese mundo del talento que lanzó a la admiración de todos los siglos?...

»¿A quién amaría Murillo?...

»Preciso es que Cristóbal Colón pensara en una mujer al buscar un nuevo mundo entre las olas no holladas jamás.

»Porque sólo la idea del amor compartido, que sostiene, que impulsa, puede despertar en el corazón del hombre el genio, el entusiasmo y el valor.

»Es decir, esas tres palancas poderosas que pueden remover el mundo, ¡sin más punto de apoyo que el corazón!...

- »El amor es todo...
- »Por eso decía un malogrado poeta:
- »"Una explosión de amor dio vida al mundo; otra después le redimió del crimen".
- »Soy tan feliz, que me permito estas disertaciones amoroso-filosóficas.
- »Entra en mi plan, mi querido artista, hacer grata a tu pensamiento la impaciencia.
- »Me verás pronto, si; yo lo deseo tanto como tú...
- »Pero aún es preciso esperar...
- »Tu carta me sorprende...
- »Dices que hay un hombre que *me ha visto*...
- »¡Cómo! ¿Hay en el mundo otro hombre que tú? ¡No lo sospechaba!...
- »Mi querido celoso, yo adoro tus celos, ellos me ilustran acerca de muchas cosas...
- »Ese hombre debe saber que hay en la tierra puntos inaccesibles...
- »Escribeme ya; mi ausencia ha terminado.
- »No temas que puedan verme; jamás se está más solo que entre una multitud si ésta no contiene una persona amada.
- »Yo siento tu mirada arder, a pesar de la distancia, fija en la mía; ignoro si hay en el mundo otros ojos que los tuyos...
- »No temas, no dudes, tú y sólo tú; tú y siempre tú.
- »La que te ama a ti, está muerta para todo lo que no eres tú.

»Háblame de tu cuadro.

»Hasta muy pronto.

»Te ama,

LUISA»

capítulo XXII UN MARIDO GENEROSO

Algunos días después de escribir Mercedes su carta, el Conde llegaba a las siete de la mañana a su casa y subía rápidamente, sin hacer gran caso de las felicitaciones del portero, que le saludaba aún con grandes reverencias, cuando había totalmente desaparecido.

Mercedes dormía a la sazón, y Alejandro no quiso despertarla.

Entró a sus habitaciones, donde todo estaba en orden; se enteró hábilmente por los criados de las costumbres adoptadas por Mercedes en aquella temporada, y no pudo menos de sorprenderse de su soledad y tristeza, que atribuía a su ausencia. El Conde, encontrándose mil veces más triste y más inquieto lejos de su casa, había vuelto a España pocos días después de haberla dejado, ocultándose en Madrid, para poder seguir de cerca a su esposa, pero nada vio que confirmara sus sospechas.

Hacia dos días que César recibió un misterioso aviso de que iría Mercedes a casa del pintor, y a ruegos de Alejandro que ansiaba saber la verdad, se hizo presentar a él.

Alejandro no supo que Mercedes había ido, porque César, con una generosidad que es natural a los nobles corazones, le ocultó que había visto a su esposa.

El Conde esperó en el tocador de Mercedes a que esta despertase.

Algunas horas pasó así; cuando se oyó la campanilla del cuarto de la Condesa, un estremecimiento poderoso agitó su ser.

Le parecía que despertaba algo dormido dentro de su alma, y se puso muy pálido.

Algunos momentos después, Mercedes, envuelta en un largo peinador de batista, forrado de seda blanca, apareció en el gabinete.

No era ya la rubia risueña y rosada que Alejandro conocía.

Era una mujer muy bella, pero grave, pálida y seria.

Su boca tenía como una expresión de cansancio y dolor.

Sus lindos ojos azules estaban sombreados por profundas ojeras. Su talle había perdido su esbelta gentileza; a pesar del holgado peinador, se advertía en ella algo que revelaba ese estado excepcional, tan doloroso y tan grato para la mujer.

Sus movimientos tenían una languidez encantadora; parecía que vacilaba al andar.

Mercedes nada sabía de la vuelta de Alejandro, y al verle lanzó tan intenso grito de alegría y corrió a él de tan suerte, que Alejandro la recibió en sus brazos.

Su débil carácter, que en fuerza de ser débil la hacia parecer vehemente, se demostró al abrazar a su esposo, en un llanto continuo y ruidoso.

Alejandro la hizo sentar y se sentó junto a ella, pero Mercedes, profundamente conmovida, avergonzada de sus locos sueños, se alzó de su asiento y volvió a ceñir con sus brazos el cuello de su esposo, salpicando su rostro con las lágrimas que vertía.

Alejandro, temblando de emoción, loco de alegría por aquella explosión de cariño que no esperaba, la sentó en sus rodillas y comenzó a acariciar su linda cabeza.

—Tranquilízate, Mercedes mía, ya estoy a tu lado.

—¡Ah! ¡Sí! Ya no me dejarás más, —decía ella riendo y llorando—; yo no quiero que me dejes.

—¡Oh! Por mi parte no tengo el menor deseo de que eso suceda, pero cálmate al fin.

Mercedes secó sus lágrimas, echó hacia atrás la madeja de cabellos rubios que acariciaba su cuello, semejante a un collar de hebras de oro, y volvió a abrazar a su esposo.

—Estás más delgada y pálida, hija mía; ¿has estado enferma?...

—Lo estoy, —dijo Mercedes poniéndose encendida y bajando la cabeza.

—¿Qué tienes?...

Una hechicera confusión bañó su dulce semblante con un reflejo de rosa.

Dudó, y al fin inclinándose hacia Alejandro murmuró algunas palabras.

—¿Qué dices? —exclamó éste con ímpetu, estrechándola vivamente contra su corazón—; ¡Dios mío, es posible! Y yo que no lo sospechaba, que he estado un mes lejos de ti, huyendo de no sé qué locura, sin saber que me esperaba una dicha tan grande... dime que no sueño... pero ¿por qué no me has llamado antes?

—Hasta hace poco no lo he sabido.

—Y, dime, —dijo Alejandro besando su frente, y con ese impaciente deseo que agita el corazón ante la dicha—, ¿tengo que esperar aún mucho tiempo para ver a mi hijo?

—Según el doctor, que me hizo ayer una larga explicación de todo lo que sufro y lo que aún tendré que sufrir, tres meses.

—¡Ah! que largos van a parecerme; es preciso que te cuides mucho, y yo me encargo de ello.

Mercedes guardó silencio.

Se conocía que luchaba con el deseo de una explicación, y que no se atrevía a provocarla.

Alejandro quería huirla; presentía que había de serle dolorosa.

—Alejandro —dijo ella al fin—, quiero pedirte que me perdones... he sido ingrata y loca, y Dios me ha castigado con tu ausencia.

—¿No lo eres ya? —dijo Alejandro con algo de emoción.

—¡Oh, no! Ya sólo quiero a ti y a nuestro hijo, murmuró bajando los ojos, perdóname por él.

—Jamás te he culpado, querida mía —respondió él generosamente—; el espíritu tiene también sus enfermedades... una pasión imposible es la peor de ellas... pero si te has curado, si vuelves a mí pura y cariñosa, después de haber triunfado en la lucha contra tus propios sentimientos, yo te recibo lleno de alegría, y bendigo a Dios por la nueva dicha que con tu cariño me ofrece.

—¡Ah! sí; como tu dices muy bien, era una enfermedad... gracias a Dios, he conocido mis deberes y mi felicidad, y no volveré a perderla.

—No hablemos, pues, más de ello, descansa y tranquilízate; ¡ya estoy para siempre a tu lado!

XXIII

capítulo INFLUENCIA DEL AMOR

Federico leyó la carta de Luisa muchas veces, para convencerse de que no soñaba; de tal modo llenaba su corazón de alegría la seguridad de aquel amor que había llegado a ser el solo objeto de su vida, que pasó muchas horas aspirando el perfume de aquel papel que había rozado una mano tan querida, besando aquellas dulces palabras, embriagándose, en fin, en sus esperanzas.

Después de pasar aquel éxtasis, volvió a trabajar en su cuadro con ardor. Pasaba algunas horas en el Museo contemplando la Virgen de Rafael, y hallaba, en efecto, un vago parecido entre la imagen creada por el gran pintor (que es quizá el solo genio que ha cruzado por el mundo sin ser horriblemente desgraciado, y acaso por eso tienen sus obras esa dulzura plácida y risueña, esos tonos suaves, que parece han debido templarse en el alma tranquila de su autor), y entre la mujer que sólo un momento había podido contemplar con el deslumbramiento que su vista le produjo.

Pero si en las facciones hallaba parecido, no lo hallaba en la expresión...

La virgen de Rafael tiene una mirada cándida y tranquila, una sonrisa iniciada apenas, y una expresión de alegría celestial, al estrechar contra su pecho a su divino hijo.

Luisa tenía la mirada más altiva, los labios entreabiertos, más sensuales, más voluptuosos; la frente menos cándida y más ardorosa.

Luisa era una virgen pagana, una soberbia hermosura, que nada tenía de humilde y modesto.

Federico, reuniendo sus recuerdos y ayudado prodigiosamente por su corazón, trazó inspirado y vehemente la cabeza de Luisa.

Su frente ardía, sus manos temblaban de una manera leve, su aliento abrasaba, en tanto que volaba el pincel, dando forma a los contornos de aquella hermosa cabeza.

Encerrado en su estudio, en el cual estaba prohibida en aquellos momentos la entrada a todo el mundo, Federico creía soñar al ver surgir sobre el lienzo aquel semblante tan acariciado por su memoria.

Parecía que un genio benéfico guiaba su mano.

No había un solo detalle que desperfectonase aquel admirable conjunto.

Santa Cecilia estaba acabada y era una obra maestra.

El pintor la contemplaba ebrio de orgullo y de alegría.

No se explicaba a sí mismo cómo había dibujado aquella cabeza, las líneas vigorosas y purísimas de aquella frente, la mirada admirable de aquellos ojos suavemente inclinados, que parecían copiados de las Madonas del Correggio; aquel cuello suelto y gracioso, aquellos negros rizos, entre los cuales se deslizaba la corona de rosas con una gracia enteramente mundana, pero con una naturalidad tan artística, tan bella, que parecía que aquellas flores, mal prendidas, vacilaban

sobre tan linda cabeza; la boca parecía contener un suspiro, y había en aquellos labios una expresión tan virginal, una ternura tan dulce, que atraía.

Los ojos bajos templaban el ardor de la mirada, y la boca sonriente animaba aquella modesta expresión; era un efecto admirablemente combinado.

La influencia del amor había inspirado al genio, el genio había obedecido a su impulso gigante y había creado una maravilla.

Cuando el artista pudo darse cuenta de su obra, se admiró; le parecía que había pintado soñando, que aquella obra no le pertenecía, que había sido el mero agente de un espíritu invisible oculto en su ser.

Bajo la influencia de esta idea escribió a Luisa.

Estaba orgulloso de su obra.

No tenemos valor para dejar de copiar su carta, por más que el género epistolar acaso fatigue a nuestros lectores.

Vedla aquí:

«¡Luisa! ¡Luisa! ¡Mi obra está acabada!

»Gracias a ti, mi nombre va a rodearse de esa aureola de gloria que sueña mi pensamiento.

»Porque mi cuadro, ese cuadro inspirado por tu recuerdo y creado bajo la influencia vivificante de tu amor, tiene algo de tu espíritu, algo de tu alma, y ese reflejo tuyo que flota sobre él, le avalora y le perfuma.

»Gracias, Luisa; no sólo das vida a mi ser, vida a mi corazón, sino que das también a mi espíritu la vida del tuyo, y le haces seguirte hasta esos mundos de idealidad extraña, donde se baña en luz para traer un rayo de ella sobre la vida.

»En tanto que mi mano guiaba el pincel, mi alma volaba lejos, muy lejos, a un cielo sin duda, pues allí estabas tú; y el magnetismo de tu espíritu se imponía al mío, que obedecía... mi obra es tuya, yo sólo he hecho el trabajo mecánico, yo sólo he mezclado los colores: su vida, su luz, su esencia, la ha recibido de ti.

»¡Qué feliz soy! El amor y la gloria forman las dos brillantes alas del ángel de mi esperanza... Mi porvenir es hoy la dulce realidad de un sueño, del sueño delicioso que ha sostenido mi ser. Descendamos, Luisa, sobre la tierra, dejemos por un instante nuestro edén y hablemos seriamente del porvenir.

»Tú sabes que yo soy pobre; con el trabajo de mis pinceles apenas tengo hoy para formarte un lindo nido, donde ocultemos nuestra dicha y nuestro amor; yo no sé nada acerca de tu posición, deseo que seas pobre también, pues trabajar por ti y para ti es una felicidad que yo espero me sea concedida.

»Óyeme bien, mi querido ángel, pliega por un momento las alas sobre nuestro pobre planeta, y obliga a tu pensamiento a detenerse en las cosas materiales.

»Yo sé que tu corazón es mío, que para nada influirá en ti que yo tenga o no un poco de dinero; pero hay en la vida mil necesidades que le hacen preciso...

»Yo trabajaré para que nada te falte, y yo te juro que no te faltará; pero ¿no recordarás tú algún día con pena la posición que vas a dejar por seguirme, no sufrirás alguna vez al verte lejos de todo cuanto amas y conoces, no culparás mi egoísmo porque te robe a todo, guardándote para mí sólo?...

»Piensa, Luisa mía, que vas a unir tu destino a otro destino; piensa que vas a abdicar tu libertad en el porvenir.

»Yo seré muy exigente para pedirte amor; yo quiero que seas mía, ¡y que lo sean tu alma, tu vida, tu espíritu y tus sueños!...

»Yo no conozco tu carácter, pero él debe ser adorable; sin embargo, ten en cuenta que tu voluntad va a someterse a otra voluntad, que tu vida va a unirse a otra vida.

»Yo bien sé que tu *dueño* será muy feliz con que le permitas besar de rodillas tus lindas manecitas, y que el no espera otra recompensa que una sonrisa de tus labios.

»Yo bien sé que el corazón que ama es muy indulgente, que el tuyo me perdonará esas mil exigencias que el amor inspira, pero no se debe abusar de esta indulgencia, y yo quiero preguntarte antes; ¿tu razón será tan indulgente como tu corazón, y tú me amarás siempre?

»Yo trabajaré para que el nido en que te oculte esté forrado de seda, para que las flores le embalsamen rodeándole, para que el aura que en él se respire esté saturada de perfumes, de goces, de voluptuosidad.

»Yo ornaré tu lindo tallo con graciosas galas, yo te daré perlas para que adornes tu cabeza de musa, yo te daré brillantes para que tus ojos los humillen.

»Yo haré que tus manos sólo toquen flores, yo alejaré de ti todos los pequeños cuidados de la vida, que matan la idealidad.

»Yo también tengo mis recursos, mi dulce amiga, para eternizar tu amor; no dudes del mío, pues si la belleza inspira el amor, casi siempre el talento y la virtud le sostienen, y la gracia y la bondad le eternizan.

»Yo haré que tus pies, que son una de tus más bellas perfecciones, y que yo adoro, sólo se envuelvan en finísima seda.

»Quisiera, a ser posible, que fuesen calzados con los jirones cortados de las nubes, o con la suave pulpa de una hoja de magnolia.

»Ellos apenas tocarán la tierra, pues ciertamente que no han nacido sino para deslizarse sobre flores y estrellas.

»Nosotros trabajaremos unidos, pues yo no quiero, por nada del mundo, apagar tu inspiración ni oscurecer tu inteligencia; nosotros no viviremos como tantos seres, que convencidos de que al fin serán sobre el globo un fósil grosero, confundido, adherido a las capas de la tierra, viven una vida vegetal, y sólo sienten en ella las influencias más o menos toscas de la naturaleza; nosotros viviremos la vida de la inteligencia, la vida del espíritu.

»Seremos el ser que piensa, que inquiere los secretos de la ciencia y la belleza del arte, y formaremos de nuestro retiro un pequeño paraíso.

»¿Te avendrás tú contenta a esta vida que yo sueño?

»¿Son los mismos tus deseos?

»¿Llegará a cansarte nuestro aislamiento?

»Dime, yo te lo ruego, todo lo que sientas, porque es nuestro porvenir, nuestra dicha, lo que decidimos.

»Si mis deseos son los tuyos, si mi sueño es tu sueño, entonces autorízame para hablar a tu padre de nuestros proyectos.

»Faltan dos meses para que se abra la Exposición de pinturas, en este tiempo puedo arreglarlo todo y preparar nuestro nido...

»¿Dónde quieres vivir?

»¿Quieres que vayamos a Italia, donde hasta el aire está impregnado de poesía?

»¿Quieres que volvamos a tu hermoso país?

»¿Quieres que en la misma España busquemos un risueño e ignorado rincón, donde nos ocultemos a que canten nuestras almas el himno eterno de nuestro amor?...

»Decide lo que quieras, y lo que tú decidas yo lo obedeceré.

»Te permito ser en tu amor muy excéntrica; los caprichos de un corazón enamorado son chispas de luz escapadas del hogar de las quimeras, que alumbran la vida material.

»¡Sean siempre tus graciosos, tus adorables caprichos los que iluminen en ella la senda que yo siga!...

»Te envío un bosquejo del cuadro; anoche oía yo desde un balcón cercano al tuyo —no había en él ninguna mujer, mi linda celosa—, oía yo la dulcísima melodía que arrancabas al piano: ¡estoy seguro de que mi nombre vagaba en tus labios y palpitaba en los latidos de tu corazón!

»Sólo una mujer que ama y piensa en el hombre de su amor siente de una manera tan admirable.

»¿Cómo se llama esa sonata?...

»¡El *himno de la dicha*¹⁷, sin duda!

»Si Dios quiere que mi esperanza no sea una brillante nube que cruza por mi pensamiento, como una de esas estrellas que caen en las noches de verano de la bóveda azul, yo descansaré de mi trabajo algunas veces al eco de esa música dulcísima.

»Permíteme que me ocupe de nuestro porvenir, y no abandones mi pensamiento, para que todo sea digno de ti.

»Beso con amor tus lindas y pequeñas manos, en las que está mi corazón.

FEDERICO»

XXIV

capítulo

RAFAEL

Nos hemos olvidado algún tanto de Rafael, ese *petit lyon*, que se creía en sus victorias un Alejandro, y en lo irresistible un César, de quien creía poder parodiar el famoso *vi y vencí*.

El joven, que según recordarán nuestros lectores, tenía ideas muy amplias acerca del corazón y sus sentimientos, procuraba poner en práctica sus teorías con la mejor fe del mundo, pero en una esfera adecuada a ellas, es decir, donde pudiesen desenvolverse con vida propia.

Cuando menos lo pensaba, un amor serio y profundo vino a hundir en su corazón el versátil imperio de bailarinas, modistas y otras alegres amigas que ocupaban su tiempo y arruinaban su fortuna.

Una mujer que él había galanteado por costumbre, y hacia la cual sentía esa débil simpatía que inspira siempre una mujer bonita, joven y recién casada, llegó a ser el solo amor serio de su vida, su preocupación constante y su anhelo exclusivo.

Mercedes, sin sospecharlo siquiera, había avivado este amor, primero con su habitual coquetería, que ella prodigaba sin conocer su valor y como aneja a su carácter, después con su desvío, esta vez bien real, pues estaba enamorada de otro.

Rafael se desesperaba, buscando en vano un medio de imponerse a aquella mujer, a la que hubiera deseado odiar, pues hería con su indiferencia su orgullo, y las heridas del amor propio son incurables.

Rafael había agotado todo su repertorio de pequeñas infamias contra Mercedes.

El nombre de la Condesa había rodado sobre las mesas de los cafés, entre el humo de los cigarros, entre bastidores en el teatro, sobre las mesas de juego, y en todos estos sitios en que los jóvenes, como Rafael van dejando, primero sus buenos sentimientos, después toda delicadeza, y por último, toda honra.

La Condesa pasaba entre los amigos del funesto Lovelace¹⁸ por una mujer ligera, que después de concederlo todo a su adorador, se había cansado de él, aceptando los ofrecimientos de otro.

Esto era cosa creída, manoseada y olvidada entre aquellos caballeros, que no dudaban en afirmar que esa ingratitud merecía un castigo, salpicando estas graciosas palabras con sendas copas, con disertaciones filosófico-aurinas, y con elucubraciones artístico-políticas.

¡Oh! ¡Seguramente que una juventud tan aprovechada es una gran esperanza para la patria!

¡Pues, salvo honrosas excepciones, en esta época brillante —por los incendios— se educa así!...

¡Ah, Mercedes, Mercedes!... Si hubieras oído tu nombre sobre esos labios, sus carcajadas estúpidas, sus perversas suposiciones...

¡Cuánto habrías llorado tu loca, tu necia, tu inútil coquetería!...

¡No saben las mujeres que basta un grano de arena basta para enturbiar la superficie de un lago, y que basta una imprudencia para empañar una honra!

¡Mercedes era pura, no había faltado en nada a sus deberes, y sin embargo, toda su sangre y todas sus lágrimas no hubieran podido borrar la mancha indeleble arrojada sobre su nombre, y que su ligereza confirmaba!

¡Y aquel nombre era el de un hombre noble y digno, que era su amparo, su protección en la vida!...

¡Y era su dicha, su vida acaso, lo que aquel juego comprometía!...

Rafael también había querido deshonorar a la Condesa con sus amigos, haciéndola ir, con una carta fingida, a casa del pintor.

No habiendo ofrecido este plan todos los resultados que él se proponía, pensó abordar la cuestión de frente, y exigir a Mercedes por la fuerza lo que no quería conceder por la súplica.

Un enamorado como Rafael siempre tiene de su parte, ya una doncella, ya un portero, y de ellos se vale como de armas legales para lograr su objeto.

Mas volvamos ahora, si no se cansan nuestros lectores, a buscar a Luisa; bueno es entre las sombras descubrir una estrella para no olvidar que hay cielo.

capítulo XXV

LOS SUEÑOS DE UNA MUJER

Una mujer de talento y de corazón, una mujer buena y pura, es siempre un ave del paraíso, que alegra con su canto el cielo de su hogar.

Luisa tenía algo de mujer y de ave, de flor y de estrella.

Había en su voz armonías dulcísimas, armonías desconocidas; su risa era un gorjeo más grato que el eco del agua que se riza; sus pensamientos eran un perfume, sus ideas una luz.

Luisa enamorada era la Vestal sublime; bajo su amor eran sus sueños estrellas fugitivas; si el amor fuera una religión, inspiraría cultos extraños; una abstracción misteriosa, una abnegación ilimitada.

Luisa llevaba dentro de sí misma el himno eterno que su alma elevaba a su ídolo; algo de luminoso y abstracto había en su ser, como reflejos de una reverberación interior.

Luisa, llevando en su alma la idea de la felicidad, tenía algo de inspirada; su fe era como una protesta del escepticismo exterior.

¡Amar, creer! Magníficas palabras que resumen todo lo que anhela el corazón! Amar, es decir, sentirse elevar sobre todas las miserias y todos los dolores humanos; realizar la aspiración de la vida, ser algo más que un *ser*; ser un alma, ser un destino, ser un porvenir.

Creer, abrir el corazón a todo lo puro, a todo lo grande; dejarse llevar por la corriente de la felicidad, porque la fe en amor no es más que una aceptación de la dicha, contra la cual no se lucha.

Luisa amaba y creía.

Ese estado magnético, si así puede decirse, del corazón cuando ama, era de un encanto irresistible en Luisa... Era la mujer *disolviéndose* en ángel, era la flor transformándose en estrella.

Aquel culto de su alma enviaba a su rostro un reflejo sublime; su voz tenía a veces inflexiones extrañas; parecía, ya que temblaban en ella las lágrimas, ya que vibraban ocultas las sonrisas...

Su mirada a veces se abstraía; algo visible sólo a su espíritu cruzaba ante ella... parecía que todo su ser se envolvía en una bruma, los objetos exteriores no los veía...

En aquellos momentos cruzaban sobre su frente nubes extrañas... sus ojos entreabiertos brillaban de un modo extraordinario, temblaba su pecho, y entre la respiración fatigosa que abrasaba sus labios vibraba un nombre!...

Luisa soñaba... Y ¿quién podría dar una forma al primer sueño de amor de una mujer?...

Es como una nube de luz envolviendo una gloria...

¡Ah! dulce oasis de la vida, purísima oleada de la eterna gloria que refresca el corazón, velo de nieblas de oro que embellece cuanto toca, ¡bendito seas! ¡Tú eres, en la pobre vida mortal, la ráfaga celeste que nos aproxima a Dios!...

XXVI

capítulo QUIEN SIEMBRA VIENTOS...

Ha pasado algún tiempo desde que dejamos en Madrid a la condesa de San Esteban junto a su esposo, y volvemos a encontrarla en la capital de Guipúzcoa, en la alegre y hermosa playa de San Sebastián.

Empezaba septiembre.

Las brisas de mar venían ya frescas y húmedas, las hojas de los árboles comenzaban a desprenderse.

En el tiempo que ha pasado, muy poco si se cuenta por días, pues apenas serían tres meses, pero muy largo para el que sufre en él, el aspecto de los dos esposos ha cambiado notablemente.

Alejandro tenía una profunda expresión de tristeza y ansiedad impresa en su semblante; Mercedes la de un cansancio profundo, y la de padecimientos físicos que alteraban su delicada naturaleza.

Alejandro había comprendido que la dicha era imposible para él.

Su esposa, pasado el primer momento de expansión, apagado aquel temor que había sentido al verse sola, volvió a ser indiferente y fría para con aquel hombre que la adoraba.

Mercedes y Alejandro no podían comprenderse jamás.

Algo de convicción de ello debía haber en el alma de Alejandro, porque su tristeza era sombría.

Su esperanza de ser padre era para su corazón un consuelo, pero el cuadro siempre estaría incompleto; ¿el amor de padre bastaría a llenar su alma?...

Mercedes hacía su vida de siempre; en los detalles, pura; en la apariencia, culpable.

Jugueteaba con los adoradores que la seguían, prodigando sonrisas, si bien con más cuidado y con algo de más respeto al dolor de su esposo.

Es inútil decir que Rafael la había seguido.

Pero Mercedes, por un capricho de coquetería, o acaso por un secreto instinto que le avisaba el peligro, no lo miraba siquiera.

Jamás tenía para él una palabra ni una sonrisa.

Cuando en la tarde, en esas horas dulcísimas, tan bellas junto a la orilla del mar, Mercedes paseaba en la ancha marisma por donde corre el Urumea, humedecida aún por las olas que la bañan en las crecientes, siempre encontraba a su paso a su insistente amador, no sumiso y amante, sino desesperado y amenazador.

Ella llegó a cansarse de esta insistencia que la fatigaba, como todo lo que contrastaba con la inconstancia de sus ideas.

Alejandro la acompañaba a veces; él, tan digno, tan generoso, tan bueno, llevaba sobre su alma el dolor insoportable de los celos, y se estremecía ante la idea mil veces más terrible del ridículo.

En la comunicación, de obra reciente, abierta desde la puerta del mar hasta la plaza Nueva¹⁹, tenía una preciosa y fresca casita, elegante y sencillamente decorada.

En el día en que volvemos a verlos, Mercedes leía, perezosamente echada en una mecedora, sin más adorno en su cabeza que las trenzas de sus cabellos sueltas por la espalda, y vestida con un largo peinador blanco.

Su doncella predilecta, Pepa, la cubana que la había seguido, tenía un ramo de flores en la mano y estaba de pie junto a ella.

—Ese pobre señorito —decía— se va a volver loco; me da mucha lástima.

—¡Jesús! Me cansa como ninguno; ¡qué aburrida es la constancia!

—Pero, niña Mercedes, si es muy guapo; ¡y la ama a usted tanto!...

—No me hables más de él, me fastidia; le odio y no quiero verlo.

—¡Pero el pobrecito se desespera!

—Y ¿quién le manda seguirme? ¡No sabe que yo soy casada!

—¡Ay, Dios mío! ¿No lo era Vd. también cuando recibía sus flores y sus cartas?

Las mejillas de Mercedes se pusieron sucesivamente pálidas y encendidas; aquella réplica, tan natural, le parecía una reconvención.

—Pues bien —dijo— he conocido que no hacía bien; pero ¿de quién son esas flores?

—Las han traído para la señora Condesa, no han dicho de parte de quién vienen.

—Dame, dame; ¡oh, qué hermosas! Nardos, rosas, heliotropos; dame un jarrón, que voy a colocarlas.

Mercedes desató la cinta que las sujetaba, y las esparció en su falda; un pequeño papel, cuidadosamente doblado, se desprendió de ellas.

La Condesa le tomó con una viva curiosidad, y le desdobló.

En él había escritas estas palabras:

«Esta noche a las once, junto al puente de madera del Urumea.

»Id sola, el Conde no lo impedirá; se trata de vuestra honra, y acaso de vuestra vida».

El misterioso escrito no tenía firma, la letra era desconocida para la Condesa.

Una gran confusión se apoderó de ella, temblaba de miedo e incertidumbre, y aún lo tenía entre sus manos cuando oyó los pasos del Conde.

Le rompió rápidamente y procuró serenarse.

Cuando Alejandro entró notó aquella alteración, y se acercó a ella con cuidado.

—¿Estás enferma? —la preguntó.

—No por cierto; pero siento algo de malestar, de fatiga, un poco de cansancio.

—¿Por qué no sales un rato? No hace calor, y la brisa del mar te hará bien.

—Espero a que sea un poco más tarde; ¿vendrás tú?

—Iba a decirte que me han comprometido unos amigos para ir a visitar un vapor inglés que ha anclado a una legua del puerto; pero si tú estás enferma...

—¡Oh, no! —dijo con demasiada viveza Mercedes—; esto no es nada, no lo dejes por mí.

—En ese caso, adiós; quizá venga tarde...

—¿Quién va contigo? —dijo la Condesa distraída y pensando en el misterioso anuncio.

—Son varios; es una excursión de amigos de buen humor, entre los cuales casi no debía yo ir.

—¡Oh, no! Eso te distrae —dijo Mercedes sin comprender la expresión de amargura que encerraban las palabras de su esposo.

—Tienes razón, adiós, pues...

Mercedes le tendió su mano, que él estrechó con frialdad y salió.

Entonces comprendió ella que el autor de aquella extraña cita se refería a esa excursión marítima al decir «el Conde no lo impedirá», y cada vez más confusa, pasó las horas fluctuando entre lo que debía hacer.

Su curiosidad estaba excitada; se decía, además, que tanto daba pasear por aquel punto como por cualquiera otro, y que sabría a qué atenerse respecto a aquel misterio. El resultado de sus conjeturas fue que a las diez se puso un lindo traje gris y una manteleta negra, envolvió su cabeza en una toquilla de encaje, y tomando el brazo de Pepa, su doncella, fue a pasearse en la marisma por donde pasa el río dulcemente, como presintiendo su próximo fin.

La noche era oscura y serena; una blanda brisa hinchaba las olas, que palpitaban suavemente, meciendo las gruesas orlas de espuma que flotaban sobre ellas.

Los astros reflejaban en el mar, que irradiaba como una reverberación fosfórica, débil y suave.

Mercedes paseaba con esa lentitud que adquiere la mujer que lleva en su seno un ser que vive de su vida, y que parece imprimirle cierta majestad en armonía con la grandeza de su misión en aquellos momentos.

Sobre el mar, flotando aquí y allí como oscuros fantasmas, se mecían los buques y barquillas anclados en la bahía.

Algunos pasos había dado Mercedes en la orilla del mar, cuando un hombre adelantó hacia ella, y la saludó con respeto.

—Buenas noches, señora —la dijo—; ¿quiere Vd. hacerme el honor de aceptar mi brazo?

—¡Ah! —dijo Mercedes con disgusto al reconocer la voz de Rafael—; ¿erais vos?

—Yo, que deseaba tener la dicha de hablaros.

—Debí comprenderlo...

—¿Lo sentís?...

—Sí, porque esta locura puede comprometerme...

—¡Bah! no lo temáis. Además, del mismo modo os hubiera comprometido de ser otro el que esperaba.

—En fin, ¿qué queréis de mí?...

—Quiero hablaros, ya os lo he dicho: pero estáis fatigada, sigamos un poco más; junto al puente hay algunos peñascos tan graciosamente ocultos, que parece han sido colocados allí por el genio de las citas nocturnas; en ellos podréis sentaros.

La Condesa le siguió, y Pepa, a una conveniente distancia, como si estuviera diestramente advertida de su papel, comenzó a quedarse más lejos.

Al llegar al puente, Mercedes ocupó aquel asiento de piedra y Rafael se sentó a sus pies.

Su mirada ardiente, fascinadora, atrevida, fija en la Condesa, tenía sobre ella, sin duda, una gran influencia magnética, porque llevó su mano a los ojos, como si no pudiera resistirla.

Rafael, aprovechando hábilmente aquella emoción, se incorporó y asió con ardor sus manos.

—Mercedes, Mercedes mía, —murmuró—; ¡qué hermosa eres! Te amo, ¡oh! Te amo, déjame decírtelo... tu amor es necesario a mi vida...

La Condesa miró inquieta a su alrededor...

Pepa se había alejado siguiendo la orilla del río, no se la veía ya.

—Pero —dijo balbuciente—, ya sabéis que yo no puedo amaros, ¡que nada debéis esperar de mí!...

—¡Ah! no puedes amarme —dijo él reteniendo la mano que la Condesa pugnaba por retirar—; pues si no puedes amarme, ¿por qué me lo has hecho esperar? ¡Por qué me has atraído, por qué has jugado con mi corazón y mi felicidad!... ¡Ah! creías que podía arrojárame como se arroja un juguete cuando ya no divierte!... Te engañas, ¡vive Dios! y ya verás que yo sé tomar por fuerza lo que no se me ofrece de otro modo!

En aquel momento, un hombre se deslizó silenciosamente bajo el arco del puente, junto al cual la Condesa se apoyaba.

Ellos no lo vieron.

—Rafael —decía la Condesa con voz débil—, ¡tened piedad de mí!... Es verdad que mis acciones os han dado a conocer mi simpatía, pero yo no soy libre, yo no puedo amaros...

—¡Otra vez que no eres libre! Oye, Mercedes, yo odio con todo mi corazón a ese hombre, que tiene el derecho de llamarte suya, y le odio tanto, que si no obtengo tu amor le mataré.

—¡Oh, no, por Dios! Sed generoso, y olvidadme; no me volváis a ver, ¡es inútil este martirio!

—¿Pero amas a ese hombre?...

—¡Oh, no! Pero si no le amo a él, debo respetar su nombre... es inútil que hablemos más; yo no puedo ni quiero escucharos, yo no os amo, ya lo sabéis.

—Sí, ya lo sé —contestó con voz ronca—; ya sé que tu pensamiento y tu corazón son de otro... del afortunado artista que te desprecia a su vez...

—Nada os importa eso...

—Te engañas, me importa mucho. Todo Madrid te cree mi amante, estás deshonrada, y si te pido amor es por satisfacer mi corazón, ¡mi vanidad está satisfecha!...

—Pero eso es una infame mentira, yo jamás os he concedido nada...

—Es verdad, pero eres imprudente y te comprometes.

—¡Oh, acabemos! —dijo la Condesa poniéndose de pie—, no quiero oír más.

—¡Qué! ¿Has creído que te irías? —dijo Rafael levantándose de un salto y asiéndola bruscamente por la muñeca—, no por cierto.

—¡Dejadme! me hacéis daño; quiero volver a mi casa!

—Imposible, completamente imposible; oye ese ruido lento que se acerca, es una barca que he mandado traer; la barca nos llevará al vapor francés *Aya*, que sale mañana para Marsella; el capitán es amigo mío, él te creará mi esposa; una vez en Francia será preciso que me ames, porque seré arbitro de tu destino.

Mercedes le oía con espanto.

—Es inútil que grites o te resistas, nadie puede oírte; además, si te resistes te mataré.

Mercedes temblaba convulsivamente, se oían sus dientecitos chocar como si tuviera una convulsión.

—¡Oh! por compasión, dejadme —murmuró.

—¡Compasión! Tú no la has tenido de mí.

La Condesa hizo un rudo esfuerzo, desasíó su brazo de la mano de Rafael y quiso huir; pero él la alcanzó frenético, se oyó una débil lucha, luego un grito, y por último, se vio a Rafael que corría llevando en sus brazos a la pobre mujer.

Entonces aquel hombre oculto en el puente avanzó, destacándose sobre la sombra pálida su alta estatura... se oyó el ruido seco y vibrante de un arma de fuego que se montaba, una explosión iluminó la sombra, y una bala cruzó silbando. Rafael exhaló un gemido, vaciló y cayó arrastrando a la Condesa.

Entonces el hombre que había disparado, arrojando el arma lejos de sí, llegó hasta ellos.

La bala había herido a Rafael, y de la herida salía la sangre a borbotones, salpicando de una manera horrible el traje de la Condesa.

Aquel hombre la asió con fuerza desesperada, envolvió a Rafael en una mirada de odio, y se alejó hacia la barca que avanzaba.

Mercedes tenía la inmovilidad de un cadáver.

El desconocido la llevaba con tanto cuidado, como una madre lleva a su hijo; pero al ver su cabeza caída y la palidez de su rostro, murmuró a media voz:

—¡Vive Dios, que no sentiría que hubiera muerto también!

Momentos después saltaba a bordo de la lancha, y le daba orden de dirigirse al vapor francés *Aya*.

Los remos se bajaron, y la barca giró con suave movimiento.

En su fondo iba echada la Condesa, sostenida con el mayor cuidado por el desconocido que había herido a Rafael.

capítulo XXVII LA EXPOSICIÓN

El día 1.º de Octubre, tan esperado por nuestros simpáticos artistas, había llegado.

La Exposición nacional de Bellas Artes²⁰ se abría al público, y a su apertura concurría lo más escogido de la sociedad madrileña.

En el salón destinado a la sección de pintura se agolpaba un gentío inmenso, ansioso de admirar las maravillas del genio, y los graciosos caprichos del talento.

Nada ofrece una idea más propia de la variedad del pensamiento humano que esos concursos de la inteligencia en que, junto a un severo recuerdo histórico, se eleva una creación burlesca; junto a un sencillo ramillete de flores, una escena de muerte.

Como el genio, el verdadero genio, tiene el privilegio de atraer las miradas, cual si él fuera un imán irresistible de la inteligencia, la multitud de curiosos se fijaba con insistencia en un magnífico cuadro, que representaba a Santa Cecilia.

Su autor había recibido ya mil felicitaciones de todos sus amigos, muchos de los cuales componían el Jurado de la Exposición, y que a fuer de inteligentes habían admirado aquella bellísima obra; pero esperaba, temblándole el corazón de impaciencia y deseo, la aprobación de aquella que la había inspirado.

Confundido entre la multitud de artistas e indiferentes esperaba, con una ansiedad que sólo puede comprender el que ha tenido la dicha de amar sin conocer a la persona que ama, y la espera para ver al fin materialmente al ser a quien su alma había adivinado, y a cuyo corazón se ha unido el suyo por esa incomprensible corriente que se llama simpatía.

Federico oía distraído los plácemes de sus amigos, las preguntas de los indiferentes, las advertencias de aquellos que creyendo que todo es cuestión de cantidad, no de calidad, le reconvenían por presentar una sola obra.

Las palabras de todos cuantos le rodeaban llegaban a Vallés como un zumbido sordo y molesto; no las comprendía.

Su alma estaba lejos de allí, su pensamiento acariciaba una idea tan dulce como un sueño.

Es muy difícil determinar cuándo duerme y cuándo está despierto.

De repente, aquella continua flotación de observadores indiferentes pareció oscilar, dejando el paso libre a una mujer.

El artista no respiraba, toda su vida, toda su alma estaba en sus ojos.

Aquella mujer que parecía esparcir de sí una luz misteriosa, estaba apoyada en el brazo de un anciano, ante el cuadro que representaba a Santa Cecilia.

Estaba tan pálida como una estatua de cera; hubiéranse podido contar los latidos de su corazón y la pulsación de sus sienes.

Tal era su inmovilidad.

Había en su mirada una mezcla de sueño y de éxtasis, de loca alegría y de pueril temor.

Un grave doctor hubiera hallado algo de perfil de loca en aquella cabeza estática, en aquella mirada de sonámbula.

Luisa vestía sencillamente de negro.

Su traje, entreabierto en su pecho sobre blancos encajes, dejaba ver la palpitación poderosa de su seno.

Un gracioso sombrerito de terciopelo negro con un grupo de rosas adornaba sin ocultarla su linda cabeza, de la cual se desprendían algunos rizos de un negro brillante.

Sus pequeñas manos se ocultaban bajo el guante, pero entre los blancos encajes que guarnecían la ancha manga del traje, se adivinaba, más bien que se veía, el contorno purísimo de un precioso brazo.

Estaba muy pálida; parecía que la vida había huido a su corazón, y temblaba levemente, como tiembla una flor cuando la acaricia el viento.

Su estatura graciosa y esbelta, lo parecía aun más, porque junto a su viejo padre, ella era como la gallarda rosa junto al vetusto roble.

Federico acaso no vio nada de esto; su mirada fija, abstraída, casi delirante, sólo vio una mujer adorable; no sabía si era hermosa, pero era *ella*, era la mujer de sus sueños, la realidad de sus delirios.

Insensiblemente, y como si una fuerza superior le guiara, se fue acercando al grupo encantador que hemos descrito.

A su proximidad, Luisa se estremeció violentamente, como si una corriente magnética hubiese tocado a su espíritu.

Se volvió y vio a Federico que la sonreía.

Quiso dar un paso hacia él, pero no pudo; su rostro se cubrió del carmín vivísimo del rubor, sus ojos cambiaron su expresión contemplativa por otra ardiente y apasionada, y un reflejo de lágrimas amortiguó aquel brillo de pasión que les había animado.

Valmes, al sentir el brazo de su hija temblar en el suyo, volvió la cabeza, vio al autor de la Santa Cecilia y comprendió la emoción de Luisa.

—Mi querido amigo —dijo a Vallés tendiéndole su mano—, permitid que, aunque profano en las artes, os felicite por esta maravilla.

Vallés se inclinó en silencio.

Le era imposible pronunciar una sola palabra.

—Os presento a mi hija Luisa —dijo sonriendo bondadosamente el anciano—, aunque algo debéis conocerla, cuando tan admirable parecido habéis dado con ella a vuestra Santa Cecilia, lo cual me hace admirarla más, pues hay algo de egoísmo en el fondo de todo sentimiento.

El buen anciano daba así tiempo a los dos jóvenes para dominar la profunda emoción que sentían.

Luisa fue la que volvió antes a la vida real, es decir, a darse cuenta de lo que le sucedía, a comprender, no muy claramente a la verdad, que estaba en un salón de la Exposición nacional de Bellas Artes, y no en el cielo: que la observaban, que su padre estaba allí, y era preciso ser fuerte para la felicidad, lo cual no es completamente fácil, pues la felicidad tiene algo de absorbente, de abrasador, que pasa sobre la razón como un torbellino de fuego.

Resistir al dolor es muy fácil; seres hay que saben sonreír en tanto que su corazón se desbarra y su alma destila sangre; pero ¿quién continúa impasible ante la felicidad celestial y ebria?

Luisa, pues, tuvo valor para dominar el raudal de alegría que inundaba su pecho; porque, aunque parezca extraño, la mujer, ese ser tan débil y tan dulce, que parece tiene la vida y la fuerza de una flor, halla siempre un valor que no se explica en las situaciones supremas, y las domina y las vence.

Ella tendió su mano al pintor con un movimiento de tan hechicera confusión y tan graciosa confianza, que es imposible describirlo.

—Gracias —le dijo dulcemente y sonriendo.

—¡Luisa! —exclamó él estrechando su mano, y como si no pudiera pronunciar una sola palabra después de aquel nombre.

El buen anciano fingía buscar un efecto de luz para admirar el cuadro, y había desprendido del suyo el brazo de Luisa.

Aislados así, entre aquella confusión, Luisa y Federico se miraron con ansia.

Parecía que querían ambos comparar lo real con lo ideal, la verdad con el sueño.

—Luisa —dijo Federico—, *eres tú*, te encuentro al fin; dime una sola palabra, dime que no me desconoces.

—Yo te amo —dijo Luisa comprendiendo que esta palabra era la mejor prueba, o acaso instintivamente.

—¡Ah! ¡Bendito el día en que he podido oírlo de tus labios!...

—Sí, bendito para siempre; porque en él comienza nuestra felicidad.

Hubo una pausa de silencio, llena de pensamientos, llena de promesas, de dulces esperanzas.

Cuando la dicha se desborda en el alma, faltan las palabras.

Después aquellas manos se estrecharon, se dijeron *adiós*, dulce palabra cuando no anuncia una larga ausencia, triste cuando ella es como un punto suspendido en un abismo...

Después nuestros artistas se separaron, ¡llevando el cielo en sus almas!

capítulo XXVIII

EL TREN EXPRESS

Acababa de tener lugar, en una de las iglesias de Madrid, una ceremonia conmovedora.

Un sacerdote había bendecido en el nombre de Dios la unión de dos corazones; había sellado dos almas con la sanción sublime de lo eterno.

Luisa y Federico acababan de casarse.

No hablaremos de la ceremonia.

Hay instantes tan supremos, tan grandes, que no hay palabras para describirlos.

Esos instantes, aun pasados, flotan sobre la vida con una grandeza que escapa a la ley general de pequeñez y miseria de los sentimientos humanos; esos instantes viven siempre en el recuerdo.

Sigamos a los artistas cuando Luisa, despojando su cabeza de los blancos velos de la desposada, y vestida con un hechicero traje de camino, se apoyaba en Federico

con esa indolente confianza del amor legítimo, que encierra no sé qué encanto de pureza y abandono, de cariño y temor.

¡Nada más bello que el reflejo de la dicha!...

Luisa, que acababa de unir su destino a otro destino, que tenía la santa seguridad de ser amada del que ella amaba, de ser admirada por aquel a quien admiraba, de ser protegida por el que era al mismo tiempo su orgullo y su dicha, Luisa se transfiguraba por aquella enajenación de dicha, parecía que su espíritu alumbraba interiormente su ser, y estaba tan hermosa, que las miradas de su esposo encerraban tanta admiración como amor.

Iban a realizar su sueño, iban a huir del mundo conocido, a ocultarse, a rodearse de su amor como de una atmósfera de cielo.

Federico había cuidado de preparar el nido que había de encerrar tanta ventura.

Hay en Portugal un sitio delicioso, que parece haber surgido del loco sueño de un poeta...

Sus caprichosos palacios, sus grupos de flores, sus montañas azules, que dibujan la oscura sombra de sus líneas sobre un cielo purísimo...

Aquellas cimas cubiertas de una loca vegetación, aquellos valles risueños, cuyos lagos semejan jirones de cielo caídos sobre mantos de flores; aquella riqueza de perfume que se confunde en el viento, siempre dulce y siempre tibio; aquella caprichosa combinación en los detalles, en las bellezas, en la armonía, hacen de ese sitio uno de los más bellos del mundo para ocultar la dicha de dos corazones...

Cintra²¹ parece una acuarela de un supremo artista, arrojada allí para ser admirada.

Ornado con las más bellas flores, suspendido de la montaña más accidentada, oculto entre los árboles más espesos, se alzaba un verdadero nido de cisnes...

canastillos de flores le rodeaban perfumando su atmósfera, embalsamada ya; ligeros arroyuelos le daban frescura, y el magnífico panorama que desde él se descubría debía alegrar las miradas que buscasen más anchos horizontes²².

Aquella casa era de nuestros artistas, y estaba preparada para recibirles.

Federico la había adquirido, ornando su interior de esa manera tan bella, tan sencilla, tan graciosamente artística, como sólo puede concebir el talento.

Todas esas ricas y costosas inutilidades que ocupan los palacios, se habían desterrado de este paraíso; es verdad que habiendo desterrado de los corazones de sus dueños la vanidad, esa vanidad estúpida que cree satisfacerse con exterioridades superfluas, debía desterrarse también de su morada.

Todo lo bello, todo lo útil, todo lo agradable estaba allí, como si el cariñoso cuidado de su dueño lo hubiese previsto todo.

Santa Cecilia, el cuadro premiado en la Exposición con medalla de primera clase²³, parecía colocado en este gracioso nido para presidir y solemnizar la felicidad, santificándola con el recuerdo del cielo, y eternizándola con el recuerdo del amor.

...

Corría el tren por esas extensas llanuras de la Mancha, immortalizadas por nuestro gran Cervantes.

Si nuestros artistas hubieran sido menos felices, habrían creído ver los molinos de viento de aquella graciosa aventura, la patria de Dulcinea, el lugar en que D. Quijote fue armado caballero, y más lejos el campo de batalla de aquel gran combate, con los ejércitos de ovejas y carneros...

Pero nuestros viajeros eran demasiado dichosos para recordar todas esas aventuras de la más célebre de las fábulas, y sólo pensaban en sí, pues es sabido que hay algo de egoísmo en el fondo de toda dicha.

Hemos dicho pensaban en sí, y nos hemos engañado; no pensaban en nada, en el éxtasis no hay pensamiento, él está envuelto también en esa impalpable sombra de sueños que flota sobre el ser feliz...

En un cupé reservado, cuyas cortinillas azules estaban corridas, iban nuestros artistas...

Como dos pájaros que se cobijan en la misma rama y se envuelven en el mismo rayo de sol, ellos, sentados uno muy cerca de otro, se agrupaban graciosamente, formando una gentil pareja.

Sus manos se enlazaban muy estrechamente; la cabeza de Luisa se apoyaba con un movimiento de púdica gracia, de tierna confianza, en el hombro de su esposo, que rodeaba su talle con una ternura infinita, reteniéndola contra su corazón.

Se miraban de esa manera vaga que es como una irradiación del alma, como un beso del espíritu, y apenas hallaban sus labios un movimiento para formular una frase.

Era una inmovilidad encantadora.

Era el magnetismo del corazón, con su influencia adormecedora e invencible; era el desbordamiento de la felicidad produciendo la embriaguez.

—¿No es verdad, Luisa mía —decía Federico—, que no despertaremos jamás de este dulcísimo sueño?

—¡Oh! ¡Seguramente que yo haré cuanto pueda para que sea eterno!

—¡Qué dicha! Tenerte para siempre a mi lado, saber que eres mía, que tu vida es mi vida, ¡que tu aliento es mi aliento!...

¡Ah! ¡El ángel que guarda el libro de nuestros destinos ha debido grabar en el mío este día con caracteres de luz!... ¡Qué embriaguez tan pura y tan grande!

—¿Sabes, Federico, que hay casualidades muy afortunadas? ¡Una casualidad, una locura de esa pobre Mercedes, ha sido la base de nuestro amor!

—Di más bien que nuestros corazones han sido impulsados el uno hacia el otro por una corriente eléctrica! Yo creo que Dios forma dos almas iguales; si ellas se encuentran, si al encontrarse se reconocen y se aman, esa es la felicidad celestial; si al hallarse se abre un abismo entre ellas, es la desesperación.

—¡Ah! ¡Qué triste suerte la de esos pobres seres condenados a amar sin ser amados!

—¡Bah! ¡Yo no creo en el amor sin esperanza!... Yo he creído siempre que el amor hace espontáneamente, que se sostiene sin leyes ni lazos, sin más que su propia grandeza; pero que por una razón natural, debe, para ser eterno, ser compartido, ser recíproco. Diríase que él, como el mar, para no disminuir, ha de recibir cuanto da, como si su caudal fuese calculado para el equilibrio de su vida, como el caudal de las aguas para el equilibrio del globo. Así, pues, al amar y ser amados, nuestro sentimiento no se gasta, porque tenemos la conciencia de recibir la misma adoración que ofrecemos, y el corazón que esparce su vida en una corriente de amor, recibe la vida de otro corazón que acogió la suya; esta es como una ley natural de nuestra manera de ser, y esos amadores solitarios que campean en todas las novelas jamás se hallan en la vida real; el amor es un astro que no tiene luz propia, la recibe del objeto amado que a su vez la toma de él.

—Esto podrá ser cuando el amor empiece, que débil, como la planta naciente, necesita otro apoyo; pero cuando él domina ya el corazón, tiene vida propia, y vive por sí mismo.

—El amor, Luisa mía, necesita para vivir una atmósfera serena, como los astros para brillar; el corazón que tiene que luchar contra el dolor del olvido, contra la ira del abandono, se debilita en sus luchas y va perdiendo su amor.

—¡Oh! felizmente nosotros no tenemos que estudiar esas dolorosas cuestiones; nosotros nos amamos con el amor de los ángeles, y yo pido a Dios que mi vida se acabe antes que nuestro amor.

Federico besó a su esposa en la frente.

Había en su voz una dulzura tan grata, tan amante, tan sumisa, que el artista se conmovía profundamente.

—Has amado antes de ahora? —dijo de pronto Luisa.

—¡Oh! qué profanación, Luisa mía —dijo él jugueteando con la pequeña mano de su esposa, a la que había quitado el guante—; ¡sabes, mi querida maliciosa, que esa pregunta descubre un poco entre las alas del ángel la graciosa intención de la mujer!

—Pero contéstame...

—¡Bah! ¡Acaso necesita eso contestación!... ¡Acaso mi linda hada no lee en el corazón de su esposo!... No he amado hasta que te he amado a ti, y me sorprende tu pregunta, porque tal como yo te amo, ¡sólo se ama una vez en la vida!...

Luisa le escuchaba palpitante.

—Pero has dicho amor a muchas mujeres...

—No lo creas; he balbuceado un poco esa fraseología social que nada dice, he llamado las cosas siempre por su nombre, y en mi pasado sólo hay caprichos, impresiones, cansancio... ¡mi amor, mi solo amor es el que hoy siento por ti!

—¡Y sabes tú si éste es un nuevo capricho! —dijo Luisa con acento triste.

Un beso apagó el eco de estas palabras en los labios de Luisa.

—No te permito, mi lindo ángel —dijo Federico sonriendo—, tocar a mi ídolo con tu graciosa malicia... mi pasado te lo entrego voluntariamente, puedes hacerlo trizas; yo no me opongo ni me ofendo, pero mi presente es un sueño tan puro, que el ala de un ángel, flotando sobre él, me parecería una profanación.

—¡Ha sido tan extraño cuanto ha precedido a nuestra unión!... Hace quince días que nos hemos visto!...

—¡Y qué! ¿Darás tú más fuerza, más valor a un sentido que al alma misma? ¿Crees que la vista es todo, que sólo la forma enamora, que en una mujer lo que atrae es la morbidez del cuello, la pureza de la frente, la gracia de la sonrisa? Entonces, ¿qué poder concedes a la inteligencia, a la elevación de sentimientos, a la grandeza del alma?...

—Mi querido Federico, el sentimiento es siempre atractivo, yo no lo dudo, pero hay en nuestro ser algo de materialidad invencible... ¿me amarías tú del mismo modo si con el mismo sentimiento moral tuviera un cuerpo deforme?...

—¡Qué empeño en hacerme descender a la tierra, mi dulce ángel! En verdad que tengo en mucho tu belleza, que si mi alma ama a la tuya, mis ojos aman tu cuerpo; pero... mi amor sería siempre el mismo, no lo dudes; él es como una llama celeste que brilla en mi alma... ni el deseo, ni el capricho la han encendido; sin duda un sople regenerador descendido del cielo la ha dado vida!...

—Pero confíesme...

—Mira, Luisa mía, ¡sé feliz sin querer analizar la felicidad!... ¡El análisis en todo es cruel!... ¡De un hermoso busto donde latió la vida, hace un esqueleto repugnante; de una flor, gala del prado, unas hojas dispersas que se marchitan al fin... de un brillante, un poco de carbón petrificado!... Dios ha unido tan estrechamente en la vida la nada al todo, que a través de lo uno se llega siempre a lo otro... La ciencia de la vida consiste en no tomar el todo por punto de

partida, porque entonces por una razón lógica hay que retroceder hasta la nada, sino en partir de la nada para llegar al todo... ¡Aceptemos, pues, la dicha sin querer analizarla; aceptémosla, como un tesoro que Dios nos confía... y conservémosla cuidadosamente!... Es verdad que nuestro amor no ha seguido esa marcha rutinaria que parece se ha señalado a la humanidad, pero... ¿qué quieres?... ¡todos los espíritus no se agitan en el mismo espacio, todas las esperanzas no llegan a la misma altura!... ¡El genio tiene indudablemente caminos desconocidos no gastados por la humanidad, tiene la inventiva, tiene la originalidad! Tratándose de una mujer como tú, y de un hombre que sabe comprenderte, ¿no es natural, no es hasta preciso, que sus corazones hayan encontrado una forma nueva y encantadora para ponerse en contacto?... No te fatigues, Luisa mía, buscando la causa de este dichoso efecto; la causa es bien sencilla, un alma grande rebosa sobre los bordes de esa mezquina copa que se llama la costumbre en que sólo caben las medianías... ¡un solo sueño del genio, un solo capricho del talento vale más que toda la falange de mezquinas realidades que conciben los pequeños!

—¿Convienes, al fin, en que es un *capricho*, por más que este sea sublime?...

—Llámale como quieras; atracción del genio, capricho del talento, sueño del espíritu; ¡yo le llamaré siempre el presentimiento de la felicidad! ¡La unión de dos almas que han nacido iguales!...

XXIX

capítulo LA CARTA DE FRANCIA

«San Juan de Luz, Diciembre 187...

»Tiempo hace, mi querido César, que deseo escribirte; pero la sucesión de dolores que Dios ha enviado a mi alma, ha paralizado todas las facultades de mi ser, y ha embotado en mi corazón el sentimiento.

»Déjame hoy volver a ti, porque cuando el tiempo va gastando el dolor, o más bien, puesto que no se gasta, nos acostumbra a él, vuelve el corazón a buscar la vida, y con ella sus afecciones.

»Voy a empezar por contarte la historia de estos tres meses de ausencia, y convendrás conmigo en que el cáliz de lágrimas que Dios me ha hecho apurar, es bien amargo.

»La delicada salud de mi pobre esposa y mi sombrío humor, me hicieron buscar en la agradable capital de Guipúzcoa tranquilidad y calma; pero allí me siguieron los pesares.

»No quiero hablarte de Mercedes; ¡harto desgraciada ha sido!... Pero si ella hubiera tenido hacia mí, ya que no amor, consideración o respeto, ¡acaso hubiera podido ser feliz!... Pero era una niña mimada y caprichosa, sin más ley que su voluntad.

»La esperanza de ser padre endulzaba en mí el dolor que las ligerezas de mi esposa me causaban.

»Un día, estando en el casino, en San Sebastián, arreglaron unos cuantos compañeros de baños una excursión marítima...

»Contaron conmigo, y yo fui de la partida muy contra mi gusto, pues no sé qué presentimiento funesto me tenía triste.

»En fin, amigo mío, acudí y a la hora convenida salí con ellos, habiéndome despedido de Mercedes, la cual quedó tranquila y contenta.

»Se trataba de visitar un vapor extranjero que estaba en la rada, pero los jefes habían saltado a tierra, y aunque uno de los oficiales nos recibió, nuestra estancia en él fue corta, no teniendo otra cosa que hacer que recorrerle ligeramente, tomamos las lanchas y volvimos al puerto.

»Me creerás, pues sabes que jamás he mentido, si te digo que la vuelta se me hizo extremadamente larga... ¡había no sé qué triste presentimiento en mi corazón!...

»Salté a tierra, y me despedí de los amigos, pretextando cansancio...

»Sólo ya me dirigí a la ciudad por la ancha marisma, seca entonces, pues la mar estaba baja.

»Distraído como iba, y llevándola muerte en el corazón, vi, entre la sombra de la noche, una mujer, sola, que caminaba muy de prisa; su traje, de un color blanquizo me la hizo más visible; avivé el pasó, y la alcancé; era Pepa, la doncella favorita de Mercedes.

»Al verme lanzó un grito de espanto y quiso huir; pero yo la así violentamente por el traje y la retuve.

—»¿A dónde vas? —la pregunté colérico.

—»¡Ah, señor! Perdón, yo no tengo la culpa de esto.

—»Y ¿qué es eso de que tú no tienes la culpa?

»Quiso sin duda ganar tiempo, porque reponiéndose contestó:

—»¡Yo no sé! Quise decir que no tuve la culpa de asustarme...

»Entonces, temblando de ira, la así violentamente, y sacando el puñalito que siempre llevo conmigo, y que allá en los bosques de nuestra hermosa patria me ha servido muchas veces, la dije:

—»¡Habla, o te mato!

»Algo debió hallar en mi voz y en mi ademán de muy terrible, de muy amenazador, porque cayó de rodillas.

—»¡Ah, no, por Dios! —exclamó—, yo lo diré todo.

—»Pronto... ¿Dónde está tu señora?

—»Allí —dijo la muchacha señalando un punto que aparecía aún más oscuro en la sombra, formando una alta penumbra.

—»¿Sola?

—»No; ¡está con él!...

—»¡Él... ¿Quién es él? —dije rugiendo, y clavándome las uñas en las palmas de las manos para que el dolor físico me contuviese...

—»Ese Rafael...

»No oí más, mi querido César; ¡pero es imposible que haya en el infierno un tormento comparable al dolor que yo sentí!

»Arrojé a la muchacha contra el suelo, y seguí al sitio indicado.

»Temblaba tanto, que parecía que iba a caer; iba como un ciego, e invocaba a Dios y al diablo para que prolongase mi vida una hora más, ¡pues creía que iba a morir!...

»Llegué al fin; la sombra me ocultaba, y pude esconderme en un arco del puente, tan cerca de ellos, que oía su respiración.

»En medio de mi locura, comprendí que debía detenerme, que debía oír antes de juzgar.

»Tenía un revólver cargado en mi mano, estaba seguro de que eran mías aquellas dos vidas, pues tú sabes que yo no desmiento como tirador la fama de nuestros paisanos.

»Jamás podré yo explicarte aquellos instantes, que tuvieron la duración de siglos... ¡Horrible agonía!...

»Nada es comparable en el mundo a esa angustia de muerte en que uno siente a la vez desgarrarse su honor y su corazón.

»¡Aquel infame, abusando del ligero carácter de mi esposa, la había arrastrado a una cita!...

»Ella era pura, y en medio de mi dolor tuve el consuelo de saber que si mi nombre aparecía deshonorado, era con una deshonra falsa... ¡y aun así me ahogaba!...

»A qué repetirte detalles dolorosos; invocaba ella sus deberes, él los derechos que creía tener a su amor, y creyéndose completamente solos, la amenazó con robarla...

»Mercedes quiso huir, él la asió brutalmente y quiso arrastrarla hacia el Urumea, por el cual subía una barca...

»Entonces, comprendiendo que la vida de aquel hombre me pertenecía, juzgando en mi conciencia que había merecido la muerte, disparé.

»Cayó con mi pobre esposa, a la cual arrastraba contra su voluntad...

»Yo la así, y sin saber si estaba muerta, pues su inmovilidad era completa, la llevé a la barca.

»El eco del tiro, apagado sin duda en aquella ancha soledad, no debió llegar a los marineros que tripulaban la barquilla, porque no dijeron nada.

»El traje blanco de Mercedes tenía algunas manchas de sangre...

»Yo saqué mi puñal, corté aquellos jirones manchados y los arrojé a la corriente.

»Empapaba mi mano en el agua y la llevaba a las sienes de la desgraciada.

»¡Oh! ¡Te confieso que la idea de verla muerta me espantaba!... ¡Aún la amaba yo!

»Al fin comenzó a dar señales de vida...

»Para evitar la curiosidad de los marineros, la hablé en francés; su primer impulso fue arrojarle a mi cuello, después rompió a llorar.

»Yo sostenía su cabeza en mi pecho, y arreglaba con cariño sus cabellos desordenados, respetando aquel llanto.

»¡Jamás he sufrido igual martirio!

»¡Había en mí hacia aquella mujer un amor inmenso y un odio profundo!...

¡Hubiera bebido sus lágrimas, y la hubiera ahogado en mis brazos!

»Al fin tocamos al vapor francés anclado en bahía, y que salía en la madrugada para Marsella.

»La oscuridad de la noche hizo que no se fijasen en el desorden de su traje, y yo pude llevarla al camarote medio en brazos, pues no podía sostenerse.

»Una vez allí, sus ojos se cerraron pesadamente y una fiebre intensa se apoderó de ella.

»El médico de a bordo la reconoció y pareció desagradarle mucho.

—»Está en el noveno mes de su embarazo, le dije yo.

—»¡Oh! el parto ahora sería mortal —me contestó.

»Dejo a tu inteligencia el comprender mis temores, mi angustia, mi ansiedad...

»A la quietud inerte que parecía un letargo, en la cual estuvo Mercedes sumergida hasta las cuatro de la madrugada, sucedió una agitación terrible, una excitación violenta, con dolores agudísimos.

»El físico no la abandonaba; el capitán del buque, que era amigo mío, aquel M. de Saint German, que en una travesía de un buque mercante, que tocó en la Habana, tuvo que permanecer allí herido en un duelo, y al cual todos acompañamos, ponía a mi disposición cuanto en el vapor había.

»Mi pobre y querida enferma fue trasladada cuidadosamente al camarote del capitán, más espacioso y cómodo, y allí, después de dos horas de sufrimientos horribles, dio a luz a mi hijo, y ella espiró en mis brazos...

»¡César, tú no sabes lo que es el dolor, y no puedes comprender aquellas horas!

»Yo quise que mi hijo fuese bautizado a bordo, y el capellán del vapor lo hizo así.

»Se llama Alejandro también.

»Cuando desembarqué en Marsella, mi primer cuidado había sido comprar ropas a mi pequeño hijo, y hacer buscar una nodriza...

»El cuerpo de mi pobre Mercedes también me siguió, y él, embalsamado, ocupa un ligero y elegante mausoleo en esa ciudad francesa.

»Ese joven pintor, que contra mi voluntad he odiado después de ser su amigo, y que te es tan simpático, sostenía en una cena de amigos, que el amor debe ser único, indivisible, sagrado y eterno.

»Ese otro desgraciado, que ha muerto castigado por mi dolor y la justicia divina, sostenía lo contrario.

»Yo no sé si los amigos que los oían llevarán adelante su cita; si es así, díles en mi nombre, pues yo era el encargado de juzgar las pruebas que presentasen, que el pintor tenía razón.

»No sé lo que ha sido de Vallés, porque en mi dolor de nada me he ocupado; pero tengo la seguridad de que el que *sabe* comprender la felicidad, es el que solamente puede ser feliz.

»En la primavera próxima espero volver a Cuba... Allí olvidaré yo acaso los días de prueba que han blanqueado mis cabellos, y han pasado como una ráfaga de fuego sobre mi alma.

»Adiós, César, mi bueno y querido amigo; Dios aleje de ti las penas que a mí me ha enviado.

»Te estrecha la mano tu amigo,

EL CONDE DE SAN ESTEBAN»

capítulo XXX LA CITA

En la misma fonda en que reunidos unos cuantos amigos cenaban al comenzar esta historia, volvemos a encontrarles.

Faltaban Rafael, Federico y Alejandro.

Parecía que esperaban a alguno, pues aunque las copas se vaciaban, la cena no había empezado.

—Triste cosa es tener que confesarse vencido —decía con enfática entonación Augusto—; y ese pobre Rafael retarda su aparición...

—Ya se dará por muy contento de poderlo contar —decía otro.

—Ese Conde salvaje... —decía un tercero—, creería que estaba cazando tigres en los desiertos del Sud...

—¡Pardiez! ¡Cualquiera hubiese hecho lo mismo! ¿A quién se le ocurre sino a Rafael querer robar una mujer como se roba un falderito?

—Ella ha sido la más desgraciada.

—¡La mataría ese endiablado americano!...

—No, la quería demasiado para eso; ella murió —dijo Augusto.

—¿Qué sabes tú?...

—Me consta, él ha escrito a César todo lo sucedido; pero él cree que Rafael ha muerto.

—¡Poco le ha faltado! El balazo le atravesó el pecho.

Algún ruido de pasos interrumpió a nuestros jóvenes, que callaron; la puerta se abrió, y Rafael y César aparecieron en ella.

Rafael muy pálido, muy enflaquecido, parecía haber gastado en un año la mitad de su vida.

Su mirada había perdido su arrogante insolencia, había algo de triste en todo su ser, que impresionaba dolorosamente.

César parecía impresionado también, pero tranquilo, y como siempre simpático.

Al verles les recibieron con una salva de aplausos.

—Gracias, mis queridos amigos —decía Rafael a los jóvenes que le rodeaban, estrechando su mano—; ¡no sabéis qué alegría siento al verme entre vosotros!...

—¡Pardiez, Rafael, vienes a cantar la palinodia, pero debes darlo por bien empleado; otra cosa hubiera sido peor!

—¡Bah! ¡Os aseguro que la muerte no me asusta!

—¡Ya cambiarás de ideas cuando bebas unas copas! Pero... ¿qué esperamos?

¡Pedid la cena!

—¿No vendrá Vallés? —dijo Rafael.

—No lo espero —añadió César.

—Señores —dijo Augusto dándose importancia—, estoy encargado por el pintor de dirigir a Vds. la palabra...

—¿Es decir que no viene?...

—¡No puede venir!

—¡Pues cenemos!

La mesa fue cubierta.

Ese ruido especial de una buena mesa apagó algún tanto las voces de los jóvenes.

Rafael, conservando siempre su aspecto de tristeza, alternó a todo con indiferencia, sin animación; parecía que algo había muerto en el fondo de su alma.

Cuando el *Champagne* comenzó a brillar en las copas, la conversación se hizo animada y chispeante.

—Señores —dijo Augusto, como si el pobre diablo sólo hubiera nacido para ser importuno—, brindad conmigo por una misteriosa mujer, que después de haberme enamorado se me ha perdido.

Algunos jóvenes rieron la ocurrencia.

—Brindemos por la oportunidad de su evasión —dijo uno.

—¡Diablo! ¡Por eso no! ¡Me tiene desolado!

—¡Peor hubiera sido que te hubiera inspirado una fantasía matrimonial!

—¡Cumple a mi deber de hombre honrado declarar que Augusto amaba un fantasma! —dijo gravemente César.

—¡Cómo! ¡No te permito esa calificación!

—Como quieras, pero es así...

—Yo vi aquella mujer...

—Señores —dijo César—, no habréis olvidado el objeto de esta cita. Pedid a Augusto que lea la carta de Federico.

—¡Oh! ¡Es bien ligera! Pero no sé qué relación haya entre esa carta y lo que yo decía.

—Lo explicaré después.

—Voy a leerla.

—Espera —dijo Rafael levantándose—; oíd antes, señores, una explicación. Hace un año que sostuve aquí la más absurda de las teorías, que sin duda no habéis olvidado... Lo que yo decía lo pensaba entonces, y eso es, por desgracia lo que piensa la mayoría de los jóvenes, que favorecidos por la suerte, gastan su vida, su fortuna y su honra en inútiles desvaríos, en miserables locuras. Declaro con la mano sobre mi corazón, y por la memoria de mi madre, que jamás obtuve de la Condesa de San Esteban el más pequeño favor... y sin embargo, yo he sido tan miserable que la he deshonorado; sirva esta declaración de vindicación a su memoria... He comprometido a una mujer, a la que realmente llegué a amar, y ella no era culpable; era sólo imprudente... ha muerto y yo tengo sobre mi alma el remordimiento eterno de su muerte. ¡Oh!, oídlo bien, mis queridos amigos; respetad vuestros sentimientos, no los profanéis, no hagáis del amor un instinto brutal, no hagáis de la amistad un lazo de mala fe, que acaso os ahogue a vosotros mismos. Perdonadme si ocupo vuestro ánimo con declaraciones acaso importunas; pero vosotros, que habéis

aplaudido mi degradación moral, debéis, no aplaudir, porque no lo merece, pero sí respetar mi regeneración...

Los jóvenes oían conmovidos la voz de su amigo sonora y afectuosa: algunas frentes se colorearon, algunas manos estrecharon la suya; ¡el ejemplo es siempre un imán, ya arrastre al mal o al bien!

—Ahora —dijo Rafael sentándose—, lee la carta de Vallés.

Augusto sacó de su bolsillo la carta del pintor, y con voz grave leyó:

«Cintra, Febrero 187...

»Mis queridos amigos: No he olvidado que me une a vosotros en este día una cita y un recuerdo; pero, como hubiera sido poco generoso de mi parte presentarme a reclamar el triunfo, he preferido enviaros mi cariñoso saludo, al par que mi felicitación a Rafael por su restablecimiento.

»*Los seres felices no tienen historia*, ha dicho no sé qué autor, y yo no la tengo...

»Casado, o más bien identificado mi corazón con otro corazón, soy tan feliz como se puede ser en la tierra, practicando mis teorías de amor único y exclusivo, sublimando el egoísmo de dos seres que se consagran el uno al otro, y siendo, en fin, *esclavo del corazón*, pudiendo aseguraros, por mi honor de caballero, que los eslabones de esta cadena se forman de sueños de gloria y realidades de cielo.

»Adiós, mis queridos amigos; bebed esa noche a mi salud, y no olvidéis que siempre tiene razón quien se apoya en esa ley de las almas que se llama lealtad.

»Todo vuestro,

FEDERICO VALLÉS»

—¡Qué noble corazón! —dijo Rafael.

—Me dirás, César, lo que había de común entre la carta del pintor y mis amores
—preguntó Augusto.

—Con mucho gusto; la esposa de Vallés es esa mujer a la cual tú creíste amar.

—¡Cómo! ¿No sería casual el parecido de su cuadro con ella?

—No; ¡se amaban mucho antes!

—Pues Federico nada me dijo...

—¡Se amaban sin conocerse!

—¡Bah! ¡Tonterías!... Pues ¡vive Dios que he de probarle al pintor!...

—Nada —dijo tranquilamente Rafael, levantándose para retirarse—; no vuelvas a ocuparte de ello; la felicidad es digna de ser respetada, y además, no olvides que todos los caminos que alejan del honor, de la fe y de la verdad, ¡conducen a un abismo!

¡Dichoso el que le huye sin intentar salvarlo!

FIN

NOTAS

1 La novela enmarca los hechos entre la Revolución del 68 y los primeros años de la década de los 70, en plena efervescencia de la Guerra de los Diez Años de Cuba. La Guerra de los Diez Años, también conocida como Guerra del 68 o Guerra Grande (1868- 1878), fue la primera guerra de independencia cubana contra las fuerzas reales españolas.

2 Este paseo se llamó primero de las Delicias de Isabel II; es el tramo del actual Paseo de la Castellana que se extiende entre las plazas de Colón y Emilio Castelar. En el siglo XIX se convirtió en un barrio aristocrático con edificios aislados entre sí y rodeados de parques y jardines.

3 Este paseo se convirtió en la zona favorita de paseo de las clases altas, sin embargo, debió de popularizarse muy pronto, llenándose de paseantes a pie.

4 Cuentan que, cuando era chica, la reina Victoria no tenía la fuerza suficiente para conducir el carro familiar. Entonces le agregaron un asiento para el conductor y surgió el modelo conocido como la Victoria, que en Francia se llamó Milord. Tenía tantas ventajas que se transformó en el carruaje permanente de la nobleza europea y de las familias ricas. Una moda que también llegó a América.

5 Según dice Patrocinio de Biedma en otra de sus novelas, El capricho de un lord, «...se ha convenido en llamar así a esas bonitas casas aisladas, edificadas a la inglesa en el centro de un jardín».

6 Se trata del Teatro Circo Price de Madrid, conocido como Teatro del Circo.

7 Laísmo. La escritora andaluza muestra en numerosas ocasiones este rasgo lingüístico propio del habla madrileña, lo cual indica la influencia que en ella ejercía la cultura y las costumbres de la capital del reino. No se señalarán los siguientes casos que aparezcan.

8 Esta calle era entonces mucho más larga e importante; fue remodelada en 1921. Actualmente sólo queda conservado el nombre tradicional en el breve tramo que media entre la Plaza del Callao y la Plaza de Santo Domingo.

9 En realidad el cuadro titulado *La virgen de la silla* que hay en el Prado es de Guido Reni, y fue atribuido erróneamente a Rafael.

10 *Retrato de una joven (La Fornarina)*, en italiano *Ritratto di giovane donna (La Fornarina)*, es una pintura del artista renacentista italiano Rafael Sanzio. Tradicionalmente se ha considerado que se retrata aquí a la amante semilegendaria de Rafael.

11 Carruaje de lujo con cuatro ruedas. La berlina tiene cuatro plazas y puertas laterales con cristales a corredera. Su nombre proviene de la ciudad de Berlín, de la cual provienen los primeros carruajes tirados por caballos.

12 Fue la primera amante de un rey francés que fue reconocida oficialmente como tal. Se dice que fue una mujer de extrema belleza, así como muy inteligente. Ejerció una gran influencia sobre el rey y su política, lo cual le hizo ganar algunos enemigos en la corte.

13 Es una calle situada perpendicular a la Gran Vía. En esta calle tuvo su sede la Real Academia de la Lengua hasta 1894.

14 Como la berlina, se trata de un carruaje de lujo con cuatro ruedas. Podía utilizarse cerrado o abierto. Su origen etimológico se sitúa en la ciudad alemana de Landau donde tuvo sus inicios a finales del siglo XVIII.

15 Posiblemente se esté refiriendo a un famoso espectáculo de baile “mágico-fantástico” que se estrenó, en el Teatro del Circo de Madrid, el 12 de agosto de 1871. El título completo era *Flama, o la hija del fuego* y fue estrenado el 12 de agosto de 1871; estuvo en cartel durante un año.

16 La autora recoge frecuentemente en sus novelas esta costumbre, que se daba también entre padres e hijas.

17 Debe de tratarse de un juego de palabras con *El himno de la alegría* de Beethoven

18 Se trata de un personaje libertino que Samuel Richardson (1689-1761), escritor inglés, creó en su novela *Clarisa Harlowe*.

19 Plaza Nueva es actualmente la Plaza de la Constitución.

20 Las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes comenzaron a realizarse en 1856.

21 Se trata de la ciudad portuguesa de Sintra, conocida entonces como Cintra.

22 Wenceslao Fernández Flórez, en el tomo I de *La Conquista del Horizonte* (Madrid, Pueyo, 1932), describe así la ciudad: “El viajero que llegue a Cintra atraído por la justificada fama de su belleza, y espere encontrar los inmutables y fáciles encantos de una vulgar ciudad veraniega, sufrirá un yerro. Cintra no tiene un gran Casino, ni hoteles fastuosos, ni teatros, ni hay en ella lugares ni pretextos para esa convivencia y esas relaciones fáciles de los halls donde se toma el té, o los salones que el jazz-band llena de estrépito. Cintra es recogida y silenciosa, orgullosamente señorial. Ha dejado agruparse en la parte baja de sus laderas las casitas humildes, donde trafican gentes humildes también, donde el empleado vegeta o donde el hostelero encasilla a sus huéspedes. Montaña arriba se alzan los chalets lujosos, los pazos solemnes”.

23 Resulta sugerente la similitud que existe entre los personajes femeninos protagonistas de la novela, Luisa y Mercedes, y los personajes femeninos que aparecen retratados en los cuadros que ganaron una Primera Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1871: *La muerte de Lucrecia* —de Eduardo Rosales— y *Santa Clara* —de Francisco Domingo Marqués. *Santa Clara*, la pintura de Francisco Domingo, inspiraría el nombre del cuadro de la novela así como el hecho de aunar en una misma imagen la santidad de una con la sensualidad de la otra. Incluso en el retrato que hace Federico de Santa Cecilia, la autora describe con detalle cómo le asoma un pie por entre las vestiduras; igual ocurre en el cuadro de Santa Clara. Por otro lado, la escena de la muerte de Mercedes parece estar inspirada en el famoso cuadro de Rosales.

unas palabras sobre





Las almas gemelas,
de Patrocinio de Biedma

M^a ÁNGELES PEREA CARPIO



Página de la publicación *La Moda Elegante Ilustrada*, n. 46, 14 de diciembre de 1881.

Patrocinio de Biedma y La Moneda nació en Begíjar (Jaén) el 13 de marzo de 1845, en el seno de una familia de la aristocracia rural. Sus padres fueron Diego José de Biedma y Marín Colón e Isabel María de La Moneda y Riofrío.

La muerte del padre siendo ella tan niña —tenía 4 años—, cuando la diferencia de edad con su hermano mayor, varón por demás, y la poca edad de la hermana pequeña —sólo un año— la alejaban de ellos, influyó en que su infancia fuera bastante solitaria y girara alrededor de la madre. El relativo aislamiento en que vivió en su infancia y adolescencia estimuló su gusto por la lectura, y su inteligencia natural la ayudó a formarse como autodidacta.

En 1861, a los dieciséis años, se casó con José María de Quadros y Arellano, hijo del marqués de San Miguel de la Vega. No es de extrañar que aceptara el matrimonio siendo tan joven,

pues lo vería como una salida a su rutinaria vida, y en él pondría toda la ilusión que vivía a través de sus lecturas. El matrimonio, que se instaló en el cercano pueblo de Baeza, tuvo tres hijos, que murieron siendo niños. El marido falleció en 1873, cuando Patrocinio iba a cumplir veintiocho años de edad.

Es lógico que Patrocinio de Biedma, viuda, sin hijos, sin necesidad de atender personalmente el patrimonio que tenía en su tierra natal, pensara en abandonar el pueblo que la vio nacer para dar salida a sus necesidades vitales e intelectuales. La situación de viuda era, por desgracia, casi desesperante para las mujeres del pueblo llano, pero en el caso de Patrocinio, al tener resuelta su situación económica, y al estar protegida socialmente por sus amigos de la aristocracia y la alta burguesía, significó una auténtica liberación en su vida.

Así, la escritora giennense decide instalarse en Cádiz, ciudad a la que se sentía ya muy vinculada por lazos de amistad. En ella realiza gran parte de su actividad cultural y social. Tres son los campos, entre otros,¹ en los que la escritora andaluza trabaja en beneficio de la sociedad: la literatura, la infancia y la mujer.

Nada más instalarse allí, Patrocinio entra en contacto con la clase cultural de la ciudad. A los pocos meses crea la revista *Cádiz*, cuyo primer número ve la luz el 10 de mayo de 1877². La publicación se convirtió en el órgano de una federación literaria andaluza.

1 Fue también una activa defensora de la paz; llegó a ser nombrada, en 1898, vicepresidenta en España de la “Ligue des femmes pour le desarmement international”. La Liga de Mujeres, como era conocida, se fundó en París por ilustres damas. Su fin era el desarme internacional y conseguir la paz en Europa.

En La correspondencia de España, 24 de mayo de 1899, aparece como presidenta de la Liga de mujeres para la paz.

2 *Cádiz* lleva como subtítulo “Revista de artes, letras y ciencias, ilustrada con grabados y redactada por los primeros escritores españoles y americanos”. Patrocinio de Biedma aparece como Directora-Propietaria.

Retrato de Patrocinio de Biedma (Museo de Artes y Costumbres Populares de Begíjar, Jaén)



En cuanto a su compromiso con la infancia, fundó, en Cádiz, en diciembre de 1885, un asilo y escuela para niños huérfanos llamado «El Patrocinio», conocido popularmente como «La Casa de los Niños». En 1888 inició el Congreso Proteccionista de la Infancia, que tuvo lugar en Cádiz, «en el cual debían consignarse los medios de mejorar la condición de los pobres niños desvalidos, por la ley, por la higiene, por la enseñanza y por la caridad». En justa recompensa, fue distinguida con la Cruz de Beneficencia de Primera Clase.

Sus esfuerzos por promocionar la educación de la mujer se ven plasmados en sus novelas, en sus artículos periodísticos y en su vida pública. En este sentido hay que destacar el importante discurso que pronunció en el acto de inauguración del año académico 1886-87 de la Academia Gaditana de Ciencias y Artes, institución de la que fue nombrada Académica Honoraria. El discurso se fundamenta en «Sostener una tesis que está en el fondo de todas las conciencias y que reclaman de consuno todos los progresos del pensamiento humano: la de que la educación de la mujer es una necesidad de nuestra época, que se impone en cada una de sus fases, y que a conseguir su realización, están obligados cuantos se preocupan de los problemas sociales»

Con su editor, José Rodríguez, conocido cervantista, dueño de la imprenta *Tipografía La Mercantil* desde 1868, archivero jefe de la Diputación de Cádiz y director de *La Crónica de Cádiz*, entablará una estrecha relación de trabajo y amistad.

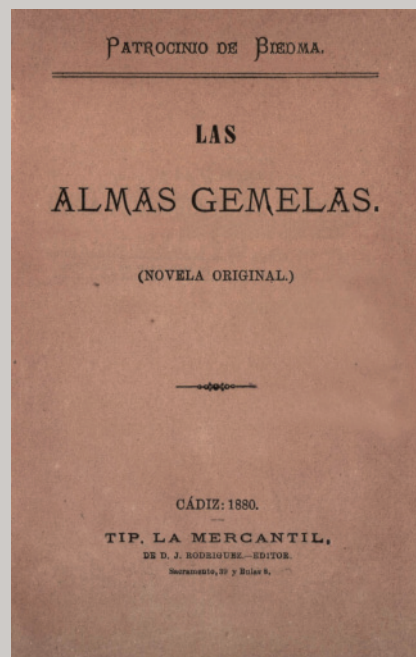
Cuando éste quede viudo, uniré su vida a la de la joven escritora. La boda se celebra el 3 de Noviembre de 1880, siendo apadrinados por Alfonso XII, representado por el Marqués de Santo Domingo de Guzmán.

Fue éste un matrimonio feliz en el que José Rodríguez se mostró siempre como un entusiasta admirador del talento de su esposa. Además, con esta unión, Patrocinio conseguía tener una familia propia, pues los hijos de su esposo la acogieron como una verdadera madre.

José Rodríguez muere en junio de 1914. Patrocinio lo seguirá en septiembre de 1927.

Se ha dicho que Patrocinio de Biedma empezó a escribir poesía a raíz de la muerte de su primer hijo, y así debió de ser, pero tardará aún unos años en publicar sus primeras poesías. Acrecentado su sufrimiento con la pérdida de un segundo hijo, fue aumentando su producción poética hasta que en 1866 aparecieron publicadas, en Jaén, sus primeras composiciones en *Obsequios poéticos a la Virgen de la Capilla*; aquí fueron apareciendo poesías suyas hasta 1872. Su obra lírica se publica en tres títulos: *Guirnalda de pensamientos* (1872), *Recuerdos de un ángel: elegías a la memoria del niño Don José María del Olvido Quadros de Biedma, muerto a los seis años de edad* (1874), y *Romances y poesías* (1881).

Su producción narrativa se inicia con *Blanca* (1870); le seguirán 18 novelas más y 4 relatos cortos, denominados



Portada de la edición en libro de *Las almas gemelas*.

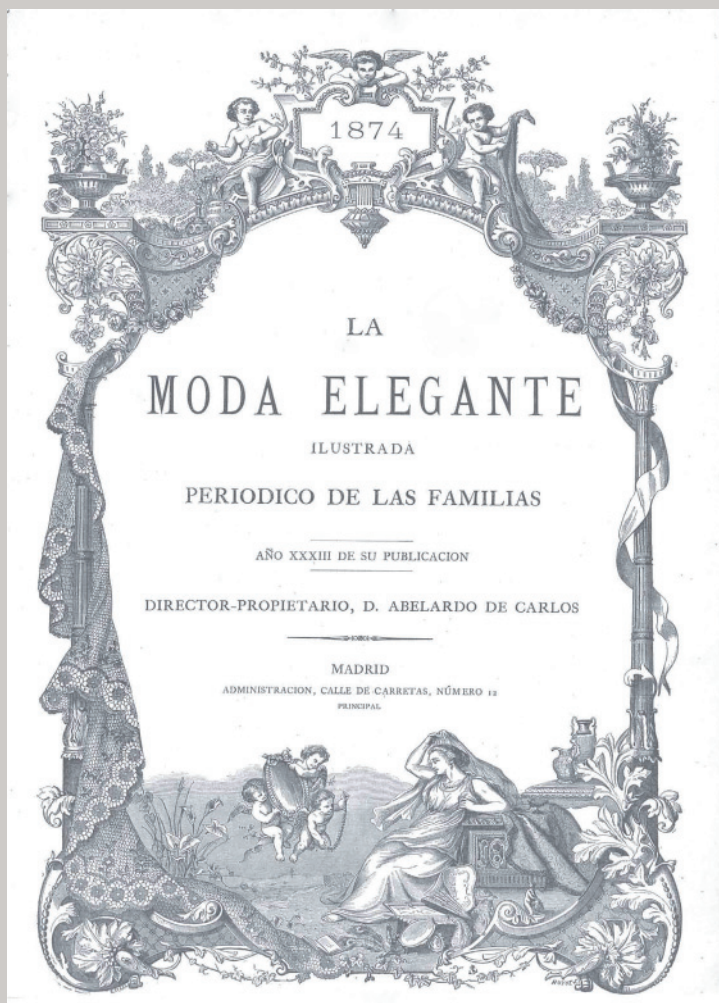
por la autora “Episodios”.³ Su última novela, *La Marquesita* (1892), es un homenaje a las gentes de Jaén. Muchas de sus novelas fueron reeditadas en una Biblioteca Escogida de la autora (1879-1885).

El éxito de la narrativa de Patrocinio de Biedma radica en la temática de sus novelas, que responde al gusto del lectorado de la época. Se trata de un público, en gran parte femenino y burgués, que ve reflejadas en estas historias sus circunstancias sociales, aunque barnizadas con un tinte idealista y sentimental que las hacía especialmente aptas para esa clase social que gustaba alejarse de la vulgaridad de la vida cotidiana y, sobre todo, que deseaba diferenciarse del pueblo llano y semejarse a la nobleza.

Si nuestra escritora juzga la literatura como expresión del yo es porque considera que en la obra se vierte no sólo el ser íntimo del autor sino también sus experiencias, sus vivencias; por eso llegó a afirmar que «Los libros deberían llevar al frente la historia íntima del autor».

Y esto es lo que hace Patrocinio de Biedma en sus novelas. En ellas refleja sus pensamientos, sus sentimientos, sus experiencias vitales; es decir, «su realidad»; técnicamente lo hace a través de la voz narradora y de los personajes que representan la jerarquía moral, que suelen ser, de forma equilibrada, hombres y mujeres. Si en la novelística de la escritora giennense no aparece la clase obrera como

3 A estas narraciones hay que unir algunos relatos cortos que fueron apareciendo en distintas publicaciones periódicas.



Portada de la publicación *La Moda Elegante Ilustrada* correspondiente al 6 de enero de 1874, número en que se publica la primera entrega de la novela *Las almas gemelas*.

protagonista de sus historias, ni el materialismo como tema central de las mismas, sólo significa que ha seleccionado una parte de la realidad, las de las clases altas, para representarla en sus obras; la parte que ella mejor conoce.

Aunque llena de convencionalismos sentimentales, y de intervenciones directas de la autora, que convierten la novela en una especie de tratado moral, lo cierto es que la narrativa de Patrocinio representa la realidad, al menos tal como lo entiende Auerbach, pues en sus novelas se plasma «un mundo real, cotidiano, reconocible en sus lugares, tiempos y circunstancias».

La sociedad no es, ciertamente, la protagonista de sus novelas, pero sí es ese telón de fondo, perfectamente reconocible en sus aspectos sociales, políticos, económicos y culturales, sobre el que se mueven sus personajes.

Las almas gemelas (1874)

Se trata de una novela⁴ de ritmo lento, en la que la autora pretende mostrar sus ideas sobre el ideal de mujer, el amor y la felicidad conyugal. Esto se lleva a cabo contraponiendo dos historias: la de Luisa y Federico —«las alma gemelas»— y la de Mercedes y Alejandro, un matrimonio que ve peligrar su relación por la conducta inmadura, caprichosa y desleal de ella. En verdad, los personajes que se oponen son Luisa y Mercedes, por un lado, y Federico y un conocido de todos ellos, Rafael, por el otro; su comportamiento con respecto al amor y al matrimonio es el eje temático sobre el que gira la novela.

El resto de los personajes sirven para crear el *effet de réel* (el efecto de realidad).

⁴ Esta novela se edita como volumen en 1880, pero se había publicado, por entregas, en 1874, en la revista *La Moda Elegante Ilustrada*.

En su Biblioteca Escogida la publica en el volumen II (1880) como cuarta edición.

El que hecho de que la publicara en el segundo volumen y de que fuera una cuarta edición nos da idea del éxito que obtuvo la novela.

Está compuesta por un Prólogo y treinta capítulos, con un total de 258 páginas

La acción, localizada en Madrid, se desarrolla casi en su totalidad en el interior de los hogares, pues el espacio cerrado es el propicio para la reflexión.

La historia comienza con el enfrentamiento que se produce entre Rafael Álvarez y Federico Vallés a causa de las ideas que tienen sobre el amor; el primero, joven rico y ocioso, defiende la libertad del corazón y la libertad del amor; Federico, conocido escritor y pintor, considera este sentimiento como una cadena que te esclaviza, porque el amor es exclusivo y eterno.

Para acabar con esta contienda, Alejandro les propone un reto: dentro de un año ambos deben demostrar que han conseguido la felicidad siguiendo sus respectivas teorías.

A partir de aquí se desarrollan las historias de Rafael y Federico, que se verán entrelazadas por la figura de una mujer, Mercedes.

Rafael está enamorado de Mercedes, la esposa de Alejandro, conde de San Esteban; éste ama a su mujer, pero no la hace feliz; Mercedes coquetea con Rafael, a pesar de que no pretende ser infiel a su marido. Es una mujer honrada jugando con fuego por puro aburrimiento.

Federico, reconocido pintor, se enamora de Luisa Valmes, una joven artista culta, inteligente, pura -pero apasionada-, que pretende ser amada por su espíritu y no por su físico; ella también está enamorada de Federico, pero lo somete a continuas pruebas para cerciorarse de su amor.

que lo desprecia. Por su parte, la condesa de San Esteban le confía sus sentimientos a Luisa. Ésta piensa que es una buena oportunidad de poner a prueba el amor de Federico. Segura de su amor, y de que iba a vencer en esta lucha con Mercedes, envía una carta a su amado en la que se despide de él, sin decirle la causa.

La intriga amorosa se resolverá demostrando que sólo la lealtad, la bondad natural, el seguir los principios de Dios, puede dar la felicidad; por el contrario, la maldad, la calumnia, el egoísmo, conducen a la ruina moral y a la desgracia personal y familiar.

Rafael, el personaje libertino que no cree en el amor eterno, busca en una mujer el doble papel de candorosa esposa y ardiente amante; es decir, ansía el ideal de mujer que aúne las figuras de «ángel y demonio», o más exactamente de «ángel del hogar» y de «femme fatale». Y, aunque es criticado por esto, sabe que la mayoría de los hombres está de acuerdo con él; de hecho, tener esposa y amante era algo muy usual en la alta sociedad; por eso acusa directamente a sus amigos: «Todos, más o menos, practicáis las mismas máximas, pero sois más hipócritas que yo». Lo inaceptable en la época era que esos dos roles se dieran en una misma mujer.

Federico representa el conservadurismo frente a las nuevas corrientes de materialismo y de libertad de la época. Para el pintor, «la aspiración de nuestra vida es siempre la de amar



Abanico perteneciente a la escritora. (Museo de Artes y Costumbres Populares de Begíjar, Jaén).

Escribanía y pluma de la escritora. (Museo de Artes y Costumbres Populares de Begíjar, Jaén).

y ser amados; la de unir en un solo ser dos voluntades, dos almas, dos pensamientos...» Este es el ideal de matrimonio de la escritora. El amor que siente Federico por Luisa es «el sueño de mi alma»; es decir, es la encarnación en una mujer de un ideal.

El sentimiento amoroso es concebido por los protagonistas bajo la perspectiva del amor platónico; el amor ennoblece a la persona que ama, y la persona amada es percibida como un reflejo de la divinidad. Luisa escribe a su amado Federico: «Dante buscó para Beatriz un lugar en el cielo, en el infierno y en el purgatorio, ¡y halló, al fin, que el cielo de una mujer amada es el alma del que la amó!»

No obstante, Patrocinio de Biedma quiere mostrar en su novela un amor humano, sensible, «real»; por tanto, tiene que marcar las diferencias con el amor estrictamente espiritual del platonismo.

En esta dualidad entre lo espiritual y lo carnal se moverá el juego de la seducción y del sentimiento amoroso.

Luisa representa esta duplicidad. Ella es inspiradora de grandes pasiones, pero, a la vez, su pureza contiene la pasión. La joven artista es una mujer que no se enamora fácilmente, porque «[...] la mujer, para amar, es preciso que admire, que respete y estime. ¡Es imposible que una mujer ame a un hombre que moralmente valga menos que ella!». A pesar de la fuerza de su amor hacia Federico, sabe controlar su pasión



haciéndose merecedora de él y obligando a su amado a que merezca su amor. De ahí que reproche a Mercedes el que se deje llevar por sus sentimientos: «La felicidad es fácil, cuando lo razón nos guía, imposible cuando nos abandonamos a nuestras pasiones».

En efecto, frente a la pasión amorosa, Patrocinio de Biedma siempre colocará la razón, el control de los sentimientos. Por eso afirma que, para amarlo, la mujer necesita admirar al varón, mientras que al hombre le sucede lo contrario. Aunque este pensamiento responde a unos planteamientos teóricos androcéntricos, lo cierto es que la autora defiende la postura de la mujer, y, justamente, protesta: «Así son tan desgraciadas las mujeres que sobresalen en talento e instrucción al hombre a que están unidas; ellas no pueden amarles, y ellos no les perdonan jamás el ridículo de valer menos».

Esta es la clave del problema social en que viven las mujeres que quieren estar a la altura intelectual de los hombres: son ridiculizadas, menospreciadas por el varón. En efecto, Patrocinio reivindica el papel social de estas mujeres instruidas—no olvidemos que Luisa es una mujer culta y con sensibilidad de artista—, que ven cómo la sociedad menosprecia su valía.

Mercedes es presentada, siguiendo el recurso del “*exemplum ex contrariis*”, como la mujer que se deja llevar por los instintos —no es ni muy culta ni muy inteligente— y por una vida artificial



Condesa Rattazzi (1872), por Carolus-Duran (1837-1917). Musée des Beaux-Arts, París. Maria Letizia Bonaparte-Wyse, conocida como Madame Rattazzi, fue íntima amiga de la autora, y con ella hizo su presentación oficial en la sociedad de Cádiz en marzo de 1877.



La ciudad de Cádiz, hacia finales del siglo XIX.

que nada tiene que ver con la espiritualidad de Luisa. Frente a ésta, Mercedes considera que el amor es efímero, sobre todo, dentro del matrimonio: «¿No ves cómo todos los que se casan son al poco tiempo unos buenos amigos, que no se molestan, que mutuamente se hacen agradable la vida?» Mercedes, como una nueva Madame Bovary, se pasa el día leyendo, o simplemente descansando, echada en algún diván. Luisa, por lo contrario, es una mujer activa, que dedica su tiempo a la música y a escribir, a la vez que cuida de su padre.

Para no aburrirse en el matrimonio, Mercedes necesita de la sociedad; en cambio, Federico y Luisa quieren vivir su amor en un paraíso particular, alejados de todos y de todo.

A la condesa le ha faltado una buena educación en su niñez y una mano adulta que la guíe por el buen camino. Se ha encontrado con un marido indolente que se lo perdona

todo, pensando que su comportamiento es el propio de una «niña» caprichosa; en ningún momento se plantea que su joven esposa tenga unas necesidades vitales y espirituales que él no sabe satisfacer. La ha tratado, siguiendo los principios patriarcales, como una eterna menor, y ella le ha correspondido actuando de forma voluble, sin asumir sus responsabilidades como esposa y, después, como futura madre. Alejandro, hombre de mundo, lo único que le pide es que no lo deshonre, porque, si esto sucediera, estaría dispuesto a matarla.

Su amistad con la pura Luisa se justifica porque la condesa no es una inmoral –nunca llegará a ser infiel a su esposo–; sólo es una frívola inconsciente que tiene que aprender lo que significa el verdadero amor y la unión matrimonial.

No obstante, ambos son culpables de no haber sido buenos esposos. La muerte de Mercedes significa el castigo que da la sociedad, aunque su marido la haya perdonado, a este tipo de mujer. El honor de su marido se ha visto manchado por las calumnias de Rafael, quien provoca la murmuración sobre la honra de Mercedes sólo porque se ha visto dañado en su orgullo de hombre desdeñado. El conde vivirá la pena de ver crecer a su hijo sin el amor de una madre.

Patrocinio de Biedma quiere dejar constancia en su obra que las mujeres son seres fuertes, capaces de enfrentarse a las situaciones más delicadas y salir airoso de ellas. No sólo Luisa

es capaz de resistir a la fuerza de su amor por Federico, también Mercedes, su contrapunto en cuanto comportamiento amoroso, actúa al final como una mujer fuerte. Así lo expone la voz narradora: «[...] aunque parezca extraño, la mujer, ese ser tan débil y tan dulce, que parece que tiene la vida y la fuerza de una flor, halla siempre un valor que no se explica en las situaciones supremas, y las domina y las vence».

Cuando se acaba de leer la novela se tiene la impresión de haber vivido una historia de mujeres en un mundo de hombres.

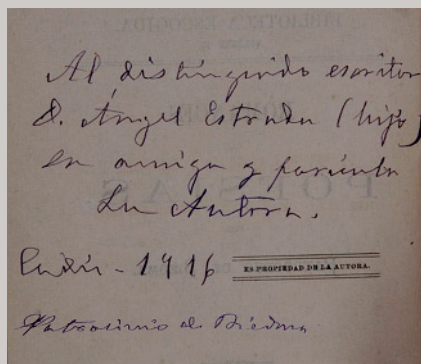
Bibliografía

CABALLERO VENZALÁ, Manuel: *Diccionario bio-bibliográfico del Santo Reino*. Tomo I, Jaén, I.E.G., Diputación Provincial de Jaén, 1979.

JIMÉNEZ ALMAGRO, Antonio: *Estudio biográfico y crítico de Patrocinio de Biedma y La Moneda*. Madrid, Centro de Estudios sobre el Patrimonio Histórico Ambrosio de Morales, 1984.

JIMÉNEZ ALMAGRO, Antonio: *Bio-bibliografía de Patrocinio de Biedma y La Moneda*. Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, 1989.

PEREA CARPIO, MARIA ANGELES: “La educación de la mujer en la narrativa de Patrocinio de Biedma”, en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 187, 2004, 665-792.



Dedicatoria de la autora en un ejemplar de sus *Poesías*. (Museo de Artes y Costumbres Populares de Begíjar, Jaén)

PEREA CARPIO, MARIA ANGELES: “Las mujeres en *La muerta y la viva* de Patrocinio de Biedma”, en J. Fernández, J. López-Peláez y E. Medina (Eds): *Jaén, cruce de caminos, encuentro de culturas. Actas de la XXIII Asamblea General de ALDEEU*. Universidad de Jaén, 2006, págs. 135-152.

Galería de lecturas pendientes



2010

21

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

“ Hay almas que, como cuerdas templadas al unísono, responden siempre al mismo sentimiento.

Almas que se adivinan por una intuición misteriosa; que se atraen y se unen al fin.

Poned entre ellas los abismos de lo imposible: saben salvarlos.

Poned los vacíos de la distancia: saben vencerlos.

Nada puede evitar su atracción cuando la voluntad de Dios las ha puesto en contacto, porque se unen al fin, a pesar de todo.

Hay una fuerza misteriosa e invencible en esa corriente del alma que se llama la idea.

Ella brota en el ser inteligente como el torrente en un bosque virgen, esto es, ocultando el origen de su nacimiento; pero él parte impulsado por su misma fuerza, salta sobre los obstáculos; rueda sobre los abismos, crece, se hace imponente y arrastra al fin lo que se opone a su paso.

La idea nace así, y así toma su fuerza; una vez lanzada no intentéis detenerla, sería inútil.

El corazón tiene también marcado su destino; es en vano rebelarse contra él. ”

